VIDA DE SAN VICENTE DE PAUL

APOSTOLADO DE LA PRENSA

Nihil obstat:
JOSÉ SEBASTIÁN,
Censor.

Imprímase:
† CASIMIRO, *Ob. Aux. y Vic. Gen.*

6 de marzo de 1947.

IMPRESO EN ESPAÑA

Bolaños y Aguilar (S. L.).—MADRID

CAPITULO PRIMERO (1)

DIOS PREPARA A SAN VICENTE PARA LA GRAN MISIÓN QUE LE HABÍA DE ENCOMENDAR

Nacimiento del Santo.—Su educación.—Su ordenación (1576-1600).

Nació Vicente de Paúl, el 24 de abril de 1576, en Pouy, aldea de setecientos a ochocientos habitantes, en el departamento de las Landas, distrito de Dax, en Francia. Sus padres se llamaban Juan de Paúl y Beltrana de Moras. No eran nobles arruinados, como algunos críticos han apuntado, sino humildes lugareños, sin relación ninguna con las altas clases sociales, como el mismo Vicente repetía con tanta frecuencia.

Bajo de cuerpo, cojo, algo astuto y sagaz, como lo son por regla general todos los aldeanos, el padre de Vicente era tan buen cristiano como hombre de bien. La madre era piadosa. Algunos han creído que era de condición superior a la de su marido, pero el hecho no aparece con claridad. Cierto día que una pobre vieja, queriendo obtener más fácilmente limosna de nuestro Santo, le decía que había estado de criada de su señora madre:

—¡Oh!, ¡oh!, mi buena mujer—la replicó

(1) Esta obra está extractada en gran parte de la escrita por monseñor Bougaud, obispo de Laval.

aquél—, no; os equivocáis: mi madre jamás ha tenido criada; antes, ella misma lo fué, siendo, como era, la mujer de un pobre aldeano.

Aún subsiste la humilde casa donde vivía este cristiano matrimonio y donde nació San Vicente. Como todas las de los aldeanos de aquel país, está formada por paredes de arcilla amasada con paja, tramadas y unidas por gruesos postes de encina ligeramente desbastados. La casa es bastante grande, y consta de un piso bajo con cinco divisiones, sobre las cuales corre un doble granero.

Cuatro o cinco hectáreas de tierra, que se extendían alrededor de la casa, completaban la reducida hacienda del padre de San Vicente de Paúl.

No era, ciertamente, dicha heredad una riqueza, sobre todo teniendo en cuenta los seis hijos que al poco tiempo vinieron a aumentar la familia; mas tampoco era, como se ha dicho valiéndose de algunas frases demasiado humildes de San Vicente, el extremo de la pobreza. Representaba, sí, esa vida de trabajo, de orden, de economía y de sobriedad que, teniendo por base la Religión, fomenta las buenas costumbres, y en ocasiones da origen a las grandes almas.

En la casa de Juan de Paúl no había criados; bastaba la familia para el manejo de los intereses y de la casa. Los hijos acompañaban a su padre en las faenas de la agricultura y sacaban a pacer los rebaños. Encargado Vicente de este último empleo tan pronto como tuvo edad suficiente para ello, le desempeñó por mucho años, mostrando ya en su conducta virtudes poco ordinarias en la juventud.

En el fondo de la espaciosa llanura, sombreada por viejas encinas, mantenida en su frescor por un estanque, y a la cual llevaba a pacer Vicente su rebaño, había un lugar que atraía su piadoso corazón: eran las ruinas de un an-

tiguo santuario consagrado a la Santísima Virgen y objeto de tradicionales y piadosas romerías. Seis años antes del nacimiento de Vicente, los calvinistas habían incendiado esta capilla, y con objeto de que la estatua de la Virgen no cayese en manos de los herejes, los habitantes del país la habían arrojado al fondo del estanque. No había quedado, pues, del venerado santuario más que escombros calcinados por el fuego, pero escombros doblemente consagrados por la piedad de los fieles y por los ultrajes de los enemigos de Dios. A este lugar acudía frecuentemente el tierno pastorcillo para hacer oración y elevar sus preces a la Reina del Cielo, dándonos ya con ello una prueba de la ardiente devoción que a la Santísima Virgen había de profesar durante toda su vida.

Queda todavía en esta llanura otro testimonio de su piedad de niño. Enfrente de la casa paterna se levantaba un corpulento roble, plantado muchos siglos antes del nacimiento de nuestro Santo, y que aun hoy, después de trescientos años, extiende en una y otra dirección sus majestuosas ramas. La acción del tiempo había socavado ya en 1576 los flancos de su tronco, y el niño se valía de esta hendidura para poner en ella una estatua de María, delante de la cual se esmeraba en colocar flores campestres.

Hacia el Sur, donde el terreno se eleva ligeramente, aparecen todavía las ruinas del antiguo castillo de Montgaillard. Un día que el obispo de Saint-Pons, nacido en él, hacía alusión a este castillo de su familia:

—¡Oh!, bien le conozco—dijo espontáneamente el humilde sacerdote—; yo solía llevar mis ganados del otro lado de él.

Quizá más que la piedad, sobresalía en el tierno niño la caridad y la misericordia para con los necesitados. Aunque de tan cortos años, era

liberalísimo en sus pobres limosnas, de modo que solía quedarse sin nada.

De este modo llegó Vicente a la edad de doce años. Y como, juntamente con la piedad y con la caridad se iba manifestando en él un talento poco común, resolvieron sus padres dedicarle a los estudios.

Habían abierto en Dax los Franciscanos un humilde colegio, en que por sesenta francos anuales atendían a todas las necesidades del educando; en él entró nuestro joven a la edad de doce años, y allí permaneció hasta los dieciséis.

Había por entonces en Dax un abogado, hombre muy distinguido por su origen, por su fortuna y por su talento, el señor de Commet, cuyos dos hijos estaban con nuestro Santo en el susodicho colegio de los Franciscanos.

Como este señor era juez de Pouy, conoció a los padres de Vicente, y enterado por aquellos buenos Franciscanos de los progresos que el joven escolar hacía en los estudios, le vino la idea de tenerle consigo. Sería el preceptor de sus dos hijos, los acompañaría al colegio, y con esto, que no embarazaba sus estudios, ahorraría a sus padres los francos que hacía cuatro años venía pagando, lo que les era una carga insoportable.

No sólo tuvo en su casa por cuatro años a Vicente, sino que, habiéndole observado con religiosa atención, y notando su fervor y su modestia, juzgó que no debía permanecer en el mundo, y le persuadió a poner sus miras en el estado sacerdotal.

Atemorizóse el joven al oír la propuesta, y se resistió en un principio; mas teniendo, como tenía, entera confianza en el señor de Commet, hombre de peso y de virtud, a quien miraba como su segundo padre, y habiendo coincidido, por otra parte, los consejos de sus buenos profesores los Franciscanos de Dax con los de su protector, recibió la tonsura y las cuatro órdenes

menores el 20 de diciembre de 1596, en la iglesia colegiata de Bidache, de manos de monseñor Diharse, obispo de Tarbes. Tenía entonces veinte años, siete meses y veintiséis días.

Tomada esta grave determinación y recibida la tonsura, era menester pensar en qué Universidad había de hacer sus estudios teológicos. Dos igualmente célebres había a poca distancia de Dax: la de Zaragoza, en España, y la de Tolosa, en Francia. ¿Qué razón hubo para determinarse por la de Zaragoza? El hecho es que a ella se trasladó Vicente. Mas sin que se nos alcance la causa, permaneció en dicho lugar poco tiempo, y pasó a establecerse en Tolosa, donde siguió por siete años sus estudios. Para sufragar tantos gastos, el padre de Vicente vendió un par de bueyes, y quizá al producto de los mismos añadió alguna suma el señor de Commet. Con estos recursos pasó Vicente el primer año de sus estudios en Tolosa.

Llegadas las vacaciones, hacia el mes de septiembre de 1598, dichos recursos estaban agotados; y como el joven no quería servir de carga ni a su padre ni a su bienhechor, hizo lo que aún siguen haciendo hoy nuestros seminaristas pobres: buscó una cátedra que desempeñar durante los dos meses de vacaciones, y la halló a cinco leguas de Tolosa, en la aldea y castillo de Buzet.

El señor Hebrardo de Grossoles le confió por aquel corto tiempo sus dos hijos Reinaldo y Juan, muy jóvenes aún; mas tal estima le inspiraron la piedad, la inteligencia y el asiento del joven profesor, que cuando, terminadas las vacaciones, declaró éste que le era preciso volver a la Universidad para continuar sus estudios, prefirió separarse de sus hijos antes que privarles de su virtuoso preceptor, y los envió con él a Tolosa. Vicente acudiría a sus cursos mientras los niños daban lección en algún co-

legio, y en el intermedio de las lecciones públicas, aquél les haría estudiar. No tardaron en juntarse a estos primeros discípulos otros varios, entre los cuales merecen especial mención los dos sobrinos segundos del heroico Juan de la Valette, defensor de la isla de Malta contra todas las fuerzas de Solimán, hecho que salvó el honor y la integridad de la Europa cristiana.

Acabados sus estudios teológicos, en los que invirtió no menos de siete años, graduóse de Bachiller en Teología, y aun se doctoró en dicha ciencia, si hemos de creer a los autores de la *Gallia christiana.*

Consérvanse los títulos de bachiller y el documento por el que se le autoriza para explicar el Maestro de las sentencias, mas no ha podido darse con el diploma de doctor.

Abusando los jansenistas de algunas frases humildes de Vicente, como aquella en que se apellidaba «Un pobre estudiante de Cuarto Año», han querido por mucho tiempo hacer de él un hombre sin instrucción y sin alcances; mas aquellos que hayan leído las dos mil cartas que de su correspondencia no hace muchos años vieron la luz pública, no podrán menos de admirarse, así de la profundidad, como de la extensión de sus conocimientos teológicos.

Recibió el subdiaconado en 19 de septiembre de 1598, y tres meses después, el diaconado en la iglesia catedral de Tarbes.

Recibidas ambas órdenes mayores, sólo restaba a nuestro Santo disponerse para el sacerdocio. Debía subir a las gradas del altar en 1599, y ya monseñor du Sault le había otorgado, con fecha 13 de septiembre de dicho año, las dimisorias, mas nuestro Santo no podía ver aproximarse, sin gran temor, la fecha de un acontecimiento tan solemne. Temblaba a la sola idea de tocar con sus manos el Cuerpo adorable de Nuestro Señor, y fué preciso retardar por un

año tan terrible momento, para satisfacer las exigencias de su fervor y de su humildad.

En este intermedio fué cuando aconteció la muerte de su padre. Ni un instante había apartado éste la vista de aquel hijo en quien tan grandes esperanzas había cifrado. Aunque pobre y cargado de familia, ordenó en su testamento que se hiciesen toda clase de sacrificios para proveer a los estudios de Vicente, dejando detalladas él mismo en favor del futuro sacerdote importantes disposiciones. El humilde y piadoso Vicente no aceptó, sin embargo, nada; sus caros discípulos le bastaban para llenar suficientemente sus necesidades; y no fué pequeña satisfacción para él dejar a su madre y a sus hermanos la módica herencia que por tales disposiciones le correspondía.

Por fin, el año siguiente, el 23 de septiembre de 1600, recibió nuestro Santo el sacerdocio.

Ordenado de sacerdote en Château-l'Évêque, parecía natural que Vicente ofreciese allí por primera vez el Santo Sacrificio.

Mas le llamaba mucho su antiguo Buzet. A veinte minutos de este lugar, en la cumbre de una montaña, y perdida entre el arbolado, se hallaba una antigua capilla dedicada a la Santísima Virgen. ¡Cuántas veces había subido hasta ella! Aún se ve el sendero por el cual, según la tradición, se dirigía a dicho lugar. Resolvióse, pues, a decir en este punto, y sin ninguna solemnidad, su primera Misa. Más tarde la celebraría en presencia de los buenos habitantes del castillo; mas en esta ocasión quería estar solo, absolutamente solo con el sacerdote y el acólito que exigen las rúbricas.

En todo el resto de su vida no cesó de decir que si hubiera conocido antes la sublimidad del sacerdocio, habría escogido con preferencia el oficio de labrador a tan temible estado. Larga fué su vida de sacerdocio y, sin embargo, nunca

dejó enfriar en su corazón estos encendidos afectos de su primera Misa; antes, por el contrario, fué creciendo de día en día su fervor y santidad.

Cautividad de San Vicente en Túnez.—Viaje a Roma.—Vuelve a Francia (1600-1609).

Cinco años después, fué arrancado repentinamente San Vicente de Paúl de la vida apacible y modesta que hasta entonces había llevado, envuelto en una serie de extraordinarias aventuras que parecen más bien de una novela, y en las que nadie creería, a no constarnos por la relación del mismo Vicente.

Acababa de ser ordenado sacerdote, cuando el señor de Commet, su protector amigo, dió principio a activas gestiones con el fin de proporcionarle un curato en las cercanías de Dax. Fué nombrado, en efecto, cura párroco de Thil, en las Landas, a dos pasos de Dax. Mas habiéndole disputado este beneficio cierto competidor, que le había pedido y alcanzado en la corte de Roma, prefirió nuestro Santo hacer renuncia de él antes que meterse en pleitos, quedando en libertad, con este acto de desinterés y de modestia, para proseguir sus estudios en la Universidad de Tolosa, adonde volvió.

De vuelta a Tolosa, supo Vicente que una señora anciana, noble y ejemplar, acababa de morir, instituyéndole su heredero. Era esta mujer, sin duda, una de esas almas buenas y amantes de la Iglesia, la cual, viendo a Vicente tan pobre, tan bien dispuesto y más lleno aún de virtudes que de sabiduría, quiso ayudarle con sus recursos a fin de que ampliara sus estudios cuanto le fuera posible. La herencia que le dejaba era, por lo demás, poco considerable: algunos muebles y tierras, con un crédito de 400 ó 500

escudos, vinculados, por desgracia, en un mal sujeto que no pagaba, y contra el cual la señora había obtenido auto de prisión.

Por insignificante que fuese la herencia, no podía llegar más a propósito a manos de Vicente, así para indemnizarle del beneficio de que había hecho renuncia, como para ponerle en disposición de saldar sus deudas y recibir los últimos grados. La aceptó, pues, y como el *pobre diablo* en cuestión, deudor de 1.200 a 1.500 libras, hubiese huído, para eximirse del pago, a Marsella, donde se había dado a cierto negocio muy lucrativo, resolvió abocarse con él a fin de cobrar algo de su deuda, y a este fin se trasladó a dicha ciudad.

Arreglado satisfactoriamente el asunto, disponíase para volver por tierra a Tolosa, cuando un caballero, a quien había conocido en el viaje, le propuso como más conveniente dar la vuelta por mar desde Marsella a Narbona. Disminución de tiempo, de fatigas, de gastos; ¿cómo no aceptar en semejantes condiciones? Zarpó, pues, el barco a la hora más favorable, y hubieran hecho con toda felicidad la travesía, «si tres bergantines turcos que costeaban el golfo de Lyon (para apresar las embarcaciones que venían de Beaucaire, donde había una feria reputada por de las más bellas de la cristiandad) no nos hubiesen perseguido, escribe el Santo, y atacado tan furiosamente, que dejaron sin vida a dos o tres de los nuestros e hirieron a los demás, en cuyo número entré yo, recibiendo un flechazo que me servirá de recuerdo para toda la vida. Con esto no nos quedó otro remedio que rendirnos a estas fieras, peores que tigres.

Los turcos habían sufrido la pérdida de uno de sus jefes principales, sin contar la de cuatro o cinco remeros, por lo que estaban tan irritados, que su primer acto fué descuartizar al piloto del buque en que iba nuestro Santo. «He-

cho esto, prosigue, nos encadenaron, y después de habernos curado groseramente las heridas, siguieron su rumbo, cometiendo toda clase de robos, bien que dejando en libertad, después de haberles quitado lo que tenían, a aquellos que se entregaban sin combatir, hasta que, después de siete u ocho días, y provistos de efectos mercantiles, se dirigieron, sin permiso del Gran Turco, a Berbería, antro y madriguera de ladrones, donde, habiendo llegado, nos pusieron a la venta, haciendo el proceso verbal de nuestra captura, que aseguraban haberse verificado en un navío español, pues sin esta mentira habríamos sido puestos en libertad por el cónsul que el Rey tiene en dicho Estado, a fin de asegurar el libre comercio a los franceses. Para proceder a nuestra venta, después de habernos despojado enteramente de nuestros vestidos, nos entregaron a cada uno unos zaragüelles, una aljuga de lino y un bonete, y nos pasearon por la ciudad de Túnez, donde habían ido para vendernos.

»Habiéndonos hecho dar cinco o seis vueltas por la ciudad con la cadena al cuello, nos volvieron al barco, a fin de que los compradores viesen quién podía comer y quién no, y se certificasen de que nuestras heridas no eran de gravedad. Hecho esto, nos trasladaron a la plaza, donde acudieron los compradores a examinarnos del mismo modo que se hace con un caballo o con un buey, obligándonos a abrir la boca para ver nuestros dientes, palpando nuestras costillas, sondando nuestras llagas y obligándonos a andar, a trotar y correr, levantar cargas, luchar, para enterarse de las fuerzas de cada uno, y hacer otras mil brutalidades.»

Vicente de Paúl fué vendido primeramente a un pescador, a quien debía ayudar a tender las redes; mas como no podía entrar en una barca sin sentirse al punto mareado, el pescador le vendió a su vez a un viejo médico musulmán,

que trabajaba, hacía ya cincuenta años, en el hallazgo de la piedra filosofal y en la trasmutación de los metales. San Vicente de Paúl fué con esta ocasión testigo de curiosas experiencias.

«Mi ocupación, cuenta él mismo, era mantener el fuego en diez o quince hornillos, en lo cual, a Dios gracias, yo no sentía más disgusto que satisfacción. Amábame él grandemente y sentía mucho gusto en discurrir conmigo sobre la alquimia, y más aún sobre su ley, haciendo todos los esfuerzos que podía para atraerme a ella, prometiéndome grandes riquezas y toda clase de saber. Dios, sin embargo, me dió siempre un íntimo convencimiento de salir de la esclavitud, gracia que con todo fervor le pedía, ya directamente, ya por medio de la Santísima Virgen, a cuya sola intercesión me creo deudor de la libertad.»

Vicente de Paúl permaneció casi un año con este buen viejo, «humano y tratable» en gran manera, y cuya reputación era tan notoria, que fué llamado a Constantinopla por el Sultán.

Al partir, cedió la propiedad de la persona del Santo a su sobrino. Mas sabiendo éste que el señor Brèves, cónsul francés, venía con un firman de la Puerta a reclamar todos los esclavos franceses, se apresuró a venderlo a un renegado de Niza de Saboya, el cual, dueño de algunas posesiones en el interior de la sierra, le llevó consigo fuera del radio de acción del cónsul de Francia. Tenía este renegado tres mujeres, y es curioso ver cómo de una de ellas se iba a servir Dios para poner en libertad a su siervo. «Una de sus tres mujeres era turca, y me había cobrado grande afición. Ansiosa por saber nuestro modo de vivir, venía a verme todos los días al campo donde yo cavaba, y después de algunas visitas, me mandó cantar algunas alabanzas a mi Dios. El recuerdo del *Quomodo cantabimus in terra aliena*, de los hijos de Israel cau-

tivos en Babilonia, me hizo entonar con lágrimas en los ojos el salmo *Super flumina Babylonis*, y después la *Salve regina* y muchas otras cosas, que la produjeron tanto consuelo como admiración.

»No dejó de decir por la tarde a su marido que había hecho mal en dejar una religión que en su concepto debía ser muy excelente, así por la idea que yo la había dado a ella de nuestro Dios, como por los cánticos religiosos que yo había cantado en su presencia, añadiendo que al oírlos había experimentado una satisfacción tan grande, que no creía que el paraíso de sus padres, al que esperaba ir un día, fuese tan dulce y acompañado de tanta suavidad como el placer que ella había sentido en el momento en que yo bendecía a Dios, concluyendo que había en ello algo de maravilloso.

»Esta otra Caifás o burra de Balaam hizo por este razonamiento que al día siguiente me dijese su marido que no esperaba sino una ocasión propicia para buscar nuestra seguridad en Francia, mas que él se daría tal maña que dentro de poco tiempo Dios sería en ello bendito. Este poco tiempo fueron diez meses, en los que él siguió entreteniéndome con tan largas, aunque al fin realizadas esperanzas. Pasado este tiempo, nos pusimos en salvo en un pequeño esquife, con el que abordamos a Aguas Muertas el 28 de junio, llegando poco después a Aviñón, donde monseñor el vicedelegado recibió al penitente, ahogado por las lágrimas y sollozos, en la iglesia de San Pedro, para gloria de Dios y edificación de los espectadores.»

Era este vicedelegado, Pedro Montorio, hombre instruído, enamorado de los estudios doctos y amenos, particularmente de aquellos sugestivos secretos algebraicos, como entonces se decía, de los cuales eran considerados los árabes por únicos y maravillosos poseedores. Como consecuen-

cia de algunas conversaciones con nuestro Santo, se quedó tan prendado de él, que resolvió unirle a su cometiva y llevarle a Roma, donde estaba para volver; y sabiendo que era sacerdote, le rogó que escribiese inmediatamente a Dax para obtener sus títulos de ordenación, sin los cuales nada podía hacer por él.

En estas circunstancias, y disponiéndose para acompañar al nuncio, fué escrita la extensa carta de que tan hermosos fragmentos acabamos de transcribir, y en que ninguno de tan curiosos pormenores puede decir que esté de más.

Los títulos de ordenación que había pedido le fueron enviados inmediatamente; mas como al hacerlo no tuvieron la precaución de hacerles revisar y revalidar por el obispo de Dax, se vió en la precisión de escribir hasta tres veces para obtenerlos en la debida y valedera forma.

Durante el curso de estas negociaciones seguía habitando San Vicente en Roma. Moraba en casa del vicedelegado Pedro Montorio, a cuyo cargo corrían todas sus necesidades, y libre de cuidados, dividía el tiempo entre la oración y el estudio.

Aprovechó su estancia en Roma para perfeccionarse en la Teología, acudiendo a las ilustres aulas de la Sapienza, regida por los Dominicos. Por la tarde hallaba reunidas en casa del vicedelegado las personas más distinguidas de Italia y los viajeros más ilustres de Francia.

Este era el momento en que, aprovechando Enrique IV su experiencia y su genio, después de haber realizado su primer objeto, que era pacificar la Francia y sumar en uno, con el edicto de Nantes, los dos partidos que mutuamente se destrozaban, se disponía a llevar a efecto la segunda parte de su plan, con que deseaba coronar su vida, es a saber: combinar los Estados europeos de Francia, Inglaterra, Holanda, Suecia y Dinamarca, y arrojarles todos juntos, católicos y protes-

tantes, contra la casa hispanoaustriaca, cuyo inmenso poder estrechaba a Francia en un círculo de hierro y hasta amenzaba su existencia. Para atar los hilos de esta grande y delicada alianza, Enrique IV había enviado por todas partes embajadores encargados de estudiar el estado de las diversas potencias y de transmitirles secreta y prontamente todo aquello que pudiera darle alguna luz en el asunto.

En Roma tenía tres. Ignoramos la clase de noticias que llegaron a conseguir; mas tales debieron ser y de tal importancia, que, no atreviéndose a confiarlas a un correo ordinario, buscaron un hombre de rara discreción, que sin ayuda de ningún escrito pudiese exponer directamente al rey el asunto, y fijaron su atención en Vicente de Paúl. Instruyéronle, y le hicieron salir para París con la misión de informar personalmente a Enrique IV.

Llegó nuestro Santo a la corte a principios de 1609, y fué muchas veces recibido por el rey. Mas no es de un espíritu humilde y discreto como el de Vicente de Paúl de quien se pueden esperar revelaciones de entrevistas como la presente. Jamás dejó escapar sobre la cuestión una sola palabra.

San Vicente se pone bajo la dirección del señor de Berulle.—Acepta el curato de Clichy (1609-1613).

La proximidad del Hospital de la Caridad era lo que había determinado a San Vicente de Paúl a establecerse en el arrabal de Saint-Germain.

Estaba a cargo de unos Hermanos de la Orden que en España acababa de fundar San Juan de Dios, traídos a París cinco años antes, en 1602, por María de Médicis; pero como estos religiosos eran en pequeño número, partían gus-

tosamente sus oficios de caridad con todos los que a ello se ofrecían: señores de alta categoría, damas ilustres, sacerdotes y aun obispos, que tenían a mucha honra visitar y servir a aquellos miembros doloridos de Jesucristo. San Vicente cifró desde luego su dicha en confundirse con ellos. Iba todas las mañanas a cuidar y curar a los enfermos, se sentaba junto a su lecho y les hacía piadosas exhortaciones. Humilde siempre, y temiendo hacerse pesado, pedía a los Hermanos como una gracia que le permitieran ayudarles en sus ministerios. Dícese que allí, en una sala-enfermería, fué donde nuestro humilde Vicente se encontró con el santo y ya ilustre señor De Berulle.

Bastó a entrambos una mirada para conocerse. El humilde Vicente se puso al punto bajo la dirección del señor Berulle, y de aquí la íntima unión en que posteriormente vivieron.

«En aquel tiempo—dice Bossuet—Pedro de Berulle, hombre verdaderamente ilustre y digno de todo encomio, a cuya dignidad me atrevo a decir que no añadió un ápice la misma púrpura romana—¡tan relevante era ya el mérito de su virtud y de su ciencia!—, comenzaba a hacer brillar en la Iglesia de Francia las luces más puras y más sublimes del sacerdocio cristiano y de la vida eclesiástica.»

No había por entonces en dicha Iglesia hombre de más talento.

Eran sinnúmero los señores de alta categoría que había convertido. Los sacerdotes mismos iban a ponerse bajo su dirección.

El Padre De Berulle no tardó en ver que Vicente de Paúl estaba llamado a grandes cosas, y llegó a predecir a nuestro Santo que Dios quería servirse de él para fundar una nueva congregación de sacerdotes que harían gran bien en la Iglesia.

Al mismo tiempo que el señor De Berulle co-

menzaba a manifestar a San Vicente de Paúl los designios que Dios había formado sobre él, le sostenía en esas pruebas que de ordinario son el último toque con que Dios dispone a aquellas almas a quienes ha predestinado para alguna grande obra. Entre estas pruebas hubo dos, sobre todo, capaces de abatir para siempre un alma de menos temple que la suya. Por razones de economía había tomado en el arrabal de Saint-Germain una habitación en común con uno de sus paisanos, por nombre Beltrán Dulou, juez de paz en el cantón de Sore. Cierto día, habiendo salido éste muy de mañana para unos negocios, se olvidó de cerrar el armario donde tenía su dinero, 400 o 500 francos, poco más o menos, dejando a Vicente en la cama un poco indispuesto y aguardando los remedios que habían quedado en llevarle. El muchacho que vino con ellos fué a buscar un vaso en el armario entreabierto, y al ver el dinero, se lo echó al bolsillo sin decir una palabra. Cuando el juez estuvo de vuelta y notó la falta del dinero, se quedó como fuera de sí. Pidiólo a Vicente, quien no supo darle otra respuesta sino que ni le había tomado, ni le había visto coger a nadie.

Furioso el juez, comenzó a dar desaforados gritos, echó de su lado al Santo y llegó hasta perseguirle y difamarle por todas partes, en casa, en el bario, entre los amigos y conocidos de éste. El caso llegó a tal extremo, que, hallándose en su casa el señor De Berulle, rodeado de personas de reputación y de piedad, en cuyo número se contaba Vicente, se acercó el juez a ellos, y ante tan distinguida sociedad trató públicamente de ladrón a nuestro Santo. Contentóse éste con decir: «Dios sabe la verdad, señor mío»; mas profirió estas palabras con un aire tal de modestia y dulzura, que dejó maravillados a todos.

Detenido el mozuelo por otros robos, declaró también aquél; mas esto no tuvo lugar sino des-

pués de mucho tiempo, y precisamente ante el juez de Sore, que se apresuró a escribir a San Vicente de Paúl para pedirle perdón y protestarle que, si no se le enviaba por escrito, iría él mismo a obtenerle con «una cuerda al cuello». Entretanto, la calumnia se había ido extendiendo, y durante seis meses tuvo que permanecer nuestro Santo bajo el peso de tan odiosa acusación.

Por entonces tuvo lugar un extraordinario suceso, que ejerció decisiva influencia en la vida de San Vicente de Paúl. Incierto, dudoso hasta entonces del rumbo que había de dar a su navecilla, fué para él la estrella que en adelante había de servirle de orientación. El hecho heroico que vamos a contar fué como el nacimiento y bautismo del Patrono de las obras de caridad.

Había entonces en París un doctor en Teología que, después de haberse cubierto de gloria en las luchas públicas con los herejes, víctima, probablemente, de su orgullo, fué acometido de violentas tentaciones contra la fe. No podía ni decir Misa, ni rezar las horas canónicas, ni entrar en una iglesia, pues todo cuanto se relacionaba con Dios servía únicamente para despertar en su alma las más horribles tentaciones de blasfemia. Compadecido nuestro Santo de este pobre sacerdote, a quien de antemano conocía, y habiendo vanamente ensayado todos los medios de curarle, tuvo uno de esos sublimes arranques de caridad de que no hay sino rarísimos ejemplos en la Historia.

Rogó encarecidamente al Señor que devolviese la fe a aquel infortunado sacerdote, ofreciéndose a sí mismo para llevar, si era menester, la carga que aquel su pobre hermano ya no podía resistir. Su oración fué oída al punto. Mientras que la víctima sentía renacer la luz en su corazón, Vicente de Paúl bajaba al fondo de aquellos abismos de dudas, de tentaciones y oscuri-

dades de que acababa de sacar al otro. Así permaneció cuatro años, en un estado tal de postración, que daba pena verle, no teniendo fuerzas para otra cosa que para menudear sus visitas a los hospitales y entregarse a toda clase de obras de caridad.

Éste fué el remedio con que salió de la prueba. Un día que se hallaba más desolado que de costumbre, cayó de rodillas e hizo voto de consagrar su vida a Jesucristo en la persona de los pobres. No hizo más que pronunciar estas palabras, cuando todos sus sufrimientos se desvanecieron y volvió la paz a su alma, confesando después que desde aquel momento le parecía ver las verdades de la fe en un fondo de luz que vivamente las iluminaba y esclarecía.

En el curso de esta prueba fué cuando se resolvió Vicente a retirarse con el señor De Berulle y con los sacerdotes que comenzaban a reunírsele para echar los fundamentos del Oratorio. No que tuviese el menor pensamiento de entrar en él; con frecuencia declaró después que no era ésa su intención, y el señor De Berulle sabía que nuestro Santo estaba llamado para otros destinos. Su deseo al retirarse al naciente Oratorio era estar muy cerca de aquel a quien llamaba «su ángel visible», y del que nunca tuvo tanta necesidad como entonces, agobiado bajo el peso de la terrible tentación contra la fe.

Pobre y necesitado de algún beneficio eclesiástico con que pasar la vida, había dado con uno, pero no conforme a sus gustos y deseos: había sido nombrado capellán de la reina Margarita, la separada esposa de Enrique IV. Mas ¡qué situación para un hombre como nuestro Santo!

Separada de su marido la reina Margarita, mas no desvanecida o, al menos, reconciliada con él, le apellidaba «su hermano y su rey», al mismo tiempo que recibía de éste el tratamiento de «su hermana».

Se había instalado en su hermoso palacio de la calle de Seine, cuyos magníficos jardines bajaban hasta el río, y tratando de volver a sus hábitos o prácticas de devoción, se esforzaba por mezclar en una corte semipagana la religión, la literatura, las artes y las intrigas. Aunque San Vicente de Paúl no vivía en el palacio y sólo se presentaba en él para cumplir los actos de su ministerio, la disipación que allí advertía le apenaba profundamente, y no contribuyó poco a inspirarle el deseo de buscar en la compañía del señor De Berulle y de los discípulos de éste una atmósfera de vida más en relación con su carácter. La casa del Oratorio se hallaba a muy corta distancia del palacio, y esta circunstancia le permitió entrar en ella sin resignar su cargo, de que tenía necesidad para vivir.

Se cree que comenzó su estancia en el Oratorio por los meses de marzo o de abril de 1610, porque habiendo sido aquélla de dos años, terminó en 2 de mayo de 1612, fecha de la instalación de nuestro Santo en el curato de Clichy.

Entre los seis sacerdotes que formaban parte de la naciente Congregación estaba Francisco Bourgoing, que trataba de renunciar su parroquia de Clichy, pero no quería confiar su grey sino a un eclesiástico piadoso, lleno de celo y capaz de proseguir el bien que él había comenzado. Ya hacía muchos meses que le andaban buscando, cuando el señor De Berulle puso los ojos en San Vicente de Paúl.

Propuso, pues, el proyecto a nuestro Santo, y éste sometió humildemente su parecer al de su director, mas no sin manifestarle primero sus repugnancias. No que él hallase pequeña la parroquia; le parecía, sí, poco llevadera la carga. Quería amar, servir, atender y cuidar a los pobres, mas temblaba de encargarse de sus almas. Por lo que hace al P. Bourgoing, no cabía en sí de contento.

Apenas posesionado de su parroquia, comenzó a visitarla. Casi no constaba más que de pobres labradores, pero llenos de fe y dotados de una admirable sencillez y pureza de costumbres. Predicando un Padre Jesuíta delante de San Vicente de Paúl, exclamó, en un arranque oratorio, que «todos sus parroquianos vivían como ángeles». Aquí y allá aparecían en la llanura alguna que otra casa de campo, propiedad de algunas familias ricas de París; pero eran raras excepciones.

Los pobres abundaban, y carecían de todo. San Vicente respiraba en su atmósfera. Les servía con sus propias manos, les proporcionaba dinero y vestidos, les entregaba, en una palabra, su corazón. Este fué el tiempo más dichoso de su vida. Veinte años más tarde hablaba aún de él con enternecimiento: «¡Ah, me decía yo, qué dichoso eres en tener un pueblo tan bueno! El Papa es menos feliz que tú.» Un día me preguntó el primer cardenal de Retz: «Y bien, ¿qué tal, señor Vicente?» «Monseñor—le respondí—, es tan grande mi satisfacción, que no hallo palabras con que encarecérosla.» «Y por qué?» «Porque tengo un pueblo tan bueno y tan obediente a todo lo que le encargo, que me digo muchas veces que ni el Papa, ni vos, monseñor, sois tan dichoso como yo.» Amenazada de ruina su iglesia, determinó repararla. Mas ¿dónde hallar recursos para ello? Es verdad que su pueblo era pobre, y que él no lo era menos; pero hallándose a las puertas de París, donde contaba con no pocos protectores y amigos, no había por qué desesperar del éxito de la empresa. El hecho es que la iglesia estuvo retocada en menos de un año.

Restaurada la iglesia, comenzó sus tareas apostólicas. La primera fué el establecimiento de la comunión en el primer domingo del mes. «¡Oh —decía el Santo—, qué buen pueblo es el de Clichy! Habiéndole recomendado la confesión y la comunión en el primer domingo de mes, nadie

falta a ella, con gran satisfacción de mi alma.» A esta práctica juntó la institución del Rosario, ejercicio tan saludable en sí mismo, mas tan necesario en una parroquia donde casi ninguno sabía leer ni escribir. Al mismo tiempo echaba los primeros fundamentos de otra obra enteramente distinta, pero no menos importante.

Se trataba de reunir a su alrededor un cierto número de niños para formarles en piedad y disponerlos a cumplir más tarde las funciones eclesiásticas. Ya había reunido doce, que alojaba en su propia casa y de los cuales algunos llegaron a ser modelos de sacerdotes.

Muchos otros proyectos iban germinando en su espíritu, cuando de la noche a la mañana recibió una carta del señor De Berulle, su director y su guía, indicándole otras funciones muy distintas en que ejercitar su celo.

A la primera palabra de su santo director, colocó en un carruaje su pequeño mobiliario, le acompañó a pie y se dirigió a la residencia del señor Berulle.

Primera estancia del Santo en la casa de Gondi. (1613-1617).

Grande y opulenta era, en verdad, la casa de Gondi al hacer en ella su entrada Vicente de Paúl. Además de los hermosos palacios con que contaba en París, poseía el castillo de Montmirail, en Champagne; el de Joiny, en Borgoña; el de Folleville, en Picardía; los de Dampierre, de Villepreux, etc.; y para cultivar los inmensos territorios que estos castillos dominaban había «siete u ocho mil hombres, al menos», a quienes la señora de Gondi podía llamar «sus súbditos».

Esta familia, originaria de Florencia, y que de generación en generación había ido engrandeciéndose, acababa de llegar a su apogeo en los

hermanos Alberto y Pedro de Gondi, elevados el uno a los mayores cargos del Estado, y el otro a las principales dignidades de la Iglesia. El primero, Alberto de Gondi, marqués de Belle-Isle, par y mariscal de Francia, unía a la astucia italiana, al buen sentido práctico y a otras mil manifestaciones de un espíritu libre y audaz, un valor indomable, acreditado en todas las batallas de su tiempo.

Mientras Alberto de Gondi se encumbraba a tales alturas en el Estado, no lograba menos honores en la Iglesia su hermano Pedro de Gondi, nacido en Lyón en 1533. De dignidad en dignidad, llegó a ser obispo de Langres en 1565, con el título de duque y par; obispo de París en 1570, confesor de Carlos IX, capellán de la reina Isabel de Austria, jefe del Consejo, comendador de la Orden del Espíritu Santo en 1578, y, en fin, cardenal en 1587. Aún vivía cuando Vicente de Paúl entró en la familia de su sobrino Felipe Manuel. Estando ya viejo y lleno de enfermedades, consiguió que le diesen por coadjutor en 1598 al hermano mismo de Felipe Manuel, Enrique de Gondi, de edad de veintiséis años escasos, el cual, a semejanza del tío, llegó a ser obispo y cardenal.

Fácil es advertir la influencia de San Vicente de Paúl en la conducta del nuevo obispo, quien, retirándose poco a poco de los afanes de la política, consagró su persona y las pingües rentas de su cuantiosa fortuna al sostenimiento de todas las piadosas fundaciones del siglo XVII.

Siguiendo el ejemplo de su tío Pedro de Gondi, hizo que le diesen por coadjutor en el gobierno de la diócesis a su propio hermano, Juan Francisco de Gondi, capuchino primeramente y después deán de Nuestra Señora, en la capital, quien llegó a ser igualmente obispo y aun arzobispo de París, cuando esta sede fué hecha metropolitana en 1622. También éste escogió por

coadjutor, en 1642, a un miembro de la familia, sobrino suyo e hijo de Felipe Manuel de Gondi; aquel inquieto e indomable Francisco Pablo de Gondi, discípulo de San Vicente de Paúl, y tan conocido por el nombre de cardenal de Retz. Así que, al estudiar la vida de Felipe Manuel de Gondi, en cuya casa entró nuestro Santo, le vemos rodeado sucesivamente de tres cardenales, y todos próximos parientes suyos: un tío, un hermano y su hijo; y notamos que en aquella fastuosa y espléndida morada estuvo como vinculada la Silla de París durante ciento nueve años, de 1570 a 1679, es decir, durante todo el siglo XVII.

De estos cardenales, obispos o arzobispos, todos, si se exceptúa Pedro de Gondi, a quien nuestro Santo apenas conoció, y eso cuando aquél estaba ya muy entrado en años, participaron de su influencia; y entre la diversidad de rasgos de su fisonomía, ostentan uno que les es común, y que sin duda debieran a San Vicente: el amor a las obras de caridad, el celo por el desarrollo de todos los grandes establecimientos religiosos del siglo XVII.

Entremos ya en relaciones con Felipe Manuel de Gondi y con su santa esposa Margarita de Silly, en cuya compañía va a permanecer por doce años San Vicente de Paúl. Felipe Manuel, segundo hijo de Alberto de Gondi, había sucedido a éste, desde la edad de diecisiete años, en el cargo de general de las galeras y lugarteniente del rey en los mares de Levante. «Era, al decir de los historiadores coetáneos, el hombre más apuesto, más sagaz y de los más valientes del reino.» Ligado íntimamente con los duques de Guisa y de Chevreuse, y con los señores de Crequi y de Bassampierre, pasaba su vida entre las frivolidades y devaneos de la corte, bien que sin grave detrimento de su honestidad y de su virtud.

Aquellos aires del mundo resfriaron, sí, su pie-

dad, mas nunca lograron extinguirla. De ahi que, corriendo los años, vuelva a aparecer en él, reanimándole con el calor de su bendita eficacia y prestándole fuerzas para dar de mano a todos los honores y a todos los placeres del mundo, y para sepultarse, joven aún, a la muerte de su esposa, en una pobre celda del Oratorio, entregándose de lleno a la virtud bajo la dirección del P. Berulle. Mas en la época a que nos referimos no seguía otra corriente que la del mundo.

Por los años de 1600, y cuando él apenas frisaba en los veinte, se casó con Francisca Margarita de Silly, joven de rara virtud, de dulzura angelical y de una conciencia sumamente delicada, rayana por igual con los escrúpulos y con el éxtasis.

Digamos en honor de Felipe Manuel de Gondi que conoció el tesoro que Dios había puesto en sus manos, que rodeó a Margarita de Silly de una especie de veneración, y que, muerta su esposa, no encontró alivio para su dolor más que en la vida del claustro.

Tres hijos nacieron de esta unión, los tres discípulos de San Vicente de Paúl.

El primero, Pedro, nacido en París en 1602, tenía ya once años al ser confiado a Vicente, y, como todos los primogénitos, estaba destinado a los honores y cargos del Estado.

Entrado en los veinte años, acompañó a su padre en el viaje que éste se aventuró a hacer, trasladando, por vez primera, las galeras de Levante a las aguas del Océano, para acudir en ayuda del rey, que estaba sitiado en La Rochela, y se batió como un león en la isla de Re, donde vió morir bajo sus piernas a su caballo, saliendo él herido gravemente de un mosquetazo en el hombro.

Por lo demás, siempre se mostró el mismo en su larga vida: hombre más de combates que de negocios, de un valor a toda prueba, de una re-

solución inflexible y de una fe igual a su bravura.

El segundo, Enrique de Gondi, destinado al estado sacerdotal, era benigno y piadoso como su madre, pálido y rubio (a diferencia de sus dos hermanos, de tez bronceada, que hacía recordar su origen florentino), y ambicioso, como todos los Gondi.

Al llegar, a últimos de agosto de 1613, San Vicente de Paúl al castillo de Montmorail, donde se hallaban entonces los señores de Gondi, no tenían éstos más que los dos hijos mencionados; pero estaba ya para nacerles el tercero, conocido en la Historia por el célebre nombre del cardenal de Retz. Vino al mundo el 20 de septiembre de 1613, y recibió en el bautismo el nombre de Francisco Pablo.

Vicente de Paúl debía desempeñar cerca de estos tres niños una doble misión: instruirles en los principios religiosos, enseñarles a conocer, amar y servir a Dios, y al mismo tiempo iniciarles en los elementos de las lenguas griega y latina, que de tanta estimación gozaban en la familia de los Gondi. No obstante, lo que la señora de Gondi deseaba y ponía por cima de todo era la primera parte de la educación de sus hijos, y para llevarla a la práctica es para lo que se había dirigido al señor Berulle.

—Antes que señores y grandes de la tierra, quiero hacer de mis hijos santos para el cielo—le decía.

Juzgando de la educación de los dos primeros por la del más joven, podríamos formarnos una idea de la acción de Vicente de Paúl sobre los Gondi. «Vicente de Paúl—dice un antiguo historiador—fué quien dirigió al futuro cardenal de Retz en sus estudios, en los que hizo maravillosos progresos. Aprendió hasta siete lenguas con gran facilidad: el hebreo, el griego, el latín, el italiano, el español, el alemán y el francés, que

hablaba elegantemente. Se graduó de doctor por la Sorbona en medio de nutridos aplausos. Leyendo sus Memorias, se nota la rara perfección con que llegó a poseer el francés. En cuanto al italiano, era su segunda lengua, la lengua materna. En el latín podía haber sido rival de Bembo y de Sadoleto, a juzgar por muchas cartas que de él se conservan; y en orden al griego, le poseía con tanta perfección, que en el Seminario de la Congregación del Indice tradujo correctamente un libro escrito en griego moderno, que los demás cardenales no habían podido entender. Por último, hacia los postreros años de su vida, rezaba el Oficio divino en lengua hebrea.»

Por lo que toca a la educación religiosa y moral, en que Vicente de Paúl debía imponer a sus tres discípulos, dotados de un carácter tan violento, no se ve que el primero saliera tan mal aprovechado. «Joven aún—dice Corbinelli—, tenía la perspicacia, el valor, la prudencia y la madurez de un hombre hecho.» Su piedad no se desmintió nunca. Respecto al segundo, murió en la flor de la edad.

El tercero, es verdad que pasó su vida en ocasionados devaneos y en peligrosos lances, que si nos revelan el temple de su alma, también nos ponen de manifiesto la pujanza avasalladora de sus pasiones. Mas la Historia, que tan detalladamente nos cuenta estas aventuras, no nos ha dicho aún que, en ocasiones, eran interrumpidas por retiros espirituales que el famoso frondista hacía en San Lázaro, ni que, habiendo llegado al fin de su vida, se le vió experimentar esa inapetencia de las cosas de la tierra que no sienten sino los de corazón grande y bien cultivado.

En reconocimiento de los servicios prestados a sus hijos, y para unirle más estrechamente a la familia, es probablemente por lo que el señor de Gondi ofreció, en 1615, a San Vicente de Paúl

un canonicato en el célebre cabildo de Ecouis, de la diócesis de Evreux.

Era simplemente un título de honor lo que se le quería conferir, y nuestro Santo no pudo resistirse a aceptarlo. Tomó posesión de él por procurador el 27 de mayo de 1615, y en persona, el 16 de septiembre del mismo año.

Mientras que San Vicente de Paúl se ocupaba en la educación de caracteres tan diversos como eran los de sus discípulos, ejercía sin empeño particular, y casi inconscientemente, honda y singular influencia en los padres de éstos, los señores de Gondi.

Mas esta humildad del gran siervo de Dios no estaba reñida con la firmeza. Se conserva de él, acerca de esta virtud, un rasgo notable. Felipe Manuel había sido ultrajado por un señor de la corte, y, no obstante su piedad, creyó que se debía a sí mismo, a su nombre y al honor de su familia, lavar el insulto con la sangre del ofensor. Antes de presentarse en el lugar del duelo, por una de esas inconsecuencias no raras, entró en su oratorio, oyó piadosamente la Misa y permaneció largo tiempo en oración, encomendando al cielo el buen éxito del negocio, así como la salud de su alma. Instruido del proyecto San Vicente, que es quien decía la Misa, y de acuerdo quizá con la señora de Gondi, espera a que todo el mundo salga, y cuando Felipe Manuel quedó solo en la capilla, fué a echarse a sus pies.

—Permitidme, señor—le dijo—, que con toda humildad os hable unas palabras. Sé de buena tinta que abrigáis el designio de batiros en duelo; mas yo os declaro, de parte de mi Salvador, a quien os acabo de mostrar y vos habéis adorado, que si no abandonáis este proyecto, ejercerá su justicia sobre vos y sobre vuestra posteridad.

Tan graves palabras despiertan en el corazón del señor de Gondi los sentimientos de padre y de cristiano y desarman su cólera; fija sus ojos

en el altar, y jura al santo sacerdote poner en manos de Dios su venganza.

Bien se deja entender que, dada su exquisita piedad, no sería la señora de Gondi la última en sentir el perfume de virtud que exhalaba la vida de Vicente de Paúl.

Púsose bajo su dirección espiritual, e hizo desde entonces rápidos progresos.

Dedicóse, en consecuencia, a visitar los pobres, a cuidar de los enfermos, descendiendo hasta las chozas más miserables; y como era afable y graciosa, todos los pobres y moribundos deseaban verla junto a su lecho, pagándose más aún de su persona que de sus riquezas.

Mucho desearíamos tener algunos detalles acerca de esta campaña de caridad llevada a cabo con tanto celo por la señora de Gondi y por su santo director. Un solo hecho, destacado en las sombras, nos permite apreciar lo sublime de su amor para con los pobres, en los cuales, más que por la salud del cuerpo, miraban por el bien del alma. Durante la estancia de la familia Gondi en el castillo de Folleville, cerca de Amiens, vinieron una tarde a llamar a Vicente de Paúl para oír en confesión a un moribundo campesino. Aunque este hombre había vivido siempre, en la apariencia, cristianamente, se hallaba, no obstante, cargado de muchos pecados mortales, que por vergüenza había ocultado en sus confesiones.

Habiendo ido el Santo a verle, se le ocurrió aconsejarle hacer una confesión general para mayor seguridad de su conciencia, y el resultado hizo ver que había sido una inspiración del cielo, pues habiendo llegado poco después la señora de Gondi a ver cómo se encontraba el enfermo, éste le declaró, con lágrimas en los ojos, las confesiones sacrílegas y los enormes pecados de su vida pasada; lo que hizo que esta virtuosa dama,

conmovida profundamente, exclamase dirigiéndose a Vicente:

—¡Ah, señor! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que acabamos de oír? Lo mismo sucederá, sin duda, a la mayor parte de estas pobres gentes.

La señora de Gondi suplicó a nuestro Santo que predicase el domingo siguiente sobre la necesidad de las confesiones generales. «Y Dios —dice San Vicente—se complació tanto de la confianza y buena fe de esta señora (pues el gran número y la enormidad de mis culpas hubieran impedido el fruto de esta acción), que bendijo mis palabras, y todas estas buenas gentes se conmovieron de tal modo, que, sin faltar uno, acudieron a hacer confesión general.» «Fuimos en seguida—continúa San Vicente de Paúl—a los otros pueblos pertenecientes a la señora en este territorio, y en todos hicimos como en el primero: hubo gran concurso, y Dios en todos echó su bendición. He aquí el primer sermón de la Misión y el éxito que Dios tuvo a bien concederle el mismo día de la Conversión de San Pablo, circunstancia que Dios hizo concurrir en ello, no sin especial designio.» Era el 25 de enero de 1617.

Produjo tan viva impresión este hecho en el ánimo de la señora de Gondi, que inmediatamente designó una suma de 16.000 libras para ofrecerla a una Congregación que de cinco en cinco años consintiese en dar una Misión en los pueblos de su pertenencia. Hizo Vicente esta proposición a los Padres Jesuítas y a los del Oratorio. quienes no pudieron aceptarla; y no sabiendo ya la señora de Gondi a quién dirigirse, extendió su testamento, dejando dicha suma a Vicente de Paúl para que fundase Misiones en sus lugares del modo que juzgase más conveniente.

¿Despertó esta Misión de Folleville en el alma de San Vicente la pasión que siempre sintió por los pobres, u obedecía su nueva resolución a deseos de vida más oculta? Porque siempre parece-

rá extraña e inaudita la súbita determinación de nuestro Santo en estas circunstancias, de dejar el castillo de Montmirail y la casa de los Gondi con la intención de no volver más a ella. No se atrevió, sin embargo, a revelar a nadie su pensamiento. Tomando por pretexto un viajecito a París, partió de su antigua estancia, y desde aquella ciudad dió cuenta de su resolución al señor de Gondi, de modo que cuando la carta llegó a su destino ya estaba él lejos de allí, oculto en el interior de la Bresse, en una ciudad pequeña, abandonada y pobre, Chatillon-les-Dombes.

Vicente de Paúl, párroco de Chatillon-les-Dombes.—Vuelve a la casa de Gondi.—Cofradía de la Caridad (1617-1621).

Vicente de Paúl había huído, por decirlo así, de la casa de Gondi. Se había ausentado tomando por pretexto la necesidad de un viaje a la corte, mas sin comunicar a nadie su determinación de no volver; así es que su primer cuidado al llegar a Chatillon fué escribir al señor de Gondi, que por entonces se hallaba al frente de las galeras reales en las costas de Provenza.

Daba como única explicación de su conducta la incapacidad en que se hallaba de dar a sus discípulos la instrucción y educación que su estado requería. Fácil es de adivinar la extrañeza y dolor del señor de Gondi.

Se han conservado algunos fragmentos de las cartas, verdaderamente admirables, a que esta cuestión dió lugar entre las partes. He aquí primeramente la carta que el señor de Gondi dirigió a su esposa para comunicarle la noticia: «Estoy sumamente contrariado por una carta que he recibido del señor Vicente, y que adjunta os envío para ver si se puede aún poner remedio a la des-

gracia que sufriríamos al perderle. Mucho me ha sorprendido que no os haya dicho nada acerca de su resolución, ni que hayáis tenido ningún aviso sobre el particular. Yo os ruego que os sirváis de todos los medios posibles para no perderle. Porque aun cuando el pretexto que alega (su supuesta incapacidad) fuera fundado, ninguna impresión me haría, ya que el principal interés que tengo es que se halle a nuestro lado, es nuestra eterna salvación, en lo cual yo sé que con el tiempo podrá ayudarnos mucho, y cooperar a las resoluciones que, hoy más que nunca, deseo tomar, y de las cuales tantísimas veces os he hablado. No le he contestado aún, ni le contestaré hasta no tener nuevas de vuestra parte.»

La señora de Gondi recibió esta carta el día de la Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre de 1617). La impresión que la hizo fué tan grande, «que no cesó de llorar, ni podía comer ni dormir».

—Nunca se me había ocurrido—decía ella a una de sus amigas—. El señor Vicente se había mostrado tan piadoso para mi alma, que no podía creer que me hubiera de abandonar de este modo. Mas Dios sea alabado; yo no le acuso, sea como quiera, de nada; creo que él nada ha hecho sino movido de una especial providencia de Dios y tocado de su santo amor.

Y mostrándole la carta de su marido, añadía:

—Ved con qué dolor me escribe acerca de ello el general. Yo mismo noto que mis hijos van retrocediendo diariamente, y que no se repetirá el bien que él hacía, tanto en mi casa como en los siete u ocho mil habitantes de mis posesiones.

La señora de Gondi fué al punto a verse con el señor de Berulle; le confió sus penas, sus necesidades y hasta sus admirables escrúpulos de oponerse a la voluntad de Dios si trabajaba por hacer volver al señor Vicente a su palacio.

El señor de Berulle la tranquilizó, y admiran-

do la delicadeza de un alma tan pura, le aconsejó que escribiera por sí misma a nuestro Santo. He aquí en qué términos lo hizo: «La angustia que padezco me es insoportable sin una gracia extraordinaria de Dios, que yo no merezco. Si esta situación sólo hubiera de durar algún tiempo, no sería tan desesperada; mas cuando pondero todas las ocasiones en que puedo hallarme necesitada de ayuda, de dirección y de consejo, y me imagino privada de todo ello, mi dolor se renueva sin medida. Juzgad, pues, si mi espíritu ni mi cuerpo podrán soportar a la larga tan rudas pruebas. No me hallo en disposición de buscar ni de recibir asistencia de otra parte, porque, como bien sabéis, no con toda clase de personas tengo la libertad de espíritu necesaria para comunicar las necesidades de mi alma.

»El señor de Berulle me ha prometido escribiros, y yo ruego a Dios y a la Santísima Virgen que volváis a nuestra casa para la salvación de toda nuestra familia y la de muchos otros entre quienes podéis ejercer vuestra caridad. Os pido una vez más que la practiquéis con nosotros por el amor que tenéis a nuestro Señor, a cuya voluntad me entrego en esta ocasión, bien que temiendo grandemente no poder perseverar en este estado de resignación y de sosiego. Si después de esto rehusáis acceder a mis súplicas, yo os haré cargo ante Dios de todo lo que me suceda y de todo aquello en que yo falte a causa de no poder contar con vuestra ayuda.

»Ya veis cómo el general abunda en los mismos sentimientos. No resistáis al bien que podáis hacer cooperando a su salvación, pues que un día podrá contribuir él a la de muchos otros. Ya sé que, no sirviendo mi vida para otra cosa que para ofender a Dios, ningún mal hay en ponerla en peligro; mas mi alma tiene que ser asistida en la hora de la muerte. Recordad el temor con que en cierto pueblo me visteis durante mi última en-

fermedad. Es probable que me halle en peores circunstancias, y este solo recelo me haría tanto mal, que, sin una continua y habitual preparación, tal vez me costara la vida.»

Vicente de Paúl se conmovió al leer esta carta; pero la obra que le había traído a Chatillon estaba aún por hacer.

Después de escribir a la señora de Gondi consolándola y excitándola a no buscar otra cosa que la voluntad de Dios, se entregó de lleno a la santificación de su parroquia. Esta se hallaba en un estado el más lamentable; pero no precisamente por falta de sacerdotes. Con no constar más que de dos a tres mil habitantes, había en ella hasta seis, pero que, faltos de todo celo apostólico y de todo cuidado pastoral, descuidaban casi por completo las almas, escandalizándolas con su vida ociosa y disipada. ¿Qué fruto se podía hacer en tanto que no desapareciese este mal ejemplo? Vicente de Paúl se insinuó dulcemente en sus corazones y acabó por persuadirles «a que se juntasen en una especie de comunidad para entregarse por este medio más perfectamente al servicio de Dios y de la Iglesia; lo que ellos comenzaron con gusto a poder en práctica, y siguieron poniéndolo después por mucho tiempo, con gran edificación de toda la parroquia».

Al mismo tiempo se ocupaba en catequizar a los niños, único medio de reformar radicalmente una parroquia; en instruir a los ignorantes, que no escaseaban, a consecuencia del abandono en que los susodichos pastores tenían su ministerio; en convertir los herejes, bastantes en número por la proximidad de Ginebra, y en apartar de su vida insustancial y disipada a los señores y señoras de distinción que habitaban los castillos y quintas de los alrededores.

Algunos de los efectos que en Chatillon produjo fueron admirables. Se cita en particular el producido en un conde de Rougemont, duelista

impenitente, y tan afortunado, que era imposible llevar la cuenta del número de sus víctimas. Habiendo ido hablar de San Vicente de Paúl, acude a la iglesia de Chatillon a escucharle, y al hacerlo, siente revivir su fe y cae a los pies del santo sacerdote, que en adelante tendrá que hacer menos para excitar que para moderar en él el fervor y la devoción.

Vende sus tierras de Rougemont, cuyo precio consagra a la fundación de monasterios y al regalo de los pobres, y es menester que Vicente de Paúl tome cartas en el asunto para obligarle a conservar sus otras posesiones, pues de otro modo antes de un mes no habría poseído una pulgada de tierra, a imitación, según él decía, de Jesucristo, quien no tuvo donde reclinar su cabeza. «Corto, rajo y rompo por todo—decía al señor Vicente—, para ir derecho al cielo.» Quedábale, sin embargo, la espada, el último y el más hondo de sus apegos terrenos. No podía decidirse a separarse de ella. Avergonzado un día de tal miseria, detiene su caballo, se apea, la saca de la vaina y la hace trizas contra una roca. Luego, volviendo a montar, exclama: «¡Ya soy libre!»

No hizo menos ruido otra conversión, fecunda en grandes resultados. Dos jóvenes de la aristocracia, las señoras de Chassaigne y de Brie, ricas y de singular hermosura, vivían engolfadas en los placeres, en el juego y en el baile. Cierto día penetran en la iglesia cuando el Santo dirigía su palabra a los fieles.

Entran, al oírle, en remordimientos, conmuévense sus almas, se comunican sus impresiones y resuelven ir a hacer después de Misa una visita al santo sacerdote. En pocas palabras dió éste fin a la obra, y las dos jóvenes se separan de él decididas a romper con las frivolidades de su vida mundana y a consagrarse al servicio de los pobres, ocupación que llevan hasta el heroísmo en

la terrible peste que algún tiempo más tarde diezmó a Chatillon.

Podríamos citar otras conversiones; mas anhelamos llegar al gran acontecimiento, que, quizá en los designios de la divina Providencia, era la única razón del arribo de Vicente de Paúl a Chatillon.

Un día en que nuestro Santo se estaba revistiendo para celebrar, le rogó la señora de la Chassaigne que encomendase a la caridad de los feligreses a una pobre familia cuyos individuos todos habían caído enfermos, padre, madre e hijos, en una casa situada a media legua de Chatillon. Hízolo así en el sermón, con su ternura y fervor acostumbrados, y partiendo después de mediodía con uno de sus feligreses, gran hombre de bien, para ir a visitar a aquella pobre familia, quedó agradablemente sorprendido al hallar, ya de vuelta, una multitud de gente que, movida de sus palabras, había acudido al socorro de aquel desolado hogar.

—He aquí—exclamó—una caridad fervorosa, pero mal regulada. ¿Qué va a hacer esta pobre familia de ese conjunto de provisiones? Tendrá por necesidad que dejar perder una gran parte de ellas, volviendo a caer en la primitiva necesidad.

Hizo venir a las señoras de la Chassaigne y de Brie, les mostró los inconvenientes de una caridad tan mal dirigida, y les suplicó que le ayudasen a formar una Junta de señoras caritativas. «Propúselas—dice el Santo—que cada día se encargase una de la manutención necesaria, no ya sólo para dichos enfermos, sino también para todos los que en adelante sobreviniesen.»

Con aquel buen sentido y espíritu de organización que le caracterizaba, comenzó a aplicar al mencionado servicio de los pobres a las señoras de la parroquia, y continuó aplicándolas, sin regla ninguna escrita, por espacio de tres meses; entonces fué cuando, después de haber visto fun-

cionar la obra, redactó las reglas por que ésta se había de gobernar.

Tras un preámbulo en que se señala el objeto de la nueva Asociación, pasa a darle nombre. «Dicha Junta se llamará la *Cofradía de la Caridad*, y las personas de que quede compuesta, *sirvientas de los pobres*, o *damas de la Caridad*. Su Patrono será nuestro Señor Jesucristo, que tan amante fué de los pobres. Toda mujer cristiana, «viuda, casada o soltera», de piedad y de virtud, podrá formar parte de ella, «supuesto siempre que las casadas y las solteras tengan, respectivamente, permiso para ello de sus maridos y de sus padres». Así, a la luz del claro día; nada de misterios ni de embozos. El gobierno de la nueva obra constará: Primero, de una presidenta elegida por todas las socias de la Junta, a quien éstas «amarán y respetarán como a su madre, obedeciéndola en todo cuanto mire al bien y servicio de los pobres, por amor de nuestro Señor Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Dos de las más humildes y discretas de la cofradía, en calidad de asistenta la una y la otra de tesorera. ayudarán a la presidenta. Y como no es propio de mujeres llevar por sí y exclusivamente la administración de los fondos, dichas sirvientas de los pobres elegirán para procurador de los mismos algún piadoso eclesiástico o algún otro señor de la ciudad, virtuoso, amante del bien de los pobres y no muy envuelto en los negocios temporales, el cual será contado como miembro de la Asociación.

Todos estos cargos, es decir, los de presidenta, tesorera, asistenta y procurador, estarán bajo la autoridad del párroco o de su vicario, a fin de que todo ello sirva de apoyo y no de embarazo a la parroquia.

En lo relativo al cargo de tesorera, hay una observación de muy profundo sentido: «La tesorera guardará el dinero, los papeles y los mue-

bles. Dará cuenta todos los años, el día siguiente al de Pentecostés, en presencia del señor párroco, de la presidenta, del procurador y de la otra asistenta, siendo creída bajo sola su palabra con relación a la exactitud de sus cuentas, sin que pueda serle tachado ningún artículo, ni por ello ser sujetos a examen de ninguna clase, ni ella, ni su esposo, ni sus hijos; tanto a causa de que, siendo de una conducta intachable, como deben ser todas las elegidas para este cargo, merece una absoluta confianza, como porque, de otra suerte, nadie querría tomar sobre sí una carga tan pesada.»

Mas donde el Santo se sobrepuja a sí mismo es en la exposición que hace del modo con que deben ser tratados los pobres. Las damas de la Caridad no visitarán más que aquellos que, previo examen, hayan sido recibidos por la presidenta, de acuerdo con la asistenta y con la tesorera; y he aquí el modo con que deberán hacerlo:

«Aquella a quien toque el turno, prevenida de lo que haya menester en casa de la tesorera para la alimentación de los pobres, arreglará la comida, la llevará a los enfermos y les saludará alegre y cariñosamente; acomodará una tablilla sobre el lecho, pondrá encima una servilleta, un vaso, un cubierto y pan; hará lavar las manos al enfermo, dirá el *Benedicite*, echará el caldo en una escudilla, colocará las viandas en un plato, y acomodándolo todo sobre la referida mesa, convidará dulcemente al enfermo a comer por amor de Jesús y de su Santísima Madre, procurando portarse en todo cariñosamente, como si lo estuviera haciendo con su hijo, o más bien, como si lo tuviera que hacer a Dios, quien toma como hecho para Sí el bien que ella está haciendo con el pobre. Con la misma dulzura le hablará también de nuestro Señor, procurando animarle si le encontrara desconsolado. Le cortará en trozos, de vez en cuando, las viandas;

le echará de beber, y habiéndole puesto de este modo en disposición de comer, si hubiere alguno al lado del enfermo, le dejará para trasladarse a casa de otro, con quien se portará de la misma manera, procurando comenzar siempre por los que tengan alguno en su compañía y acabando por los que se hallen solos, con el fin de poderse detener más con éstos. Luego por la noche, volverá a darles de cenar del mismo modo y con el mismo orden que hemos dicho.

»A cada enfermo se le dará todo el pan que necesite, con un cuarterón de carnero o de ternera, cocido por la mañana y asado por la noche, a excepción de los domingos y de las fiestas, en que se podrá darles en la comida algo de gallina cocida, y de dos o tres veces por semana, en que las viandas de la cena se les podrán servir en picadillo. Los que estén sin fiebre tendrán también a su disposición un cuartillo diario de vino, medio por la mañana y medio por la noche.

»Y no siendo el fin de este instituto asistir únicamente a los pobres de un modo corporal, sino también espiritualmente, las sirvientas de los pobres pondrán sumo cuidado y estudio en disponer a los convalecientes para llevar en adelante una vida más arreglada, y en preparar a bien morir a los moribundos, enderezando a este fin sus visitas, pidiendo a Dios por ellos y elevando de vez en cuando con alguna jaculatoria su corazón al cielo. Si muriesen, correrá también a su cargo hacerles enterrar a expensas de la Cofradía, así como proporcionarles al efecto una sábana y hacer abrir la sepultura, si el difunto no tuviera ninguna clase de medios para ello; procurarán asistir a los funerales de aquellos a quienes hubiesen asistido en la enfermedad, si cómodamente pudiesen, haciendo en este oficio de madres que acompañan a sus hijos hasta la tumba.»

Vicente de Paúl pasa en seguida a reglamen-

tar las asambleas que cada mes deben reunirse bajo la presidencia del párroco, quien hará a la Junta una breve exhortación, encaminada al mayor adelantamiento espiritual de los asociados; luego indica los ejercicios espirituales de cada sirvienta de los pobres.

Escritos estos reglamentos, el Santo los hizo aprobar por el arzobispo de Lyón; después los promulgó en asamblea solemne el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, y levantó acta de la inauguración.

Con esto quedó establecida definitivamente la Asociación de Caridad. Era la primera vez que se organizaba a domicilio la visita de los pobres y de los enfermos, y se aplicaba para su realización a las señoras del mundo, libres de todo voto y de toda profesión religiosa, continuando en vivir con la familia, no saliendo a visitar a los pobres sino con la aprobación de sus maridos, de sus padres o de sus madres, y juntando las obligaciones de la familia con los deberes de la caridad. Del primer ensayo de Vicente de Paúl salió una obra maestra.

Dios ha bendecido tan piadosa institución, y hoy llena el mundo.

Entretanto, la señora de Gondi no podía resignarse a la separación de su santo director. Procuró y obtuvo a este efecto cartas las más premiosas de su marido, de su cuñado el obispo de París y del P. Berulle, y se las remitió a Vicente de Paúl por medio de uno de sus mejores amigos, el señor de Fresne, el que en otro tiempo había introducido a Vicente en el palacio de la reina Margarita, y a quien éste, en cambio, había hecho entrar de secretario en casa de los Gondi. El señor de Fresne cumplió su misión con tanta delicadeza, energía y cordura, que acabó por convencer a Vicente de Paúl.

Dominado, no obstante, Vicente por sus tendencias a la vida oculta y humilde, oró fervo-

rosamente, se trasladó a Lyón a consultar al Padre Bence, del Oratorio, y acabó por entregar al señor de Fresne dos cartas, una para el general y otra para la señora de Gondi, donde les anunciaba su próximo viaje a París y su intención de ponerse por completo en manos del señor de Berulle.

Nada diremos de la aguda pena de los habitantes de Chatillon al venir en conocimiento de que iban a perder a su párroco.

El día de la partida todos salieron al camino, y al verle cayeron de hinojos, exclamando: «¡Vuestra bendición!» Bendición que el Santo les dió con lágrimas en los ojos. Casi cincuenta años después los antiguos testigos de esta escena, o sus hijos y sus nietos, declaraban bajo juramento, en vista de la probable canonización del santo sacerdote, que sería imposible anotar todo lo realizado por el señor Vicente en Chatillon en tan poco tiempo (¡cinco meses!), y que, a no haberlo visto y oído, les hubiera costado mucho trabajo creerlo.

Vicente de Paúl entró en París el 23 de diciembre de 1617. Aquella misma tarde se vió con el señor de Berulle, y al día siguiente, víspera de Navidad, volvió a entrar en la casa de Gondi, para no abandonarla ya sino hasta después de ocho años.

Chatillon fué para él una verdadera revelación. Allí había recibido luces que nunca llegó a vislumbrar en Clichy. Lo que acababa de hacer en una pobre y reducida parroquia de Bresse, ¿por qué no hacerlo en todas partes? ¿Por qué no ensayarlo, al menos, en las treinta aldeas dependientes de los Gondi?

La señora de Gondi le escuchaba llena de una dulce emoción. Ofrecióse, pues, a secundarle incondicionalmente con su influencia, con su dinero y aun con su persona en el establecimiento de las Cofradías de Caridad.

Inmediatamente puso el Santo manos a la obra, y en dos o tres años las fué estableciendo en treinta o cuarenta pueblos de las tierras de Gondi, a continuación de las Misiones, que él mismo, de ordinario, predicaba. La señora daba la primera su nombre, y su ejemplo arrastraba a todo el mundo. Ni se contentaba con ponerse al frente de estas Asociaciones; se adelantaba a los misioneros en los lugares en que éstos habían de predicar, visitaba a los pobres y a los enfermos, excitaba a los habitantes a aprovecharse de la Misión, y era un espectáculo que hacía derramar lágrimas ver una dama tan ilustre, tan joven, tan delicada de salud y tan rica, cuñada o sobrina de varios cardenales, empleada en tan humildes oficios de piedad y de caridad.

No estaba, por lo demás, sola. Tremendas desgracias habían venido a darle por compañera en el servicio de los pobres y en el cuidado de los enfermos a la propia hermana de su esposo, Margarita de Gondi, marquesa de Meignelais, viuda, a los veinticuatro años, de aquel heroico marqués de Meignelais, a quien amaba entrañablemente, y a quien el duque de Mayenne hizo degollar a traición, por considerarle partidario de Enrique IV. Habiendo perdido poco después a su hijo único, se entregó por completo a Dios y se dió a toda clase de obras de caridad.

El año de 1620, hallándose el Santo en Folleville, diócesis de Amiens, ensayó una innovación atrevida, pero feliz. Hasta entonces no había aplicado el Santo al servicio de los pobres más que a las mujeres cristianas; pero en Folleville tuvo la idea, no se sabe con qué ocasión, de aplicar al mismo objeto los hombres. La empresa era arriesgada, sobre todo en el pueblecillo. Mas habiendo dado su nombre el primero el señor de Gondi, general de las galeras y señor de la región, no fué menester más para arrastrar a todos con su ejemplo. Consérvase el reglamento de

esta primera Cofradía de la Caridad de hombres, aprobada el 23 de octubre de 1620 por el obispo de Amiens, tipo y forma primera de una multitud de reglamentos que después han sido hallados.

Con corta diferencia, las líneas generales son las mismas que en las asociaciones de mujeres. En efecto, el nombre es el mismo: Sirvientes de los pobres. El Patrono es el mismo también: nuestro Señor Jesucristo, que tanto amó a los pobres. Y, por último, tienen el mismo fin: «Cumplir el gran deseo que nuestro Salvador tiene de que nos amemos mutuamente, conforme Él nos amó.» Los hombres cuidarán de los simplemente necesitados: niños, jóvenes, ancianos, etc.; el cuidado de los enfermos quedará reservado para las mujeres, que, dotadas de mayor ternura que los hombres, pueden desempeñar mejor un puesto al lado de los que sufren.

Dotada esta Asociación de hombres del mismo Patrono, del mismo fin y de los mismos ejercicios espirituales que la de mujeres, recibió también casi un mismo gobierno.

San Vicente de Paúl quedó tan satisfecho de esta innovación, que se apresuró a establecerla en Joigny, donde ya había una Cofradía de señoras. El señor de Gondi, conde de Joigny, fué en esta ocasión quien tomó la iniciativa, y quien pidió y obtuvo las autorizaciones necesarias, recabando del señor arzobispo plenos poderes para el «señor Vicente de Paúl, sacerdote, bachiller en Teología y capellán del señor conde.»

Aunque esta aplicación de los hombres al servicio de los pobres fuese una disposición acertada y atrevida, hasta aquí, sin embargo, nada tenía de extraordinaria. Reducíase sencillamente a acomodar y hacer extensivos a los hombres los reglamentos de la Asociación de señoras. Mas, puesto en este camino, el genio organizador de Vicente dió un paso adelante.

Oigámosle: «La Asociación de la Caridad tendrá por fin socorrer corporal y espiritualmente a los pobres de la ciudad y de los pueblos que de ella dependan: espiritualmente, haciéndoles aprender la doctrina y la piedad cristianas. y corporalmente, poniendo en disposición de ganar su vida a aquellos que puedan trabajar, y dando su sustento a los otros. De este modo pondremos en práctica el mandamiento que Dios nos da en el capítulo 15 del Deuteronomio: de portarnos de modo que no haya pobres que anden mendigando entre nosotros.» Hecho el censo de los pobres y socorridos éstos convenientemente, se comunicará a los habitantes la orden de no dar limosna ninguna, y a los pordioseros, de no salir a mendigar, bajo pena de perder el subsidio que les pasa la Asociación.

Respecto de los transeúntes, había establecido en su favor lo que hoy se llama la hospitalidad de la noche. Se les daba habitación, cena y lecho, y al día siguiente recibían dos sueldos, con la orden de abandonar el país y proseguir su camino.

Mas ¿adónde hallar recursos con que atender en absoluto a las necesidades de tantos pobres? San Vicente se había preocupado muy poco de ello al fundar la Asociación de las señoras. ¡Hallan éstas tan fácilmente dinero! Mas no sucede lo mismo con relación a los hombres; y, por otra parte, la obra era aquí más considerable. Ideó, pues, lo siguiente: cuando la Asociación radicaba en un pueblo, en una aldea, en una zona rural cualquiera, y, por lo mismo, se componía de labradores y terratenientes, debería tener un rebaño de carneros, de ovejas, de vacas, etcétera, que saliera a pacer con los del vecindario. Cada miembro de la Asociación recibiría en sus establos una a dos cabezas de dicho ganado, las alimentaría por caridad, y el producto de todas ellas serviría para el mantenimiento de los pobres. «Tendrá la Junta—dice en uno de es-

tos reglamentos—cierto número de ovejas distribuídas entre los asociados, quienes gratuitamente las alimentarán en provecho de la Asociación, quién más, quién menos, según su posibilidad.»

Cuando de los pueblos pasaron estas Asociaciones a los grandes centros de población, faltábales el mencionado recurso; pero no tardó mucho el Santo en reemplazarle por otro. Era éste el de las manufacturas y fáciles industrias, organizadas de manera que todos pudiesen ganar en ellas su vida, los niños y los convalecientes, y con mucha más razón, los jóvenes y los hombres robustos.

Mas estos medios de proporcionarse recursos no eran siempre posibles: San Vicente los suplía por otros mil. En unas partes, con suscripciones permanentes que hacía entre el obispo, los canónigos, los párrocos, los señores y la gente rica; en otras, colectas hechas en la iglesia y a domicilio; aquí, colocando cepillos a la entrada de las hosterías; allí, aprovechando las multas que los alcaldes y concejales consentían en cederle, y ciertos derechos de puertas que los gobernadores de la ciudad le adjudicaban.

Muchas de estas cosas han llegado hasta nuestros días; mas ¿quién se acuerda de que se deben a la iniciativa de San Vicente de Paúl?

En 1623 hizo el Santo una larga estancia en Borgoña. A ella parece que ha de referirse el establecimiento de las Asociaciones de Caridad de Bourg, de Trévoux, de Macon, de Chadons y de otras ciudades circunvecinas. En 1846 fué descubierto en los archivos de la Prefectura de Macon un extracto del *libro secretarial*, perteneciente al año 1623, que contenía el acta de una asamblea verificada en esta ciudad con ocasión del arribo y permanencia en ella de San Vicente de Paúl. Es demasiado curiosa el acta susodicha para no hacer mención de ella en este lugar.

No hubo clase social que no tuviera representación en la junta. El primero que hizo uso de la palabra fué el regidor o alcalde de la ciudad. «Expuso que el objeto de la reunión no era otro que el de proveer a las necesidades de los pobres, obra piadosa muy recomendada por Dios, y que podia realizarse por nuevos medios, evitando de esta suerte, no sólo las importunidades de los pobres en las iglesias y en las puertas de las casas, sino también el fomento de la holgazaneria, ya que, prevalidos éstos de la completa libertad de pedir que gozan, no sólo se excusan de trabajar los imposibilitados, sino los mismos que están hábiles para el trabajo. Añadió que, habiendo resultado inútiles, por oposición de los interesados, las medidas de recoger a todos los pobres en un hospital, y que hallándose en aquel momento en la ciudad un religioso, capellán del general de las galeras, que, lleno de piedad y de devoción, había comunicado nuevos moldes a esta clase de obras, por cuyo medio se había provisto al alivio y mantenimiento de los pobres, tanto en Trévoux como en las poblaciones limítrofes, juzgaba que debían aprovecharse de la ocasión para resolver y conjurar tan peligroso conflicto.

»Habiéndose expresado todos en el mismo sentido, y queriendo llevar a la práctica una obra de caridad tan santa y tan loable, resolvióse de común acuerdo que cada una de las clases de la sociedad nombrara, respectivamente, sus delegados, para que, reunidos, tratasen de hallar los medios más conducentes al fin perseguido por la asamblea.»

Vicente de Paúl no asistió, al parecer, a esta junta, pero él fué quien la organizó y quien la animó. Cada uno de los discursos que se pronunciaron en ella es como el eco de las palabras que por todas partes habían salido de la boca del Santo. Así que, provisto de plenos poderes,

comenzó desde el día siguiente a tomar cartas en el asunto.

Con objeto de poner algún orden, según su costumbre, en aquel laberinto de pobres, verdaderos unos y necesitados de los auxilios de la caridad; supuestos otros y acostumbrados a explotarla, comenzó: 1.º, por separar los pobres enfermos de los pobres sanos; 2.º, por confiar los enfermos a mujeres piadosas encargadas de visitarles y cuidarles; 3.º, por dar trabajo a los pobres que podían ocuparse en él; 4.º, por procurar algún oficio a los jóvenes, y 5.º, por distribuir limosnas a aquellos que no podían trabajar. Estos debían juntarse los domingos en Saint-Nizier para oír misa y escuchar la palabra de Dios, después de lo cual se les distribuiría pan y dinero en proporción a su miseria y al número de hijos que tuviesen.

Prohibióseles mendigar bajo pena de perder la limosna, y al mismo tiempo se recomendó con instancia a los fieles que no socorriesen a ningún mendigo que anduviese pordioseando por las calles. Regulada de esta suerte la beneficencia, era fácil suprimir la mendicidad. Respecto de los transeúntes, se determinó darles asilo por una noche, despidiéndoles al día siguiente con una pequeña limosna. Con el fin de no fomentar la holgazanería en los pobres hábiles para el trabajo, se ordenó concederles, no todo lo necesario para su vida, sino únicamente la parte que faltase a sus ganancias para su total subsistencia, y esto después de un examen serio del trabajo que pudieran realizar.

Para arbitrar y repartir los recursos formó el Santo dos Asocoaciones de Caridad, una de hombres y otra de mujeres.

En menos de tres semanas la obra funcionaba maravillosamente, y más de trescientos pobres se hallaban alojados, alimentados y sostenidos. Componíanse los fondos de la obra de una recau-

dación anual en frutos o en metálico, hecha entre el clero y las clases acomodadas, de ciertas multas adjudicadas a la Asociación, de todos los derechos de entradas de la ciudad y de las colectas reunidas todos los domingos por las señoritas de Macon. San Vicente había obtenido que la parroquia y el municipio pusiesen en común sus recursos, a fin de alimentar, instruir y educar mejor a las clases pobres.

De este modo, después de diecisiete años de pruebas y tanteos, había dado nuestro Santo con su verdadero camino. Habíase estrenado con dos creaciones tan originales y arriesgadas y al mismo tiempo tan llenas de sabiduría y de prudencia, que fácilmente se podía colegir por ellas lo que era capaz de hacer su genio organizador en el caso en que tentara mayores empresas y dispusiera de más crecidos recursos.

Y, sin embargo, tan magnífica obra estuvo a punto de ser agostada en ciernes por las celosas susceptibilidades del poder. Entre los papeles del presidial de Beauvais ha aparecido un ensayo de requerimiento que contra Vicente de Paúl se hizo para impedirle continuar sus caritativas obras.

El título de tal documento, «proyecto requisitorio», parece indicar que el asunto fué sobreseído. Los Gondi, tan poderosos en la Iglesia y en el Estado, ampararían verosímilmente al humilde sacerdote, y el hecho no pasaría adelante.

Comienzo de la obra de los galeotes.—San Vicente se pone las cadenas de un forzado.—Viaje a su país natal (1622-1623).

La familia de Gondi pasaba ordinariamente el invierno en París.

Ya hemos visto que el señor de Gondi era general de las galeras, o, como hoy se diría, almirante de la Armada del Mediterráneo, porque

las galeras nunca dejaban las aguas de este mar, donde hacían su servicio. Llamábase galera en los siglos XVI y XVII una larga y ancha construcción, poco elevada sobre el nivel de las aguas, con una dotación de cuatrocientos hombres y defendida por cinco cañones y por una docena de pedreros. Era movida por trescientos remeros y llevaba a bordo ciento veinte soldados. Los remeros eran criminales condenados por la justicia a esa ruda faena, de la que recibían el nombre de galeotes o forzados.

Sujetos con cadenas a los bancos, atados de dos en dos a una bala de cañón, llevaban desnudas las espaldas y un gorro en la cabeza. El jefe de los galeotes, llamado cómitre, iba de pie en la popa, cerca del capitán, para recibir órdenes. Dos subcómitres se situaban, uno en medio de la galera y otro cerca de la proa, armado cada uno de ellos de un rebenque con que amenazaban las desnudas espaldas de los remeros.

Luego que el capitán disponía hacerse a la mar, daba la señal el cómitre con un silbato metálico que llevaba suspendido al cuello. Los subcómitres empezaban con su largo rebenque «a azotar las desnudas espaldas de los remeros», a semejanza de lo que hoy hace el conductor de una diligencia de ocho caballos. Si cedía uno de los remeros, «el capitán ordenaba que se redoblasen los latigazos. Si, desfallecido y sin fuerzas, caía sobre su remo, cosa muy frecuente, era azotado hasta que, o volvía en sí, o moría. En este último caso, le arrojaban al mar sin ninguna ceremonia».

Fuera de estos horribles tratamientos, el estar solamente amarrado a la cadena hacía de esta vida de forzado un verdadero martirio. «Cuando el despiadado mar de la Libia—dice un capitán de galeras, Barras de la Penne—las sorprende en medio de las playas romanas; cuando el impetuoso aquilón viene a acometerlas por el flanco,

y el golfo de Lyón las expone al húmedo viento de Siria, todo parece conjurarse para convertir la galera en un infierno.

»Las lúgubres lamentaciones de la tripulación, los espantosos gritos de los marineros, los alaridos horribles de la chusma, los crujidos del maderamen, mezclado todo al ruido de las cadenas y a los rugidos de la tempestad, producen en el corazón, aun de los más valientes, un sentimiento de verdadero terror y espanto.

»La lluvia, el granizo y los relámpagos, compañeros inseparables de esta clase de tormentas, junto con el mar, que, hinchando sus enfurecidas olas, envuelve el puente, completan el horroroso cuadro. En verano, el sol, que lanza sus rayos sobre la desnuda espalda de estos infelices, los mosquitos que los devoran y los malos olores que se exhalan de todas partes, varían los dolores, sin disminuirlos.»

Francia poseía entonces, a las órdenes del señor de Gondi, unas veinte galeras, movidas por seis mil galeotes, y a cuyo bordo iban dos mil quinientos soldados.

Fondeados en los puertos de Tolón, Marsella, Aguas Muertas y Narbona, se hacían a la mar desde ellos para vigilar el Mediterráneo, perseguir a los corsarios turcos y proteger las ciudades y aldeas de la costa.

Cada año salía el señor de Gondi en persona de los puertos de Tolón o Marsella, llevando consigo ocho, diez o doce galeras bien armadas, con las cuales sondeaba los bajos del Mediterráneo, visitaba todos los puertos y ensenadas, aun las más ocultas, tomando y echando a pique las embarcaciones de los corsarios.

Antes de partir para Tolón y Marsella, los galeotes hacían una estancia, de más o menos duración, en París, en cuyo tiempo se ponían ya a las órdenes del general de las galeras. Vicente de Paúl quiso verlos, y al efecto se hizo condu-

cir a los calabozos. Ninguna consideración se guardaba en el siglo XVII a los condenados. Se les encerraba en prisiones húmedas, malsanas y sombrías, sujetos con argollas de hierro a la muralla, y teniendo por toda alimentación agua y pan negro.

Nadie se dignaba enterarse de su buen o mal estado de salud, aunque de mucho tiempo viniesen siendo víctimas de alguna enfermedad; con lo que, uniéndose frecuentemente a sus llagas la miseria o la gangrena, exhalaban un hedor insoportable. Menester era que el espectáculo fuese horrible, pues a su vista no puedo menos de retroceder San Vicente, espantado y con los ojos llenos de lágrimas.

Dirigióse al punto en busca del señor de Gondi, que por entonces se hallaba en la capital, y le representó en los términos más vivos el estado de abandono y de dejadez en que, así con relación al cuerpo, como con respecto del alma, estaban aquellos desgraciados, que, por otra parte, se hallaban a las órdenes de él, y de ellos tendría que dar a Dios cuenta. Felipe Manuel era recto y de buen corazón, y por lo mismo declaró que estaba dispuesto a hacer todo cuanto de su parte estuviera, pero que no veía qué clase de remedios se pudiesen aplicar a un mal que tenía todos los síntomas de incurable.

Vicente de Paúl, que ya había meditado el asunto, le propuso un plan tan sencillo y práctico, que al instante fué aceptado. Revestido de todos los poderes, fué a establecerse el Santo en medio de los galeotes, animándolos con su presencia, consolándolos con sus palabras y haciéndoles levantar sus corazones al Señor y soportar sus cadenas con espíritu de sacrificio. Las enfermedades más repugnantes y las más contagiosas epidemias no pudieron hacerle vacilar en sus propósitos. Auxiliado de los jóvenes y generosos sacerdotes señor Belin, capellán de los Gondi en

Villepreux, y señor Portail, su primer discípulo en la obra de las Misiones, llevó la caridad hasta el heroísmo.

Tal fué el cambio de costumbres que se obró en los galeotes, cargados poco antes de cadenas y vomitando blasfemias a todas horas. que se pudo trasladarlos libremente a un vasto hospital, comprado y amueblado por San Vicente en la calle Saint-Honoré, cerca de Saint-Roch, y al que, después de haber contribuído con sus riquezas, vinieron a visitar monseñor de Gondi, obispo de París; la señora de Gondi, su cuñada; la marquesa de Meignelais y las grandes señoras de la capital. No se hablaba de otra cosa en la corte que de las maravillas obradas por este humilde sacerdote. El rey quiso oír el relato de lo sucedido por boca del señor de Gondi, y quedó tan admirado de la piedad, del celo y de la heroica abnegación de nuestro santo, que para proporcionarle ocasión de extender por todas partes los prodigios que había hecho en París, creó para él el nuevo cargo de capellán general y real de las galeras de Francia.

Provisto de este cargo, que le daba entrada y autoridad en cualquiera de los presidios de forzados, resolvió visitarlos todos. Comenzó por el de Marsella, el más considerable y horroroso de todos, centro adonde venían a parar los veteranos del vicio, los más obstinados criminales. En él practicó el Santo maravillosos actos de humildad.

Conmovido una vez de la desesperación de un joven galeote, arrancado intempestivamente de los brazos de su esposa y de sus hijos, se acercó a él, y quitándole las cadenas, se ofreció a quedarse en su lugar. Por extraordinaria que parezca semejante resolución, no debe ponerse en duda. Todos los historiadores refieren el hecho, y la Iglesia misma le ha comprobado en una solemne información. Mas aún hay alguna os-

curidad sobre las circunstancias y la época en que fué realizado.

Grandes infortunios llenaban de duelo, a la vuelta de Vicente, la casa de Gondi, antes tan alegre y dichosa. El primero, acaecido en 13 de agosto de 1622, era la muerte del cardenal Enrique de Gondi, obispo de París y primer ministro de Luis XIII.

Mas, por duro que fuese el golpe de la muerte del cardenal, era nada en comparación del que aún esperaba a la señora de Gondi. El segundo de sus tres hijos, Enrique de Gondi, de edad de ocho años, iba a caballo en seguimiento de una pieza de caza, cuando un mal paso de su caballo le arrojó al suelo, teniendo la desgracia que, mientras forcejeaba por levantarse, le abriese el animal de un manotazo la cabeza.

Cuando el tiempo mitigó algún tanto en los Gondi el dolor de estos infortunios que acabamos de narrar, volvió Vicente la vista a un designio que hacía ya más de un año ocupaba su mente: consistía éste en dar una gran Misión en todas las galeras que mandaba el señor de Gondi. Dirigióse, pues, con este pensamiento al cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, hombre piadoso y lleno de vigilancia por sus ovejas, gran imitador de San Carlos Borromeo, y tanto más ilustre cuanto más calumniado por los protestantes. Obtuvo de él veinte religiosos, a quienes el Santo distribuyó de dos en dos por las galeras. En calidad de director de la Misión iba y venía el Santo de una a otra galera, conmoviendo hasta tal punto con su palabra humilde, cariñosa y sencilla, a aquellos infelices, que obtuvo un éxito prodigioso. Cierto turco, para quien nada habían valido las éxhortaciones de los otros misioneros, no pudo resistir las palabras del Santo, y se convirtió, cobrándole tal afecto, que fué su más fiel y abnegado compañero durante toda su vida.

Duró la Misión un mes, poco más o menos. La fama del suceso trajo a Burdeos algunos de los amigos de la infancia de nuestro Santo, quienes le propusieron hacer una corta visita a su familia antes de volver a París. No le separaban de ella más que unas cuantas horas. Hacía veintidós años que no veía a su madre, y aún no conocía a sus sobrinos.

Dejóse persuadir el Santo, y partió para Pouy. Allí había sido bautizado, allí había hecho la primera comunión, y allí, bajo las seculares encinas, a los lados del estanque, habían corrido los años de su piadosa infancia. El viejo sacerdote con cuya bendición hizo su entrada en el mundo, reposaba junto a la cruz del cementerio; mas había sido reemplazado por un amigo y pariente de San Vicente de Paúl, Domingo Dussin. Este era entonces el párroco de Pouy, y a su casa fue a parar nuestro Santo.

El buen párroco invitaba a comer cada día, para honrar a su huésped, a algunos de los parientes del Santo o de los párrocos vecinos.

Durante la niñez de San Vicente, la capilla de Nuestra Señora de Buglose no era otra cosa que ruinas; la estatua misma había sido arrojada al estanque; mas hallada ésta unos tres años antes y colocada por el susodicho párroco en la capilla que al efecto había hecho reedificar, volvieron a repetirse las peregrinaciones.

El Santo designó este piadoso santuario para reunir a la familia y darle su postrer adiós. Preparóse, pues, todo para una solemne romería. Vicente acudió a ella descalzo, acompañado de sus parientes y seguido de una muchedumbre de personas. Celebró la santa Misa con enternecedora piedad, y dirigió algunas palabras al concurso llenas de amor y de fe.

Terminada la función religiosa, reunió a toda la familia en una modesta mesa, presidida por Vicente, quien, acabada la refección, se levantó

para despedirse de sus deudos. Instintivamente todos cayeron de rodillas pidiéndole la bendición, y emocionado vivamente, el Santo les dijo:

—¡Oh, sí, yo os bendigo; mas os bendigo como pobres y humildes, y ruego al Señor que os conceda siempre la gracia de una santa pobreza! No salgáis nunca del estado en que habéis nacido. Esta es mi más cara recomendación, que os ruego transmitáis como herencia a vuestros hijos. ¡Adiós para siempre!

Y diciendo estas palabras, se desprendió de ellos.

Hasta entonces el Santo había podido, sin mucho trabajo, contener sus lágrimas; mas cuando se vió solo en el camino, éstas corrieron abundantemente de sus ojos. Al volverse para saludar por última vez a su pobre aldea, sintió partírsele el corazón.

Fundación de la obra de las Misiones.—Muerte de la señora de Gondi.—San Vicente se retira al Colegio de los Buenos Hijos (1624-1625).

El corazón de la señora de Gondi era, a la vez, un corazón de sacerdote y de apóstol. La idea de que en sus vastos dominios había siete u ocho mil hombres ignorantes, encorvados hacia la tierra y olvidados de su salvación, la atormentaba de continuo. ¿Qué hacer para convertirlos, para reconciliarles con Dios? Su caridad la había sugerido el proyecto de unas Misiones que cada cinco años se repitiesen en todos sus pueblos, y ya había reunido para el efecto 16.000 libras, es decir, cerca de 50.000 francos. Mas ¿dónde hallar sacerdotes que quisiesen aceptar tan humilde ministerio?

Después de varias infructuosas gestiones, pasó por su mente una idea. ¿Qué iba ella a buscar

fuera de su casa? ¿Acaso no tenía a la mano todo lo que podía desear? ¿No había trabajado Vicente con brillantes resultados en las Misiones de Folleville, de Villepreux y de Montmirail?

Preocupada con estos pensamientos, comunicó su plan a su esposo, quien, no solamente aprobó el designio de su santa y caritativa esposa, sino que quiso contribuir también a su realización. A las 16.000 libras de su mujer añadió la suma necesaria para completar la de 100.000 francos. Con esta cantidad y la cesión gratuita de una casa, por la que había que trabajar, se podía ya dar comienzo a la obra. La señora de Gondi fué a hablar con su cuñado el arzobispo de París para ver si entre los edificios de la propiedad eclesiástica había alguno que pudiera servir de base a la futura Congregación. Justamente cerca de la puerta de San Víctor había un antiguo colegio llamado de los Buenos Hijos, cuyo director, Luis de Tuyard, acababa de presentar su dimisión, y cuyo nombramiento dependía de la mitra. ¿Qué mejor uso se podía hacer de él que destinarle a ser cuna de una Congregación que de tanto provecho podía ser para toda su diócesis?

Todo estaba, pues, preparado para dar vida a la Congregación. Cedida la casa, asegurada la renta, no faltaba más que inspirar el alma en el ya dispuesto organismo.

Esta alma era Vicente de Paúl; mas ¿cómo decidirle a aceptar semejante honor? Reunidos los tres fundadores, es decir, la señora de Gondi, su esposo Felipe Manuel y el hermano de éste, el arzobispo de París, mandaron a llamarle, creyendo que entre todos les sería más fácil vencer la repugnancia del humilde sacerdote. Aun así, no las tenían todas consigo. Sin embargo, aunque la humildad del Santo era mucha, aquí se sobrepuso la caridad. ¡Por fin, iba a poderse

consagrar libremente al servicio de sus queridos pobres!

El contrato de la fundación lleva la fecha de 17 de abril de 1625, y fué extendido en el hotel de Gondi, calle de Pavée, parroquia de San Salvador, a nombre de los señores de Gondi, quienes se atribuyen la iniciativa y el primer pensamiento de la fundación.

El documento expone desde luego el fin de la obra. Hace constar «que habiendo inspirado Dios, de algunos años a esta parte, a dichos señores el deseo de honrarle, así en sus tierras, como en otros lugares, cayeron en la cuenta de que, habiendo provisto la divina Bondad, por su infinita misericordia, a las necesidades espirituales de los que habitaban en los grandes centros por medio de una multitud de doctores y de religiosos que les predican, instruyen, excitan y conservan en el espíritu de devoción, sólo el pobre pueblo de la campiña está y permanece como abandonado, a cuya necesidad les ha parecido que sería oportuno remedio la creación de una piadosa compañía de sacerdotes sabios, virtuosos y de reconocida capacidad, que voluntariamente se comprometiesen a renunciar, así a la vida de las ciudades, como a todos los beneficios, cargos y dignidades eclesiáticas, de cualquiera clase que fueran, a fin de aplicarse pura y desinteresadamente, con el beneplácito de los obispos, a la salvación del pobre pueblo, yendo a cuenta propia de una a otra aldea para predicar, instruir, exhortar y catequizar a esas pobres gentes y persuadirles a todos a hacer una buena confesión general de toda su vida pasada; sin recibir por todo ello ninguna clase de remuneración, distribuyendo de este modo gratuitamente los dones que gratuitamente hubieren recibido de la mano liberal de Dios».

En seguida pasa a exponer los medios de rea-

lizar este gran pensamiento de evangelización de los pobres del campo.

«Para contribuir a ello, dichos señores, en reconocimiento de los bienes y gracias que han recibido y reciben diariamente de la Divina Majestad, han resuelto constituirse en patronos y fundadores de esta buena obra, a cuyo fin han destinado la suma de 45.000 libras, que al contado ha sido puesta en manos del señor Vicente de Paúl, sacerdote de la diócesis de Agen, licenciado en derecho canónico.»

El contrato regula en seguida de la manera más admirable, y en términos que revelan el espíritu práctico de San Vicente de Paúl, las condiciones de la fundación.

La salud de la señora de Gondi declinaba más y más: seguía, empero, con sus habituales ocupaciones; pero llegó un día, sin embargo, en que las fuerzas se agotaron, en que fué menester ceder. La enfermedad que hoy llamamos anemia la llevaba a pasos contados, pero seguros, a la tumba. Como su alma vivía ya de antemano en el Cielo, no temía el desenlace.

No ha quedado otra noticia de su última hora sino que, de conformidad con el anhelo más grande de su vida, tuvo a San Vicente de Paúl en aquellos supremos instantes a la cabecera de su cama. Alma sublime y delicada, timorata y pura, bien mereció ser bendecida, sostenida y consolada a la hora de la muerte por un tan grande Santo.

El señor de Gondi no se halló presente a la muerte ni al entierro. Fué tan rápido el curso de la enfermedad, que no se le había podido dar cuenta de ella, ni él abrigaba el menor recelo sobre tan funesta desgracia. Vicente de Paúl se creyó en el deber de ir en persona a comunicar al señor de Gondi la infortunada nueva; y a este fin hizo el largo viaje de París a Marsella.

La sola intempestiva aparición del santo sacerdote fué ya un golpe para el general.

—Y bien—exclamó Vicente de Paúl para dar fin a esta escena tan angustiosa—, ¿no queremos hacer la voluntad de Dios?

Y poco a poco, valiéndose de infinitas precauciones, le fué contando de tal manera la enfermedad de la señora de Gondi, sus últimos momentos y, en fin, su muerte tan dulce, tan resignada y tan piadosa, que el oírlo era ya un consuelo. La llaga, sin embargo, fué incurable, y la separación de su esposa fue para él como la separación y aislamiento de todo el mundo.

San Vicente de Paúl había llevado consigo el testamento de la piadosa finada, y se lo entregó al señor de Gondi. Uno de los artículos estaba concebido en los siguientes términos:

«Yo suplico al señor Vicente, por amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Madre, que nunca abandone la casa del señor General de las galeras, ni a nuestros hijos después de la muerte de éste. Igualmente ruego al General que tenga a bien conservar a su lado al señor Vicente, y hacer, al morir, el mismo encargo a nuestros hijos.» Decía ya demasiado esta cláusula para que, dadas las ideas y sentimientos del señor de Gondi, no hiciese éste lo posible por recabar el cumplimiento de la misma. Vicente de Paúl entendía, no obstante, que su hora había llegado y que era tiempo de recobrar su libertad y su independencia para entregarse a tanta clase de obras como Dios le inspiraba. Así se lo expuso respetuosamente al señor de Gondi, quien no insistió más en contra.

Felipe Manuel no debía permanecer, por otra parte, mucho tiempo en el mundo. El amor que había profesado a su santa esposa era de esos que no hallan compensación en las cosas de la tierra. Jesucristo sólo podía llenar el vacío que se había hecho en su corazón. Hizo, pues, renun-

cia de su cargo de general de las galeras en su primogénito; colocó al segundo, el que más tarde había de ser conocido por el cardenal de Retz, en los Jesuitas para completar su educación, y, libre de todo, llamó a las puertas del Oratorio, pidiendo al P. Berulle un lugar entre sus súbditos.

Después de largas y difíciles pruebas, recibió el tonsurado y la sotana, y ordenado más tarde de sacerdote, celebró su primera Misa ante un inmenso concurso, sepultándose en seguida en un retiro tan absoluto, que ninguna cosa le pudo arrancar de él.

Al mismo tiempo que el señor de Gondi huía del mundo para encerrarse en el Oratorio, Vicente de Paúl se retiraba al Colegio de los Buenos Hijos, para disponerse a comenzar sus grandes obras. Tenía entonces cincuenta años.

CAPITULO II

SAN VICENTE DE PAÚL SE APLICA A LA REFORMA DEL CLERO

San Vicente se establece en el Colegio de los Buenos Hijos.—Pasa a San Lázaro.—Comienzo de la Congregación de la Misión (1625-1628).

Al retirarse San Vicente de Paúl al Colegio de los Buenos Hijos, llevaba por única compañía al bueno del señor Portail, su primero y más caro discípulo.

A poco de su llegada, determinó San Vicente salir a Misiones; mas como solamente eran dos, hicieron que un buen sacerdote, el señor Gambart, se les uniese. Nada tan conmovedor como aquellas primeros Misiones. Se comenzaba por

recibir la bendición del señor arzobispo; luego, ordenadas las cosas, se cerraba cuidadosamente la puerta, dejando la llave, a falta de portero, en casa de uno de los vecinos, y, por fin, echaban a andar, llevando cada uno en su saquito sus más indispensables enseres. Gustaban detenerse en los pueblos más miserables, donde con frecuencia tenían que dormir sobre la paja. Dios, empero, bendecía con creces tan penosos sacrificios.

«—Ibamos—dice el Santo—buena y sencillamente enviados por nuestros señores los obispos a evangelizar a los pobres de la manera que mucho antes lo había hecho nuestro Señor. Yo no tenía más que un discurso, sobre el temor de Dios, que procuraba variar de mil maneras.

»Tal era nuestro modo de ser, cuando algunos eclesiásticos, enterados de las bendiciones que el Señor derramaba sobre nuestros trabajos, solicitaron y obtuvieron un puesto en nuestra compañía. ¡Oh Salvador! ¿Quién nunca hubiera pensado que esto habría de llegar al estado en que se halla? En cuanto a mí, confieso que hubiera tomado como una burla las palabras de aquel que entonces me lo hubiera predicho. Y, no obstante, de aquellos medios se sirvió el Señor para dar principio a la Compañía. Ahora bien: ¿llamaréis vosotros humano aquello en que ningún hombre pensó jamás?»

En el transcurso de un año se les juntaron dos nuevos compañeros: el señor Francisco de Coudray, nacido en Amiens, doctorado en la Sorbona, hebraísta y poseedor de varias lenguas, a quien sedujo la pobreza y la humildad del Santo, y el señor Juan de la Salle, salido igualmente de la Picardía, sujeto de admirable prudencia y de admirable abnegación. Al año siguiente fueron admitidos otros cuatro.

Total, siete; número reducidísimo y que parecía anunciar un fracaso. ¡Cuántos se desanima-

rían! Vicente de Paúl, por el contrario, experimentaba indecible consuelo.

Puesto al frente de su reducida familia, siguió agrandando el círculo de las Misiones.

El invierno, en que, a causa de los fríos, está la gente desocupada, era principalmente la estación consagrada a dicho ejercicio de las misiones, aprovechando los misioneros el período de la siega y de las vendimias para disponer sus trabajos, preparar sus instrucciones e imponerse más y más en las ciencias teológicas.

Seis años, poco más o menos, iban ya transcurridos en este género de vida, fructuosa, bien que humilde, cuando un día el señor Lestocq, párroco de San Lorenzo, en París, hizo a nuestro Santo la presentación de un excelente religioso, el P. Adriano Le Bon, superior de una comunidad de canónigos regulares de San Víctor, establecidos en San Lázaro, en una antigua leprosería, según se va de París a Saint-Denis.

Tenía el rico priorato, levantado por la piedad de los fieles para asilo de los leprosos, vasta cerca, extensos jardines y magníficos cuerpos de edificios. Mas se puede decir que estaba entonces sin objeto, ya que, arrancado de su fin primitivo, no se le había destinado a ninguno otra obra de misericordia corporal ni espiritual. Había sido cedido a los canónigos regulares de San Víctor, quienes no pasaban de ocho y vivían muellemente y sin poder entenderse con su superior, que soñaba en una vida más alta y más perfecta.

Lleno éste de inquietud y de temores, queriendo abandonar su puesto y meditando sobre la posibilidad de hacer útil aquel gran edificio para alguna obra de caridad, fué a verse con su amigo y vecino al señor de Lestocq, párroco de San Lorenzo:

—¡Oh!—le interrumpió éste—, esa idea no puede venir más que de Dios, quien igualmente ha

hecho nacer estos mismos días en su Iglesia una santa congregación de sacerdotes...

Y al punto le contó de ella lo que ya nosotros sabemos y hemos visto.

Con esto se trasladaron al Colegio de los Buenos Hijos, donde, sin más que los saludos de rúbrica, manifestó el P. Le Bron a San Vicente que, enterado de las santas obras a que su Compañía se dedicaba, y teniendo sumo gusto en contribuir por su parte a ellas, venía, en consecuencia, a ofrecerle su priorato de San Lázaro. A semejante proposición, que hubiera llenado de gozo a otro cualquiera, el humilde Vicente quedó como cortado sin saber qué responder.

—Y qué, señor, ¿tembláis?—le dijo el Padre Le Bon.

—No os he de ocultar, Padre mío—replicó el Santo—, que vuestra proposición me asusta, y que me parece ser de una esfera tan superior a aquella en que nosotros nos movemos, que ni aun oso levantar a ella mi pensamiento. Somos unos pobres sacerdotes que, en nuestra vida sencilla, no tenemos otro designio que el de servir a las pobres gentes del campo. Os quedamos en gran manera reconocidos, Padre mío, por tan buena voluntad, y os damos por ella las más rendidas gracias; mas permitidnos que no aceptemos vuestra oferta.

Tanta humildad hizo enmudecer al P. Le Bon, y conjuró a San Vicente que no le diese un no absoluto, sino que se tomase un plazo de seis meses para reflexionar sobre el negocio.

Pasaron los seis meses, y, acompañado del señor de Lectocq, volvió el P. Le Bon al Colegio de los Buenos Hijos. Uno y otro renovaron sus instancias y suplicaron una y otra vez al Santo que tuviera a bien aceptar el priorato. Aducía el P. Le Bon que se hallaba como inspirado por Dios para cedérsele, y el párroco de San Lorenzo, hombre serio y práctico, hacía por ponerle

a la vista las ventajas que, de aceptar la propuesta, le resultarían.

Mas Vicente permanecía inexpugnable.

Más de veinte visitas volvió a hacer el Padre Le Bon al Santo en los seis meses que se siguieron, hasta que, forzado en sus últimos atrincheramientos, Vicente sometió el asunto al doctor Andrés Duval, su confesor y consejero ordinario.

El doctor Duval era uno de los sacerdotes más eminentes de París; gran teólogo, orador consumado y de una virtud mayor aún que su talento.

El señor Duval no fluctuó lo más mínimo, y declaró que el señor Vicente debía aceptar el ofrecimiento que se le hacía. Resignado y humilde como un niño, aceptó, en efecto, el Santo, aun sin haber ido a visitar la casa, lo que hizo por vez primera el día mismo en que extendió el decreto de unión, quedando todo definitivamente arreglado en unas cuantas horas.

Había en el fondo del jardín, en unas celdas, cinco o seis dementes, que los religiosos, por acomodarse en algún sentido a la intención de los fundadores, habían recogido y cuidaban. Se los mostraron a Vicente, y éste se enterneció a su vista hasta derramar lágrimas.

Puestos en todo de acuerdo, se extendió el contrato el 7 de enero de 1632 entre Adriano Le Bon y los religiosos de San Lázaro, por una parte, y San Vicente de Paúl y sus religiosos misioneros por otra.

El preámbulo del acta termina con las siguientes palabras:

«En consecuencia, los religiosos de San Lázaro, mediante el beneplácito del Sumo Pontífice, del arzobispo de París, del rey y del Parlamento, resignan el priorato y hacen perpetua cesión del mismo a la congregación de la Misión.» Terminado el preámbulo, se regula la posición del P. Le Bon y de los religiosos.

San Vicente de Paúl tomó posesión de San Lázaro al día siguiente. El arzobispo de París, monseñor Juan-Francisco de Gondi, quiso otorgársela en persona para dar a toda su diócesis una prueba de la estima y del afecto que aquel humilde sacerdote le merecía. No se ha conservado el acta de la toma de posesión, y las Memorias de la época se limitan a decir que se verificó a satisfacción y gusto de todos. Los miembros de la Congregación fueron apellidados desde entonces Lazaristas, nombre con que aún se les conoce en el día.

Ejercicios de los ordenandos.—Conferencias de los martes.—Principio de la reforma del clero (1628-1635).

Cuanto más se aplicaba el Santo a las Misiones, tanto más se persuadía de lo inútiles que vendrían a ser si no se comenzaba por reformar el clero. ¿A qué cansarse por avivar la fe y robustecer la virtud en los habitantes de los pueblos, si después no se les confiaba a un sacerdote de virtud y de celo? Aun puestos bajo la tutela de un pastor celoso, ¡cuán pronto se olvidan las impresiones de la Misión! ¿Qué sería, pues, si, enfervorizados los fieles por la palabra del misionero, no hallasen después apoyo alguno en su párroco, culpable o negligente? ¡Y que no eran pocos los sacerdotes de esta clase en aquel tiempo! La corrupción de costumbres en el siglo XVI y las guerras del protestantismo en el siguiente, habían hecho desaparecer poco a poco las escuelas fundadas en la Edad Media para la educación del clero.

Entre los prelados que se lamentaban de la degradación del sacerdocio de la época (1628) estaba monseñor Potier, obispo de Beauvais. Un día fué a hablar sobre el particular con San Vi-

cente de Paúl y le estrechó vivamente para que le indicase el modo de poner remedio a un mal tan grande.

—Monseñor—respondió el Santo—, vayamos derechos a la raíz. Imposible es reformar un clero habituado al desorden, porque un mal sacerdote rara vez se convierte. Entre los aspirantes al sacerdocio, y no entre los que ya están revestidos de esa dignidad, es donde os conviene buscar el principio de la renovación del clero. No admitáis a las sagradas órdenes sino a aquellos que, a vuestro juicio, estén suficientemente instruídos y tengan todas las señales de una verdadera vocación, y aun con éstos emplead todo el tiempo que os sea posible en hacerles más y más aptos para el desempeño de sus sagradas funciones.

No era otro el pensamiento de monseñor Potier. Mas ¿cómo ponerlo en práctica? Este era el objeto continuo de sus meditaciones y desvelos.

—Por ahora, yo no veo otro medio más a propósito—dijo en una ocasión monseñor Potier—que el de recibirles en mi palacio, retenerles conmigo algunos días e imponerles durante ese tiempo, por medio de una serie de conferencias, así en las cosas que deben saber, como en las virtudes que deben practicar.

—¡Oh, monseñor!—exclamó Vicente, santamente transportado—, ésa es una inspiración divina; he aquí un medio excelente de regenerar poco a poco vuestro clero.

La conversación rodó por largo tiempo sobre el mismo tema, continuando Vicente en animar al obispo y confirmándose el obispo en su resolución.

—A vos toca venir en mi ayuda, señor Vicente—dijo, por fin, monseñor Potier al Santo cuando se despidieron.

—Así lo haré, monseñor—replicó Vicente—, en la firme persuasión de que, al cumplir vuestras

órdenes, no hago otra cosa que cumplir la voluntad de Dios, más manifiesta para mí cuando la oigo de los labios de un obispo, que si la oyera de los labios mismos de un ángel.

Quince días antes de la ordenación de septiembre, San Vicente se trasladó, en efecto, a Beauvais, en compañía de dos doctores en Teología, los señores Duchesne y Messier. Llevaba el programa de los Ejercicios espirituales, formado por él en el silencio y en la oración, y tal perfección supo dar a este primer ensayo, que el retiro de Beauvais pudo servir en adelante de norma a todos los del mismo género. El obispo mismo presidió la apertura del acto. Los sermones estuvieron a cargo de ambos doctores; San Vicente se había reservado las pláticas o conferencias, y en ellas hizo la explicación del Decálogo; pero de una manera tan clara, tan llena de piedad y de unción, que casi todos los ejercitantes quisieron hacer con él una confesión general.

Lo que tan buen éxito había logrado en Beauvais, ¿por qué no se había de ensayar en París? Monseñor de Beauvais habló del asunto a monseñor de Gondi, y éste, solicitado también por el señor de Bourdoise, mandó, por una orden de 21 de febrero de 1631, que todos los que en su diócesis aspirasen a recibir las sagradas Ordenes estarían obligados, para disponerse a ello, a un retiro espiritual de diez días. El señor Bourdoise, distinguido sacerdote, de quien luego hablaremos, había pensado admitir en su casa a los ordenandos; mas ésta era bastante reducida, y suplicó a Vicente que se hiciese él cargo de la obra. Nuestro Santo vaciló al principio, mas después se allanó a todo. De esta suerte quedó abierta a los Ejercicios espirituales la residencia de los Buenos Hijos, para renovación del clero y bien universal de la Iglesia.

La empresa exigía crecidos gastos. ¿Cómo hacer frente a ellos si las piadosas damas con quien

estaba en relación San Vicente no le hubiesen ayudado?

El gran atractivo de estos ejercicios era la persona misma de San Vicente. ¡Con qué humildad y delicadeza recibía a los ordenados! ¡Cómo disponía a sus hermanos para acoger, cuidar y servir a los sacerdotes ejercitantes!

—Ocuparse en formar buenos sacerdotes—decía—es seguir el ejemplo de Jesucristo, quien empleó su vida mortal en la formación de doce sacerdotes santos, los Apóstoles. Así que al llamarnos Dios a este nuestro estado, es para trabajar en una obra sublime.

»He aquí nuestra misión—añadía—. Mas ¿quiénes somos nosotros para tal obra? Unas pobres gentes, hijos de oscuros labradores y aldeanos. ¿Qué proporción puede haber, por lo mismo, entre nuestra influencia y un empleo tan santo, tan sublime y celestial?... No obstante, el Señor se ha dignado hacernos a nosotros una gracia tan grande como es la de contribuir al restablecimiento del estado eclesiástico.

»Felizmente—continuaba el Santo—, tenemos en nuestra mano la oración: con ella todo se puede. Nadie hay, por pobre y miserable que sea, que orando no pueda obtener para la Iglesia un buen sacerdote. Puede suceder aún que el aprovechamiento de estos señores, los ordenandos, sea efecto de las oraciones de un hemano. Entregado a sus propios quehaceres, en medio de ellos levantará con frecuencia su mente a Dios para suplicarle que se digne bendecir a aquellos sus futuros ministros, y mirando el Señor las buenas disposiciones de aquella alma, quizá le otorgue esta gracia. Dícese en los Salmos: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus...*»

Aquí San Vicente se detuvo, no recordando la terminación del versículo, y siguiendo su costumbre humilde, familiar y de conferencia, se dirigió a sus hijos, diciendo:

—¿Quién recuerda la conclusión?

Uno de ellos acabó el versículo: *Praeparationem cordis eorum audivit auris tua.*

—¡Dios os bendiga, señor!—replicó el Santo.

Esta era su acción de gracias ordinaria.

Luego, entusiasmado con la hermosura de aquellas palabras, las repitió varias veces con transportes de alegría y de devoción, saboreándose en ellas, y añadió para comunicar a sus discípulos sus propios sentimientos:

—Maravillosa manera de expresarse, digna en un todo del Espíritu Santo. El Señor ha atendido el deseo de los pobres; se ha dado cuenta de las disposiciones de su corazón, como dándonos a entender que Dios oye a las almas bien dispuestas aun antes que ellas le pidan. Esto es de gran consuelo, y nos debe animar al servicio de Dios, aunque en nosotros no veamos otra cosa más que debilidades y miserias.

A la oración quería que uniesen la humildad y el agrado: «Tributemos a los señores ordenandos toda clase de respetos y deferencias; no nos hagamos en su presencia los sabios; antes bien, prestémosles nuestros servicios humilde y cordialmente. Hagamos especial estudio de ver, indagar y proporcionarles diligentemente cuanto pueda serles de alguna satisfacción.»

A su llegada, quería que hubiese siempre esperándoles a la puerta un sacerdote para recoger de sus manos los bultos que trajesen y acompañarles a sus habitaciones, volviendo después a verles con frecuencia durante los Ejercicios para informarse de sus necesidades. Él mismo era el primero en dar ejemplo.

Gustaba salirles a recibir; caminaba delante de ellos, con una luz, por los corredores, y se detenía para advertirles los diversos peldaños de la escalera, a fin de evitarles la más ligera ocasión de una caída. Viósele en algunas ocasiones, cuando el número de los sirvientes o de los Hermanos

no era bastante, limpiar por sí mismo el calzado de los ejercitantes.

Durante los Ejercicios se hacían dos pláticas por día a los ordenandos: versaba la de la mañana sobre las materias más prácticas y esenciales del ministerio eclesiástico; la de la tarde, sobre las virtudes necesarias para la recepción de las sagradas Ordenes. San Vicente de Paúl se inclinaba de preferencia a esta última.

¡En qué términos ensalzaba la grandeza y santidad del sacerdocio! ¡Con qué colores pintaba los estragos que en el mundo ocasiona el mal sacerdote!

No era extraño que de todas partes se acudiese a las exhortaciones de San Lázaro. Pasaban de quinientos y aun de seiscientos los jóvenes que cada año pisaban los umbrales de la antigua leprosería, y entre ellos la flor del clero de Francia.

Estos primeros ensayos ejercieron sobre la Iglesia de Francia una profunda, si bien por de pronto inadvertida, influencia.

No obstante, por útiles y provechosos que fueran los Ejercicios, no hubieran sido suficientes para llenar el fin que con ello se perseguía. Encendido el fuego, era preciso conservarle. Era menester hallar un medio que recordase a estos jóvenes sacerdotes las reflexiones y resoluciones que les habían servido de preparación para el sacerdocio. Vicente de Paúl no dejaba de pensar en ello; mas como era hombre que no gustaba de apresuramientos, dejó que otro se le anticipase en la solución del problema.

Cierto día fué a verle uno de los jóvenes que habían sido formados en los Ejercicios de los ordenandos, y le preguntó si tendría a bien que aquellos que deseasen conservar en sí la gracia de la ordenación se juntasen una vez por semana en San Lázaro para escuchar la divina palabra y renovar sus buenos propósitos.

—¡Oh, hijo mío—replicó entusiasmado San Vicente—, ese pensamiento es del cielo! Sin embargo, es menester reflexionar más sobre ello y orar al Señor.

En seguida pasó a consultar el punto con el arzobispo de París, monseñor de Gondi, y aun escribió sobre el particular al Sumo Pontífice, quien bendijo y aprobó el proyecto.

¿Quién era el joven que tuvo la feliz inspiración de las Conferencias de los martes? Algunos han creído que fuese el señor Olier.

Estas Conferencias, de las cuales la primera tuvo lugar el 25 de junio de 1633, y la segunda el 9 de julio, siguieron verificándose todos los martes. Acudíase a ellas de todos los distritos de París.

Mas no se ha de creer que fuesen simples conferencias a que se asistía con el único objeto de ver a San Vicente de Paúl. Nuestro Santo, que tenía en alto grado el don de la organización, había hecho por sí mismo el reglamento por que se habían de regir. Los miembros de las Conferencias formaban una Asociación. Para entrar en ellas era menester ser presentado por tres socios, y no se accedía a la petición sino después de serias informaciones. Admitido un nuevo socio, quedaba bajo la dirección del presidente, que le advertía sus faltas, le visitaba en sus enfermedades, le asistía a la hora de la muerte y le acompañaba con todos los hermanos a la sepultura.

El martes de cada semana, a las dos, debía tener lugar en San Lázaro una junta general. Aquellos que no pudieran asistir debían comunicárselo al presidente. Comenzaba la conferencia por el himno del *Veni Creator*, entonado de rodillas por el director; luego se pasaba a tratar de la materia señalada en la anterior conferencia, pudiendo todo el que quisiere tomar parte en la discusión, y, por último, el director resumía los debates, daba los consejos que juzgaba

más oportunos y terminaba con algunas palabras «sencillas y afectuosas».

Este era el papel ordinario de San Vicente, papel que desempeñaba de un modo admirable.

La nota característica de la palabra de San Vicente de Paúl era la sencillez, «aquella su admirable sencillez» de que hablará más tarde Bossuet, acompañada de la ternura, del amor de Dios y de las almas, en que ardía su corazón, y por último, de la pureza de las fuentes en que bebía, cuales eran la Sagrada Escritura, los ejemplos y palabras de Jesucristo y el estudio profundo de las necesidades y pasiones del corazón humano. Ahora bien: esto era lo que más se echaba en falta en la predicación evangélica de aquel tiempo. En lugar de acudir a los Libros Santos en busca de pruebas con que robustecer las enseñanzas del púlpito, se echaba mano de los poetas gentiles.

Y ¿qué decir del estilo, de aquella forma «pomposa y empenachada» de que habla San Francisco de Sales, de que apenas le libró su genio y su gusto exquisito, y de que se hallan tristemente contagiadas las obras de sus más caro discípulo y amigo, monseñor Camus, obispo de Belley?

Entre tantos jóvenes sacerdotes como se reunían en las Conferencias de los martes y disertaban sobre toda clase de asuntos, así dogmáticos como morales, era imposible que no apareciese algún resabio de mal gusto que por todas partes dominaba. Mas Vicente de Paúl era inflexible. La sencillez, la santa y sublime sencillez, he aquí el único arreo oratorio que admitía. Afeaba siempre, y en alguna ocasión con viveza, la conducta de aquellos que se apartaban de este camino.

Esto hizo que la práctica de hablar sencillamente llegase a ser como una ley en San Lázaro.

Nadie gustó tanto de esta sencillez ni sacó tanto provecho de semejantes enseñanzas, como Bossuet. «La sublime sencillez de Vicente—dice

el señor Floquet—conmovió hondamente al gran orador, tan sencillo ya por su naturaleza.» No solamente guardó un profundo recuerdo de ella durante toda su vida, sino que la tomó por regla de conducta en sus predicaciones.

Unas Conferencias a que acudían los sacerdotes más distinguidos, y, por decirlo así, la flor del clero, y en que hablaban tantos ilustres obispos, no podían menos de darse a conocer por todo París.

De este modo comenzó la reforma del clero; así se echaron los primeros fundamentos de la gran Iglesia de Francia. Y digo los primeros, porque, por más importancia que se quiera dar a los Ejercicios de los ordenandos y a las Conferencias de los martes, es evidente que por sí solos poco hubiesen hecho. Para la reforma universal del clero era menester alguna cosa más radical, de bases más amplias.

Los Seminarios (1635-1642).

Entre los decretos disciplinarios del Santo Concilio de Trento, quizá no había ninguno más importante ni que más saludable influencia haya ejercido sobre la Iglesia, en particular sobre la de Francia, que el decreto relativo a la institución de los Seminarios. Los Padres le firmaron con verdaderos transportes de alegría, declarando que aunque el Concilio no hubiese tenido ningún otro resultado, éste solo sería suficiente recompensa de sus fatigas.

A primera vista, el cumplimiento de las disposiciones del Concilio nada tenía de difícil. Escoger algunos niños de entre las familias cristianas, precaverles de los peligros del mundo, educarlos en la piedad, cosa tan hacedera en los primeros años; conducirlos poco a poco a las gradas del sacerdocio familiarizarlos con sus en-

cantos, entusiasmarlos con su sublimidad, presentarlos a la ordenación abrasados en las llamas del amor divino y en el celo por la salvación de las almas, ¿qué cosa más fácil? No obstante, aun haciendo caso omiso del influjo de las pasiones, de la natural propensión a la molicie, a la desidia espiritual, a los gustos e inclinaciones del amor propio, a la ambición de las dignidades y de los honores, que debilitan el celo más ardiente y tuercen los ideales más puros y levantados, era menester no perder de vista la rica eflorescencia de las instituciones pedagógicas de otros tiempos que habían llegado hasta nosotros; colegios, academias y universidades, que, con sus brillantes recuerdos y con la fascinadora magia del pasado, habían de atar las manos de los reformadores del clero y ser dura roca a cuyos pies habían de morir no pocos ensayos de las sabias pretensiones del Concilio de Trento.

Así que poco o nada llegaba a perfecta granazón.

En Francia, el proyecto tenía menos visos de realización, a causa de haber sido muchas las personalidades que habían fracasado al intentar llevarle a la práctica; de suerte que, para los hombres más distinguidos, el asunto era poco menos que imposible.

Y, no obstante, era llegada la hora que la divina Providencia, en sus altos designios, tenía marcada para la realización de los Seminarios. Había entonces en Francia tres o cuatro sacerdotes que estudiaban sin descanso tan difícil problema que se disponían a resolverlo, y que, dando el uno una pincelada y el otro un brochazo, indicando el de más allá un rasgo que éste debía llevar a la perfección, iban a realizar en toda su hermosura el tipo ideal concebido por el Concilio de Trento. Estos tres o cuatro sacerdotes eran el señor de Berulle, el señor Bourdoise, el señor Vicente y el señor Olier.

A pesar de su celo y de sus esfuerzos, los dos primeros no llegaron en el asunto a resultado práctico, es decir, no lograron fundar Seminario alguno.

A San Vicente, en un principio, ni siquiera se le había ocurrido semejante idea.

Estrechado por las varias y repetidas instancias de los más santos obispos, cambió, con el tiempo, de parecer. En 1635 hizo el primer ensayo, recibiendo en el Colegio de los Buenos Hijos algunos jóvenes de doce a catorce años que aspiraban al sacerdocio. Mas, o por la corta edad de los alumnos, o por falta de dotes de enseñanza en los directores, el proyecto fracasó y hubo de ser abandonado. Seis años después, en 1641, hizo en Annecy, a instancias del bueno y santo obispo de dicha ciudad, monseñor Justo Guerin, un nuevo ensayo, y por esta vez no admitió como alumnos más que aquellos que hubieran ya cursado Humanidades. Iba se acercando el suspirado término, mas también por esta vez fracasó el proyecto, y el Seminario fué cerrado para no volverse a abrir hasta 1663. Lo propio sucedió con los Seminarios de Alet y de Saintes. Por fin, en 1642, Vicente creyó que la causa de tan repetidos fracasos era la mezcla de jóvenes y niños sujetos por igual a una misma enseñanza y disciplina. Resolvióse, pues, a separarlos. Dejó los mayores en el Seminario de los Buenos Hijos, y trasladó los de menos edad a una casa que había comprado junto a San Lázaro, a que se dió el nombre de Seminario de San Carlos.

Con tan acertada resolución echó a la vez los fundamentos de los Seminarios mayores y menores, en lo doble forma que hoy los vemos.

Una de las primeras cuestiones suscitadas con motivo de la enseñanza en los Seminarios era la de si convenía fijar un libro de texto a que el profesor hubiera de atenerse en sus clases, o si

sería preferible que el mismo catedrático compusiese y dictase sus lecciones. Muchos preferían este último método, en atención a que daba al profesor más libertad para desenvolver su ilustración y su cultura, razón que a los ojos de Vicente no fué de tanto peso que le impidiera seguir la opinión contraria. «Con un texto aprobado—decía—, la enseñanza será más segura y merecrá mayor confianza del Episcopado; la Compañía estará menos expuesta a la envidia y a la censura; la elección de los profesores será más fácil; las obligaciones de la cátedra, no tan penosas ni tan difíciles, y, por último, los seminaristas saldrán mejor instruidos. Se objetará que éstos formarán una opinión muy pobre de unos catedráticos que nada enseñan de viva voz, y que se verán tentados a abandonar sus lecciones. Esto podría suceder si todos los seminaristas fuesen unos sabios y si el Seminario, además del atractivo de la ciencia, no contara también con los de la piedad, del canto, de las ceremonias, de las catequesis y de la predicación.

»Añádese que con el método de la enseñanza oral los profesores se harían más sabios. No lo niego; mas también se verían en la precisión de no hacer otra cosa que estudiar, componer y dictar; y entonces, ¿quién informaría a los alumnos en la virtud? ¿Quién enseñaría el canto, las ceremonias, la explicación del Catecismo y la predicación? ¿Quién haría observar el orden y la regularidad?»

Mientras Vicente de Paúl, conforme a sus habituales modos de obrar, llegaba lenta y gradualmente a entrever la forma definitiva de los Seminarios, el señor Olier, con algunos amigos, fundaba el Seminario de San Sulpicio.

Pocos hombres ha habido en el mundo tan privilegiados como el señor Olier. San Francisco de Sales bendice su infancia; San Vicente de Paúl forma su juventud y le dispone para las

Ordenes sagradas, y el P. Condren, del Oratorio, hombre de altísimo saber y de virtud extraordinaria, le dirige en su edad madura y le revela su verdadera vocación.

¿Qué diferencia hay entre los Seminarios erigidos por San Vicente de Paúl y los fundados por el señor Olier? Ninguna. Prestáronse mutuamente sus inspiraciones, y poco a poco la obra de entrambos vino a confundirse.

Observaciones son las anteriores que una vez más demuestran el perspicaz sentido práctico de San Vicente.

Inútil sería ventilar aquí la cuestión de si fué San Vicente el primer organizador de los Seminarios en Francia, o si goza de esta prerrogativa el señor Olier. El caso no merece la pena, y por otra parte, las tentativas de uno y otro ofrecen tal simultaneidad, que ni los mismos interesados pudieron apreciar las diferencias del tiempo que entre ellas mediaran.

Y es que todo fué obra del mismo tiempo, efecto de la gran conmoción que de Norte a Sur se experimentaba en todo el país, que agitaba todos los corazones y que hacía que cada uno pusiese manos a la obra sin reparar en lo que otros hacían.

San Vicente contra el jansenismo.—Muerte de Santa Chantal (1642).

En tanto que San Vicente de Paúl, el cardenal Berulle, el señor Olier y el señor Bourdoise, sin desconocer las llagas de la Iglesia, trabajaban por cicatrizarlas, otros hombres de talento estudiaban también los males de la Iglesia; pero, desprovistos de la fe profunda que aquéllos tenían en la vida imperecedera de la Esposa de Jesucristo, desesperaban casi totalmente de su

curación y buscaban fuera de ella los medios de regenerarla.

Dos eran los jefes principales de este grupo: Jansenio, más conocido por la forma latinizada de su nombre: Cornelius Jansenius, y Vergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran. El primero había nacido en Flandes; el segundo, en Bayona. Eran casi de la misma edad. Llegados a París en 1605 para acabar sus estudios teológicos, trabaron en las aulas de la Sorbona estrecha amistad. Sus almas tenían un vivo parecido. Ambos eran inteligentes, apasionados por el estudio, dotados de un gusto exquisito en los trabajos de erudición, en que tanto habían de sobresalir; uno y otro imperiosos, altivos, acostumbrados a imponerse a las almas con su austeridad, y, por fin, bajo pretexto de reforma, autores de uno de los golpes más rudos asestados contra la Iglesia en el curso de los siglos, y bajo el cual, sin el divino carácter de su origen, quizá hubiera sucumbido.

Con todo, la gravedad de la herida no se advirtió hasta después de muertos entrambos novadores.

Descontentos de los estudios que por entonces se hacían en la Sorbona, por parecerles demasiado superficiales y poco prácticos, determinaron retirarse por algún tiempo al campo y consagrarse al estudio de la antigüedad cristiana.

Por desgracia, al empeñarse ambos jóvenes en un estudio tan difícil y de tan colosales proporciones como el de las obras de los Santos Padres, no sólo carecían de dirección y de freno, sino que además tenían el espíritu lleno de dudas y de preocupaciones. Jansenio había respirado en Lovaina, donde pudo conocerle, las falsas doctrinas de Bayo sobre la postración del libre albedrío sofocado por la gracia omnipotente y avasalladora. A su vez, Vergier de Hauranne, influído más o menos por los vapores semicalvinistas que flotaban en los claustros de la Sorbona, pensaba que,

al menos en la práctica, la Iglesia había perdido algún tanto de su pristina pureza, y que para devolverle el brillo con que Jesucristo la había hermoseado en su origen, era menester renovar la disciplina de los primeros tiempos. Estas dos direcciones eran las que habían de marcar el rumbo de sus respectivos estudios.

Jansenio, que era más teólogo, se apoderó de la cuestión de la gracia, cuya exacta noción creía perdida; para hallarla, se abismó en el estudio de San Agustín.

Vergier de Hauranne, por su parte, consagró sus desvelos al estudio de la disciplina eclesiástica en los tres o cuatro primeros siglos de la Iglesia, notando la idea que se tenía entonces de la penitencia, el modo con que se practicaba la confesión y la comunión, etc., etc.

No habían pasado aún de los comienzos de sus estudios, cuando el curso de los acontecimientos vino a separarlos. Jansenio partió para Lovaina, donde recibió el doctorado, se puso al frente de un gran colegio y, por último, fué nombrado obispo de Iprés, donde murió joven aún. Por su parte, Vergier de Hauranne dejó a Bayona y se dirigió a Poitiers, donde el obispo le hizo primeramente canónigo y después abad de Saint-Cyran, título bajo el cual tan conocido se hizo con el tiempo.

Aunque separados desde entonces, continuaron fieles a su amistad.

Por el mes de noviembre de 1621, ambos amigos se volvieron a ver en Lovaina, y quizá también en París, sacando como consecuencia de sus entrevistas la de ir desenvolviendo lenta y gradualmente sus proyectos de regeneración de la Iglesia, así bajo el punto del dogma, como de la disciplina.

En tanto que Jansenio, de vuelta a Lovaina, volvía a entregarse al estudio de San Agustín y comenzaba a redactar su *Augustinus*, el abad de

Saint-Cyran entraba en París y buscaba mañosamente cómo crearse relaciones y tener ocasión con ellas de insinuar sus errores. Hecho conocimiento con el señor d'Andilly, logró darse a conocer por su medio a la hermana del propio intermediario, Sor María Angélica, la joven abadesa y reformadora de Port-Royal.

Al mismo tiempo que en Port-Royal, buscaba también el astuto reformador cómo deslizarse y verter su veneno en el Oratorio. Iba también a verse con el señor Bourdoise.

Mas por ilustres que fuesen estos personajes, el abad de Saint-Cyran soñaba en trabar amistad con otro mayor, y no hubo astucias ni rodeos que dejase de poner en práctica para llegar hasta él. San Vicente de Paúl era, por una parte, la sencillez misma, y por otra, la caridad y la benevolencia en persona. Nunca echaba las cosas a mala parte, y para creer en el mal necesitaba que se le hiciese patente una y otra vez. Por su parte, el abad de Saint-Cyran no despreciaba ocasión de ayudarle. Prudente y disimulado en extremo, no manifestaba sus ideas sobre el estado de la Iglesia, ni los proyectos que para reformarla abrigaba, sino parca y embozadamente. Así las cosas, y cuando ya se creyó en posesión de aquella alma tan sencilla como confiada, se resolvió a hablarle descubiertamente y sin rodeos. Cierto día, habiendo hecho recaer la conversación sobre un artículo del credo calvinista, se puso a defenderle.

—¡Cómo!, ¿y os avenís a ese modo de pensar?—arguyó San Vicente.

—¿Y por qué no?—replicó Saint-Cyran—. Calvino, más que defender una mala causa, lo que hizo fué defenderla malamente: *Bene sensit, male locutus est.*

En otra ocasión decía el abad al Santo:

—Es cierto que Jesucristo ha levantado su Iglesia sobre la piedra, mas también lo es que

hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. La Iglesia era su esposa, mas al presente es una adúltera, razón por la cual la ha repudiado y quiere que se la sustituya por otra que le sea fiel.

—Creedme, señor—le replicó grandemente angustiado el Santo—; desconfiad de ese espíritu que os dicta sentimientos tan contrarios a la veneración que es debida a la Iglesia.

San Vicente de Paúl se retiró sumamente apenado; mas no por eso se creyó en el deber de abandonar a aquella alma, sino de redoblar, por el contrario, sus esfuerzos para volverla al buen camino. Enterado, pues, de que el abad se disponía a partir para su abadía de Saint-Cyran, resolvió hacer un último esfuerzo para sacarle del error. Después de haberle preparado a recibir favorablemente sus advertencias, el Santo le habló del deber en que se hallaba de someter su juicio al de la Iglesia y de respetar las decisiones del Concilio de Trento. Luego, recordándole las proposiciones que repetidas veces había apadrinado, le mostró cómo eran opuestas a la doctrina católica. «Estáis perdido—concluyó diciéndole—si seguís revolviéndoos en ese laberinto de errores. Por lo demás, sabed que en ese camino de perdición vais solo; al menos, no contéis en él, ni con mi Compañía, ni conmigo.»

En 1632 fué dado a la imprenta un grueso volumen, en latín, rotulado *Aurelius*. Estaba escrito por el abad de Saint-Cyran, mas no iba encabezado con su nombre. La doctrina que en él se prohijaba era por demás sospechosa; intentábase desnaturalizar la constitución de la Iglesia, ensalzando el poder de los obispos hasta ponerles al nivel del Papa, y equiparando a los sacerdotes con los obispos. No eran de menor cuantía los errores pertenecientes a la parte moral y disciplinaria. En sentir del anónimo, se había hecho muy mal en abolir la penitencia pú-

blica, que por lo mismo urgía restablecer; se había torcido el verdadero sentir de la Iglesia con respecto a la comunión, concediéndola tan fácil y tan frecuentecente a los pecadores. La comunión era un misterio terrible, al cual muy pocos, y éstos después de largas preparaciones, se hacían dignos de acercarse.

Ni quedaban estas doctrinas en los libros: bien se vieron reducidas a la práctica. En Port-Royal, por ejemplo, la Madre Inés, no sólo toleraba que sus hermanas y sus monjas pasasen cinco y más meses sin llegarse al tribunal de la Penitencia, sino que ni ella misma hacía escrúpulo de mantenerse alejada de los sacramentos. Habría pasado así, sin confesar ni comulgar, toda su vida. La Madre Angélica llegó a diferir por cinco meses la comunión, y un año hasta se abstuvo de comulgar el día de Pascua. En Saint-Merry, el párroco señor Hamel había restablecido la penitencia pública.

Impacientado con todas estas novedades y agitaciones, Richelieu determinó cortar por lo vivo. Hizo prender de noche al abad de Saint-Cyran, y le recluyó en la torre de Vincennes.

En esta época fué cuando, de improviso, él Señor proporcionó a nuestro Santo uno de los mayores consuelos que éste podía desear. Tal fué el arribo a París de la venerable Madre Chantal, que, de edad de sesenta y nueve años y próxima a entregar su alma al Señor, pues no le quedaba más que un mes de vida, venía a dar el último adiós a sus Hijas de la capital. Aunque la venerable fundadora de la Visitación no llevase al Santo más que cuatro años de edad y se confesase con él durante las estancias que hacía en París, San Vicente no recababa para sí otro título respecto de ella que el de hijo. Venerábala por sus singulares virtudes, por los dones naturales con que Dios tan prodigiosamente la había enriquecido. El Santo veía en ella «un espíritu recto, pru-

dente, moderado e inflexible en sumo grado». Envidiando su actividad, la escribía en cierta ocasión: «¡Oh madre mía! Suplicad al Señor que me otorgue la virtud de la diligencia, que tan abundantemente os ha infundido a vos.» Sobre todo, hacía un aprecio extraordinario del juicio recto y seguro que en todo manifestaba. Sometíale sus dudas y sus proyectos, y le pedía humildemente su parecer en los negocios más arduos y reservados de su Compañía.

Mas nada iguala al testimonio que de ella dió poco después, donde declara que, habiéndola conocido y tratado interiormente y con asiduidad por más de veinte años, siempre la halló eminente en toda virtud: en la humildad, en la mortificación, en la obediencia, en el celo, en el amor de Dios; tanto, que en todo aquel espacio de tiempo no había visto en ella ni una imperfección.

Pero cuanta era la admiración de San Vicente de Paúl por Santa Juana Francisca de Chantal, otra tanta era la veneración que ésta, a su vez, profesaba al Fundador de las Hijas de la Caridad. Diariamente bendecía al Señor por haber otorgado a sus Hijas de París un superior tan santo. Por lo que a ella se refería, ni siquiera se juzgaba digna de tenerle por Padre. Manifestábale su corazón y su conciencia con infantil sencillez, y su mayor satisfacción, al llegar esta última vez a París, era la idea de que al borde de la tumba iba a ver de nuevo a su santo director.

Para darse cuenta de las relaciones que existían entre San Vicente de Paúl y Santa Francisca de Chantal, era menester advertir que en 1619, a raíz del establecimiento en París de la Orden de la Visitación, queriendo San Francisco de Sales confiar la dirección de sus religiosas a un sacerdote adornado de todas aquellas prendas que un ministerio tan importante requiere, y

viendo en Vicente de Paúl, con el claro discernimiento de que estaba dotado, al director modelo, cuya semblanza dejó trazada en su *Introducción a la vida devota*, no vaciló en nombrarle para dicho cargo, a pesar de la oscuridad en que su nombre se hallaba aún en la capital de Francia. San Vicente desempeñó su cometido durante toda su vida, es decir, por cuarenta años. Santa Francisca de Chantal iba de cuando en cuando a París, lo que la proporcionaba ocasión de ver al Santo y de exponerle, así las necesidades de su alma, como las vicisitudes de su Instituto. Desde la muerte de San Francisco de Sales había puesto en San Vicente toda su confianza, y mantenía con él una asidua correspondencia, en que no se sabe qué admirar más, si el recíproco respeto, o el afecto celestial que mutuamente se inspiraban aquellas dos grandes almas.

El Santo hubiera deseado retener a la Madre Chantal en París. Avecinábase el invierno, y noviembre se presentaba áspero y frío, lo que le hacía temer que tuviese un viaje fatal. Mas ella había cumplido ya el objeto de su venida a París; ¿a qué alargar por más tiempo su estancia allí? Partió, pues, el 11 de noviembre, y un mes después, conforme lo había temido San Vicente, fallecía en Moulins en brazos de la duquesa de Montmorency.

A la primera noticia que tuvo el Santo de la gravedad del mal, se puso de rodillas para hacer oración por ella, y entonces fué cuando tuvo aquella célebre visión de los dos globos, cuyo relato es mejor que lo escuchemos de los labios del mismo Vicente. Escribió, pues, a las Hijas de la Visitación, para consolarlas en tan grave infortunio, y después de amplísimas alabanzas a la finada, tanto más dignas de nota cuanto más remirada y austera era la pluma que las vertía, añade:

«No tengo la menor duda de que el Señor ma-

nifestará algún día la santidad de la Madre Chantal, como yo sé que lo ha verificado ya presente en muchos lugares del reino y de muy diversos modos. He aquí un hecho acontecido a una persona digna de fe, y de quien tengo la seguridad que escogería antes morir que echar una mentira (habla el Santo de sí mismo).

»Informada esta persona de la grave situación en que nuestra difunta se hallaba, se puso de rodillas para encomendarla al Señor, y el primer pensamiento que tuvo fué el de hacer un acto de contrición, así de todas las culpas pasadas como de las que hoy ordinariamente comete, y luego se le apareció un pequeño globo como de fuego, que se levantaba de la tierra e iba a juntarse en la región superior del aire con otro globo mayor y más luminoso, perdiéndose los dos al unirse con otro más grande aún y más resplandeciente, oyendo interiormente una voz que le decía que aquel globo era el alma de nuestra digna Madre, el segundo, la de nuestro bienaventurado Padre, y el otro, la Esencia Divina; que el alma de nuestra buena Madre se había reunido a la de nuestro bienaventurado Padre, y las de ambos a Dios, su soberano principio.

»Además, dicha persona, que es un sacerdote, tan pronto como supo la nueva del dichoso tránsito de la enferma, púsose a decir por ella la santa Misa, y estando en el segundo *Memento*, destinado a orar por los difuntos, creyó que sería bueno encomendarla al Señor, pues podía estar en el Purgatorio a causa de algunas palabras que había dicho y que tenían la apariencia de pecado venial; y en esto se le apareció de nuevo la misma visión, los mismos globos y la unión de unos y de otros, dejándole en la íntima persuasión de que aquella alma era bienaventurada y de que no tenía necesidad de oraciones; todo lo cual quedó tan bien impreso en el espíritu de aquel sacerdote, que siempre que piensa en ella

parece que la ve en semjante estado de felicidad.

»El gran concepto que dicha persona tenía de la virtud de la venerable Madre Chantal podría —añade el Santo—despertar alguna duda sobre la realidad de esta visión, pues que dicha estima era, en efecto, tan particular, que nunca leía sin lágrimas su correspondencia, en la persuasión en que estaba de que era el Señor quien le sugería el contenido de la misma; mas es de creer que fuera una visión verdadera, ya porque el sujeto que la ha tenido no es un propenso a estas cosas, ya porque nunca ha tenido otra visión que ésta. En fe de lo cual, firmo la presente de mi mano y la rubrico con nuestro sello.»

San Vicente de Paúl contra el jansenismo (continuación) (1643).

En esto murió Richelieu (4 diciembre 1642), y como consecuencia inmediata se llevó a cabo la excarcelación del abad de Saint-Cyran.

No gozó, sin embargo, por largo tiempo de su libertad el abad de Saint-Cyran. Dos meses después sufrió una apoplejía, que en veinticuatro horas le llevó al sepulcro. La nefanda semilla, empero, que él y Jansenio sembraron, continuó desarrollándose.

San Vicente de Paúl, que era extremado en su bondad para con las personas, era, en cambio, inflexible en lo tocante a la fe. Nunca, aun en los días de su mayor intimidad con Saint-Cyran, pudo oír sin estremecerse una sola palabra en pugna con el dogma.

—Sabed, señor—decía a un sacerdote de su Compañía—, que este error del jansenismo es uno de los peores que se han levantado en lucha con la Iglesia; y que, por mi parte, tengo motivos especiales para bendecir al Señor y darle gracias porque, habiendo sido amigos míos los primeros

y más aventajados defensores de esta doctrina, y habiéndolos tratado de cerca, no permitió que me hiciesen caer en sus redes.

Esta natural repugnancia se convirtió en lógica oposición cuando, en lugar de ciertas palabras murmuradas al oído, y en cuya interpretación podía haber engaño, se vió ante las dos grandes obras en que la secta había cristalizado su doble error teórico y práctico. La primera, compuesta por Jansenio, obispo de Iprés, y conocida con el nombre de *Augustinus*, había visto la luz en 1640. Mas escrita en latín, y sobre cuestiones las más abstrusas de la gracia, necesitó mucho tiempo para abrirse camino en Francia, y en 1643 apenas era conocida. La segunda, rotulada *De la frecuente comunión*, título que algunos sustituían por el de *Contra la frecuente comunión*, estaba escrita en francés. Inspirada, sin duda alguna, por el abate Saint-Cyran, y escrita en gran parte por él, salió a luz dos meses antes de su muerte, agosto de 1643. Habíase abstenido, sin embargo, de estampar al frente su nombre, poniendo en su lugar el del más sabio de sus discípulos, Antonio Arnauld. Esta última obra fué la primera que cayó en manos de San Vicente. Su lectura le estremeció de dolor.

Mas si fué grande el sentimiento de nuestro Santo al hojear la obra *De la frecuente comunión*, de Arnauld, mayor fué aún el que le hizo experimentar el *Augustinus*, de Jansenio. El libro *De la frecuente comunión* no atacaba más que a algunas de las prácticas, bien que de las más esenciales, del Cristianismo; mas el *Augustinus* iba de frente contra la constitución misma de la religión cristiana.

Una ardiente batalla, en que tomaron parte no sólo los teólogos, sino también las gentes del mundo, comenzó a reñirse alrededor de este grueso infolio, así en las aulas universitarias, como en los perfumados salones. El eco de esta lucha

se percibe aún en todas las cartas de la señora de Sévigné.

Para que los golpes no se perdieran en el vacío, Nicolás Cornet, doctor en Teología y maestro de Bossuet, «hombre fundido en los antiguos moldes, y en quien vivían y se conservaban en toda su pureza la sencillez y probidad de otros tiempos», condensó el grueso infolio en cinco proposiciones, que, en sentir de Bossuet, «son el alma del libro, el libro mismo».

Denunciadas las cinco proposiciones a la Sorbona en julio de 1649, y condenadas por ella, fueron remitidas a Roma con una carta que no tardó mucho en ser firmada por ochenta y tantos obispos. Es indecible el ardor con que nuestro Santo trabajó en conseguir y recoger dichas firmas. No hubo lugar adonde no llegara su pluma. Obtuvo de la reina misma, Ana de Austria, que de su regia mano escribiera al Sumo Pontífice para que tuviese a bien definir la cuestión.

Al mismo tiempo que se ocupaba el Santo en recabar del Episcopado el mayor número de firmas posibles para dar autoridad a la carta en que se denunciaban al Sumo Pontífice las susodichas cinco proposiciones, se había puesto de acuerdo con los señores Olier y Bretonvilliers para enviar a Roma algunos teólogos que se esforzasen por demostrar al Sumo Pontífice el gran peligro que para la Iglesia de Francia entrañaban las nuevas doctrinas. El Sumo Pontífice Inocencio V nombró una Congregación especial para dilucidar el asunto; asistió personalmente a diez o doce de sus sesiones, y, por último, en la mañana del 9 de junio de 1657, después de haberse encomendado a Dios, llamó a uno de sus secretarios, y en la misma mañana le dictó la bula *Cum occassione*. Hízola fijar por la tarde en el Campo de Flora, e inmediatamente la remitió a Francia

La alegría de Vicente al recibir la bula fué

sin límites. Inmediatamente escribió a monseñor Alain de Solminihac, obispo de Cahors: «Monseñor, os comunico una nueva que os será en extremo agradable: tal es la condenación de los jansenistas, cuyas cinco proposiciones fueron declaradas heréticas el 9 de junio. La bula se publicó en Roma el mismo día, y el 29, fiesta de San Pedro, llegó a esta ciudad, siendo presentada inmediatamente a los reyes por monseñor el nuncio. Sus Majestades la han recibido con muestras de una viva satisfacción, y el cardenal ha prometido hacerla cumplir. Todo París rebosa de contento, al menos los adictos a la buena causa, y los otros, según ellos dicen, están prontos a acatar la decisión.

»Tan cierto es, monseñor, que semejante fallo debe contarse por una de las más singulares gracias del cielo, que aquí todo el mundo está por ello de fiesta, y los que conocen el mal que las pasadas agitaciones han causado, no saben cómo mostrar dignamente su agradecimiento por semejante favor.»

Fácilmente se deja comprender que un hombre tan celoso por mantener al pueblo cristiano y a los mismos sacerdotes en la pureza de la buena doctrina, velaría incansable por cada uno de los miembros de su Congregación, a fin de preservarles de toda mala levadura.

Muerte de Luis XIII.—San Vicente en el Consejo de Conciencia (1643-1653).

El 14 de mayo de 1643, cinco meses después de Richelieu, moría Luis XIII, a la edad de cuarenta y dos años. Quince días antes había mandado llamar a San Vicente de Paúl para que le ayudase a bien morir, aunque tenía a su alrededor todos los auxilios espirituales que hubiera podido desear.

El humilde sacerdote quedó de pronto aturdido con semejante invitación. Nunca había visto al rey, apenas había saludado a la reina, y sus relaciones con el cardenal Mazarino no eran muy satisfactorias, que digamos. No obstante, no vaciló un momento. Tratábase de la salvación de un alma, y del propio modo que habría corrido a una choza en auxilio de un moribundo cualquiera, se apresuró a ir a Saint-Germain-en-Laye, donde Luis XIII agonizaba.

Desde el umbral de la puerta saludó al rey, diciendo:

—Señor, *timenti Dominum bene erit in extremis.*

A lo cual el rey, profundamente versado en las Santas Escrituras, respondió con la segunda parte del versículo: *Et in die defunctionis suae benedicetur.* Siguiéronse luego aquellos largos coloquios, cuyo secreto se llevó el rey a la tumba, ya que confiarlos a la humildad del Santo era lo mismo que sepultarlos en el más hondo silencio.

Por esta vez el Santo permaneció en Saint-Germain unos ocho días, sin separarse nunca del rey.

Al fin de estos días, y habiéndose declarado en el enfermo una de esas engañosas mejorías que con tanta frecuencia preceden a la muerte, Vicente creyó que podía dejar a Saint-Germain para trasladarse a París, donde le llamaban una multitud de negocios. Permaneció en la capital hasta el 11 de mayo, en que, habiendo súbitamente reaparecido el peligro y hecho grandes progresos la enfermedad, le volvió a llamar el rey a su lado, rogándole que no le abandonase hasta después de su muerte, como, en efecto, lo verificó el humilde sacerdote.

Al mismo tiempo que como cristiano, disponíase también a morir como rey, tomando aque-

llas medidas que más convenientes juzgaba para la paz y bienestar de su pueblo.

Hecho su testamento, y habiendo cumplido como rey sus grandes y últimos deberes, no quiso pensar ya en otra cosa que en prepararse a bien morir.

Hizo acercarse a San Vicente de Paúl y le preguntó cuál sería la mejor manera de disponerse a ella.

—Señor—replicó el Santo—, la mejor es imitar la conducta que Jesucristo guardó en la suya, y someterse entera y perfectamente, como Él lo hizo, a la voluntad del Padre celestial: *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

—¡Oh Jesús!—exclamó el religioso monarca—, así lo quiero yo también de todo mi corazón. Sí, Dios mío, que éstas sean mis palabras hasta el último suspiro: *Fiat voluntas tua!*

El día de su muerte llamó a su primer médico a eso de las diez, y le dijo:

—Seguin, tomadme el pulso y decidme las horas que me restan de vida; mas hacedlo lo mejor que podáis, porque desearía saberlo con certidumbre.

Seguin pulsó en silencio por algunos instantes al rey, y le contestó friamente:

—Señor, Su Majestad tiene, a lo sumo, de vida dos o tres horas.

Entonces, juntando de nuevo las manos y alzando los ojos al cielo, exclamó, sin alterarse:

—Pues bien, Dios mío, ¡venga en buena hora la muerte!

Y tendiendo a Vicente su débil y enflaquecido brazo:

—Ved, señor mío—le dice—, ¿es éste el brazo de un rey? ¡Cuán cierto es que el mismo paradero aguarda a los príncipes que a los demás hombres!

Tomóle, a su vez, el pulso Bouvart, y le dijo:

—Señor, si mis conjeturas no fallan, no tar-

dará mucho en verse libre el alma de Su Majestad de las ataduras del cuerpo, pues ya no le hallo pulsación ninguna.

—¡Dios mío—exclamó el monarca—, recibidme en los brazos de vuestra misericordia!

Acto seguido se dió comienzo a las preces de los agonizantes, a que el mismo moribundo unió su débil y apagada voz, y pasados unos momentos expiró en los brazos de San Vicente.

Ana de Austria, que en calidad de madre de Luis XIV, niño entonces de cuatro años, le sucedió como regente del Reino, no tenía, ciertamente, las virtudes de Luis XIII, pero era profundamente cristiana.

Una de sus primeras disposiciones fué la formación de una Junta, llamada *Consejo de Conciencia*, que la ayudase en la colación de los beneficios eclesiásticos. Hizo entrar en él a Vicente, y repartió los demás puestos entre el cardenal Mazarino, el canciller Séguier, el señor Charton, gran penitenciario de París, y los obispos de Beauvais y de Lisieux.

No hay palabras con que expresar el espanto y terror que se apoderó de Vicente al recibir este nombramiento.

Interpuso toda clase de influencias para declinar tan grave carga; él mismo acudió a la reina. Todo fué inútil. Ana de Austria se limitó a decirle que había tomado la irrevocable determinación de que hiciese este servicio a Dios y al rey, su hijo. Cedió Vicente, «aunque previó, desde luego, las rudas tempestades y las violentas sacudidas a que iba a exponerse en el borrascoso mar de la corte».

Semejante nombramiento daba al Santo, como entonces se decía, libre entrada en la corte, y otro se hubiera aprovechado de la ocasión para echar raíces en Palacio y verse frecuentemente con la reina. Muy diversos eran los pensamientos del Santo. Desde un principio tomó por re-

gla general de su conducta no presentarse en la corte más que en ocasiones en que fuese citado para el Consejo de Conciencia o llamado expresamente por la reina.

Otra de sus resoluciones fué la de no presentarse en la corte con otro traje que el que vestía de ordinario: una sotana remendada, que aún se conserva como una reliquia; un mal ceñidor de lana, unos zapatos burdos y un miserable sombrero; todo «sin mancha ni rotura», pero de la más extremada pobreza.

Otra de las reglas de conducta que San Vicente se había trazado desde el día de su nombramiento como socio del Consejo de Conciencia, era la de no aceptar cosa alguna por este título, ni para sí, ni para los suyos. Concíbese sin dificultad que se negase a admitir nada para sí; mas ¿no podía haberse valido de su posición, si no para pretender, para admitir, al menos, los ofrecimientos que le hiciesen en favor de los suyos, de su querida Congregación de la Misión o de sus pobres? Jamás, sin embargo, cedió un punto de su entereza.

Mas el fin que, sobre todo, se había propuesto San Vicente al entrar en Palacio era el de aprovecharse de tan propicia como providencial situación para trabajar con todas sus fuerzas, bien que con dulzura y paciencia, en dar la última mano a la reforma de la Iglesia de Francia, dotándola de un Episcopado ejemplar. En último resultado, los obispos son el todo.

La primera determinación que hizo tomar al Consejo de Conciencia fué que se negase a los niños todo nombramiento para las sedes episcopales. Exigióse, pues, en los nuevos beneficiados la edad de dieciocho años cumplidos para una abadía; de dieciséis, para un priorato o canonicato de catedral, y de catorce, para un canonicato de colegiata. En cuanto a los obispos, no podría serlo nadie que no llevase un año, al me-

nos, de sacerdocio. ¡Ah!, ¿qué necesidad hay de más datos para persuadirnos del horrible estado de desorganización a que en el siglo XVII había llegado Francia?

Lo segundo que hizo establecer nuestro Santo fué la abolición del abuso que se había introducido de despojar a los obispos de los bienes redituados por la Mitra en el tiempo en que ésta se hallaba vacante.

El tercer abuso que San Vicente logró desarraigar en gran parte, al menos, de la Iglesia de Francia fué lo que en términos de Derecho se llamaba una devolución. Fundábase este privilegio en un despacho que confería al poseedor el derecho de una sede, de una abadía o de un canonicato, a cuya posesión no podía llegar, sin embargo, sino habiendo obtenido previamente la dimisión del titular legítimo. Para ello se le mortificaba de mil maneras, espiando sus menores actos, denunciándole a los Tribunales, poniéndole en la precisión de pleitear y forzándole, en consecuencia, o a ceder su beneficio, o a conseguir a fuerza de dinero la tranquila posesión del mismo. Era la legitimación de la codicia y del espionaje.

Pero el triunfo más importante de las gestiones de Vicente en el Consejo fué la resolución que hizo tomar a todos los miembros de que en adelante no serían propuestos para ninguna sede, abadía o canonicato sino aquellos que reuniesen las condiciones exigidas por el Concilio de Trento: ciencia suficiente y virtud probada. No fué difícil al Santo recabar en principio el cumplimiento de estas disposiciones eclesiásticas; mas ¡cuántas luchas y cuán mortificantes, delicadas y heroicas no tuvo que sostener para reducirlas a la práctica! La reina era buena, pero de carácter algo débil, y entregada en cuerpo y alma a Mazarino. Este, aunque cardenal de la Iglesia, nunca llegó a ser sacerdote.

Mientras la colación de este o de aquel obispado no se rozase con su política, Mazarino dejaba hacer a Vicente; y en diez años nuestro Santo pudo sacar excelentes obispos. Mas no había indignidad ni objeción, por absurda que fuese, que detuviera al cardenal cuando se atravesaban por medio sus intereses. San Vicente, ahogando su dolor, iba exponiendo lenta y desapasionadamente las razones que había para descartar este o aquel sujeto; mas si, hechas sus observaciones, no eran tomadas en consideración, inclinaba la frente y permanecía en silencio.

Ni era solamente en el Consejo de Conciencia donde San Vicente tenía que presenciar abatido por los suelos el honor de la Iglesia y sacrificados tan frecuentemente y con tanta facilidad los intereses de las almas; por fuera recibía solicitaciones de beneficios, indignas y capaces de soliviantar el corazón más frío e indiferente, acompañadas muchas veces de injurias, de amenazas, de falsos testimonios y aun de malos tratamientos.

Habiendo ido a verle una noble dama para interesarle por un hijo suyo, que pretendía un beneficio:

—Dispensadme, señora, que no me mezcle en ese asunto—respondió el Santo.

Sorprendida al pronto la dama de ser acogida menos favorablemente de un pobre sacerdote que de los más linajudos magnates, dió luego pábulo a su mal contenido orgullo, y le dijo:

—¡Oh, en verdad, señor, que se puede muy bien hacer caso omiso de vuestro nombre! Ya conseguiré mi objeto por otros caminos. Pensé haceros un gran honor dirigiéndome a vuestra persona, pero está visto que ignoráis hasta las formas con que se ha de tratar a las mujeres de mi condición.

Vicente se encerró, por toda respuesta, en un

mutismo del que ni las mismas injurias le pudieron sacar.

Pero el arma de que más frecuentemente se hacía uso en tales ocasiones era la calumnia, persiguiéndole con acusaciones indignas hasta en los oídos de la Reina.

—¿Sabéis, señor Vicente, lo que de vos se dice?—le preguntó un día, riéndose, Ana de Austria.

—Señora, no sé más sino que soy un gran pecador.

—Mas, ¿por qué no habíais de justificaros?

—Innumerables cosas se dijeron de Nuestro Señor, y nunca quiso justificarse.

Un mal eclesiástico, a quien el Santo se había negado a admitir a un beneficio, trató de vengarse esparciendo de él insidiosos rumores.

—Si el señor Vicente—fué diciendo entre personas de condición—no ha estado de mi parte, ha sido porque yo no le he querido comprar. Yo mismo sé de cierta persona a quien acaba de conferir un beneficio por una biblioteca y por una buena suma de dinero.

Esta vez conmovióse hondamente el Santo, y en uno de sus primeros movimientos tomó la pluma para justificarse. Mas apenas hubo trazado las primeras palabras:

—¡Oh, miserable!—se dijo, encarándose consigo mismo—. ¿Qué es lo que vas a hacer? ¡Justificarte! Acabamos de saber que un cristiano, falsamente acusado en Túnez, ha permanecido tres días en el tormento y, por último, entregado su alma a Dios sin articular una sola palabra de queja, bien que inocente del crimen que se le imputaba, ¿y tú te quieres excusar? ¡Oh, no, no será así!

Y rasgó la carta comenzada.

«Brillaban en aquel hombre de Dios, dice Fenelón, un increíble discernimiento de espíritu y un valor a toda prueba. Indiferente al favor como

al odio de los grandes, sólo consultaba los intereses de la Iglesia cuando en el Consejo de Conciencia, y por orden de la reina, daba su dictamen sobre la elección de los obispos. Si los demás consejeros de Ana de Austria se hubieran adherido más constantemente al parecer de aquel hombre, para quien el porvenir no parecía tener misterios, no habría ascendido al Episcopado cierta clase de gentes que tan desastrosas turbulencias habían de originar.» Mas si es cierto que no estuvo en su mano impedir todos estos abusos y deficiencias, también es verdad que tuvo el consuelo de ver ocupadas muchas de las sedes del reino por sacerdotes santos y por ejemplares religiosos, discípulos suyos en gran número, que aseguraron la regeneración de la Iglesia de Francia.

CAPITULO III

ORGANIZACIÓN DE LAS GRANDES OBRAS DE CARIDAD

San Vicente de Paúl aplica las señoras del mundo al servicio de los pobres (1633-1639).

El trabajo asiduo y perseverante de San Vicente de Paúl en pro de la reforma del clero no fué obstáculo, ni mucho menos, para que prosiguiese y desarrollase en todos sentidos una de sus obras más fecundas: la aplicación cristiana de las clases ricas al socorro y alivio de los necesitados. La fe profunda que le llevaba a los pies del pobre le encendía en deseos de hacer que todo el mundo le siguiese. Y a nadie dejaba de impulsar en este sentido. No veía remedio más seguro contra nuestras continuas debilidades y pasiones que la práctica de la caridad, tan necesaria, por otra parte, en aquellos luctuosos tiempos. París, las grandes capitales y aun las

más insignificantes poblaciones eran un hervidero de mendigos, del que es imposible formarnos una idea en el estado actual de nuestras sociedades.

Ni era esto todo: se acercaba una época en que la democracia, como un torrente devastador, había de caer sobre la sociedad para reclamar de ella, fusil en mano, la parte de fortuna que en la nivelación de las riquezas públicas le tocase; y para calmarla, para hacerla entrar en razón, era menester salir a su encuentro con lo más santo, lo más caritativo y lo más generoso de las clases altas. Dios es eterno en sus medidas, y para hacer frente a la gran crisis del pauperismo en el siglo XVII, y a la más temible aún de las democracias en los siglos XVIII y XIX, envió por delante a preparar los caminos al gran organizador de las obras de caridad, a San Vicente de Paúl.

Caeríamos, sin embargo, en un error, si en presencia de las maravillosas obras de caridad que al soplo de nuestro Santo vamos a ver aparecer en el mundo, creyésemos que todas ellas eran el desarrollo lógico y gradual de un plan preconcebido mucho tiempo antes en el retiro de la meditación y del estudio. Nada de eso. Todo fué efecto de un corazón ardiente, impresionable, generoso, que no podía ver una miseria sin pensar en los medios de aliviarla, y al mismo tiempo de un espíritu prudente, recto, fecundo en recursos y que inmediatamente daba con el mejor y más seguro medio de hacer frente a esas necesidades que tan vivamente le afligían.

Viendo, pues, diariamente en París tanta multitud de pobres, de ancianos, de niños y de enfermos, en cuyo socorro nada podía hacer por sí mismo, formó el proyecto de interesar en su favor a las señoras del mundo. Y contó con ellas en primer término, porque en los dominios de la caridad la mujer es la reina.

La Providencia iba a suscitar a su alrededor una pléyade de mujeres ilustres y generosas, origen de la célebre Asociación de Damas de la Caridad, de que más tarde hablaremos.

Coloquemos en primer término, así por la altura de su situación política como por la grandeza de su alma, a la duquesa de Aiguillon, sobrina de Richelieu. Casada a los dieciséis años y viuda a los dieciocho, en su mano estuvo desposarse con un príncipe de la familia real. Tal era el deseo de Richelieu; pero aquella voluntad de acero, que jamás cedió ante ningún obstáculo, tuvo que doblegarse a la resolución que su sobrina había hecho de no pasar a segundas nupcias y de consagrarse por entero a la práctica de las buenas obras.

Con relación a San Vicente de Paúl, además de haber puesto a su disposición todas sus riquezas, le sirvió de intermediaria para con Richelieu y para con la reina Ana de Austria, quienes, en varias ocasiones, fueron el sostén de las obras del Santo.

Después de la duquesa de Aiguillon, es preciso nombrar a la presidenta Goussault, de posición social más modesta, pero de un alma no menos grande y generosa, y que, entre otros títulos de gloria, tiene el de haber sugerido a San Vicente de Paúl el pensamiento de la Junta de Damas de la Caridad, de que fué la primera presidenta.

Débensela dos obras capitales: la creación de las Juntas de Caridad y la nueva organización del Hospital general de París, de que hablaremos más adelante.

A la presidenta Goussault es menester asociar el nombre de otra presidenta amiga suya, de un espíritu elevado y de una voluntad inflexible, Carlota de Ligny, presidenta de Herse.

Mencionemos en cuarto lugar la marquesa del Vigean, de distinguido nacimiento y de una for-

tuna considerable, de la que aprendió a hacer un uso santo en la escuela del señor de Berulle y de San Vicente de Paúl. Tuvo dos hijas: la una permaneció en el mundo, y gracias a la amistad de la de Aiguillon, llegó a ser duquesa de Richelieu, brillando entre las personas más distinguidas y más benéficas de su tiempo; la otra, la más joven, Marta Vigean, apenas tenía diecinueve años cuando llamó la atención del joven duque de Enghien, el héroe de Rocroy, quien se enamoró perdidamente de ella.

Así las cosas, y dulcemente embriagado el espíritu de la joven con los halagadores ensueños que su imaginación iba bordando sobre el hecho de su supuesto enlace con un príncipe de la sangre real, llegó un día San Vicente a ver a la madre, que se hallaba enferma. Concluida la visita, salió a despedirle la joven, y en medio de la escalera, de repente, se volvió hacia ella el Santo y le dijo:

—Señorita, usted no ha sido hecha para el mundo.

Interiormente decíase la joven: «Si este hombre fuese profeta, no me hablaría de este modo.» Mas, después, reflexionando sobre el poder que para con Dios tenía el Santo, se puso a temblar ante la idea de que hubiese pedido a Dios para ella la vocación religiosa, y le rogó encarecidamente que no hiciese nada sobre el particular. San Vicente se sonrió, sin añadir ninguna otra palabra. Mas el dardo había hecho su efecto, y poco tiempo después supo el mundo, con admiración, que la señorita Marta Vigean había trocado su hermosura, su juventud, sus esperanzas y sus ensueños, por el hábito del Carmen, bajo el nombre de Sor Marta de Jesús.

Nombraremos también a la señora de Pollalion, a la presidenta Lamoignon, a la señora Fouquet, madre del ministro del mismo nombre; a la señora de Miramion y a la señora Le Gras. De

todas las nombradas y de otras muchas podríamos referir maravillas de amor a los pobres y de generosidad para socorrerlos. En cuanto a la señora Le Gras, hablaremos de ella en el capítulo siguiente.

Entregadas individualmente al ejercicio de las buenas obras, se unieron bajo la dirección de San Vicente de Paúl, y así, unidas y alentadas con semejante director, iniciaron uno de los mayores movimientos de caridad que registra la Historia.

La Junta de las Damas de la Caridad, como empezó a ser llamada en París, no era una simple reunión de señoras piadosas congregadas para oír una Misa y escuchar una plática: era un organismo perfecto, una asociación en toda regla, con su presidenta, su tesorera y su secretaria, elegidas y nombradas de tres en tres años por pluralidad de votos. En sus reuniones se daba cuenta de las necesidades, de las miserias nuevamente descubiertas, y por mayoría de votos, como de costumbre, se adoptaban las resoluciones convenientes. Por lo que toca a San Vicente, jamás quiso desempeñar el papel de presidente de la Junta: contentábase con ser ante ellas el abogado del pobre. ¡Y con qué respeto miraba a la Junta! Jamás disponía de cosa alguna sin su permiso.

Cuando hacía alguna proposición a la Junta, pedía los votos de la asamblea, y era de ver la alegre facilidad y la sencilla prontitud con que abandonaba su parecer por sujetarse al de los otros. Algunas señoras, no pudiendo llevar esto en paciencia, le reconvenían generosamente por su conducta.

—¿Por qué—le decía en cierta ocasión una de ellas—no hemos de atenernos con preferencia a vuestros juicios, que son siempre los fundados?

—¡Ah! No quiera Dios, señora, que mis pobres opiniones prevalezcan sobre las de otros.

¿Cómo rehusar nada a quien pide en esta forma? Así que aquellas damas, no sólo invertían en las obras de caridad inmensas sumas de su peculio, sino que salían a hacer colectas para el mismo fin.

Convertidas en tesoreras del santo sacerdote, fueron siempre para él una mina inagotable con que hacer frente a las múltiples necesidades y lástimas que por todas partes le asediaban.

Cierto día, queriéndole dar una sorpresa, le ofrecieron, por mano de la señora de Lamoignon, ochenta mil francos para la restauración de San Lázaro.

—¡Oh, no—exclamó Vicente—; sería privar de una buena limosna a nuestros pobres!

Mas las Damas de la Caridad no se contentaban con recoger metálico y ser como las procuradoras incansables de los pobres: iban ellas mismas a visitarlos en el hospital. Esto era en lo que más insistía y de lo que más gustaba Vicente.

—Enviar una limosna a los pobres—decía—es cosa muy buena; mas no puede decirse que ha comenzado a servirles quien no les ha visitado personalmente.

No sólo quería que ésa fuese la conducta de las Damas de la Caridad, sino que, pasando adelante, las enseñaba el modo de saludarlos, de conversar con ellos y de servirles, bajando sobre el particular a pormenores de la más exquisita delicadeza.

—Al ir al hospital—decía—, o a la casa del pobre, es menester despojarse de toda clase de joyas y adornos, para ponerse en su lugar un vestido sencillo, pues el contraste del lujo en las unas y de la miseria en los otros, hace a ésta más dolorosa.

Quería también que se evitasen por igual la familiaridad y el desdén; que se les tratase llana y dignamente, como a personas de alta condi-

ción, y que no se acercasen a ellos sino con muestras del más profundo respeto.

Es indecible la complacencia que el Santo tenía en especificar estas muestras de respeto con que quería que se llegasen a los pobres: los hombres, con el sombrero en la mano; las señoras, inclinadas en su presencia, como el súbdito delante del superior. Esto en público, pues privadamente harían muy bien en echarse a sus pies y besárselos. En esto, por lo demás, no hacía otra cosa que aconsejar a los otros lo que él practicaba ordinariamente.

Tenía siempre a su mesa dos pobres, que, como a huéspedes de distinción, ponía a su derecha y a su izquierda, haciales servir antes que a él y que a su comunidad, gustando mucho de hacerlo él mismo respetuosamente. Como de ordinario eran ancianos, ayudábales también a subir las escaleras que conducían al refectorio.

Cuando uno trata de este modo a los pobres, ¿cómo no ha de hablar de ellos con palabras llenas de fuego y de caridad? Las Damas de la Junta estaban entusiasmadas. Volviéndose cierto día la presidenta de Lamoignon hacia la duquesa de Mantua:

—Y bien, señora—la dijo—, ¿no podemos decir, a imitación de los discípulos de Emaús, que nuestros corazones ardían en el amor de Dios mientras que San Vicente nos hablaba?

Ni se contentaba el Santo de que las Damas de la Caridad fuesen a visitar los hospitales; quería, además, que se ocupasen en hacer con sus manos los vestidos de los pobres. Obedecieron, y cada una de ellas llevó esta piadosa costumbre a sus estados, en las provincias, edificando y conmoviendo profundamente a todos cuantos las rodeaban. La reina de Polonia, María Gonzaga, fué siempre fiel a tan hermosa tradición.

Al principio, la Junta de Damas tenía lugar en San Lázaro; pero San Vicente, que sabía muy

bien que la semilla fructifica en proporción a la extensión que ocupa, determinó que sucesivamente se verificase en los distintos centros de París.

No había en París una sola obra de beneficencia en que las Damas de la Caridad no interviniesen, o como sostenedoras, o como encargadas de su dirección, y en ocasiones de su reforma y fomento.

La Asociación de las Damas de la Caridad de que aquí se hace mención no debe confundirse con la Obra de las Caridades. Difieren una y otra en la fecha de su origen, en su organización y en su objeto. La Junta o Asociación de las Damas de la Caridad, fundada en 1634 con el inmediato fin de socorrer a los enfermos del Hospital general de París, extendió bien pronto su influencia a otras muchas obras; llegó a contar trescientas socias, reclutadas en las clases más altas de la sociedad, y secundó a San Vicente de Paúl en todas las grandes obras en que tan fecundos fueron los veinticinco años últimos de su vida. He aquí su origen:

La presidenta Goussault iba frecuentemente al Hospital, donde tenía una prima religiosa, y acompañándola por las salas, echó de ver en la organización del establecimiento no pocos abusos que corregir y deficiencias que llenar.

Nuestro Santo escuchó atentamente las quejas de la piadosa dama y convino con ella en que eran muy justas, y mucho el bien que en dicho lugar se podía llevar a cabo; «pero la empresa —añadió—es muy delicada. No quiera Dios, hija mía, que yo vaya a meter la hoz en mies ajena».

La presidenta Goussault siguió repitiéndole sus proposiciones y hostigándole con sus ruegos para que accediese a ellas; pero viendo que todas sus instancias eran inútiles, recurrió al señor arzobispo de París, y obtuvo de él (1634) una carta para Vicente, en que le aseguraba que vería con

gusto el que accediera a las súplicas de la caritativa dama.

Con esto ya no dudó el Santo de que tal fuera la voluntad de Dios, «y al punto y sin más deliberaciones invitó para una junta a algunas mujeres nobles y piadosas en casa de la propia señora de Goussault».

Determinóse que en adelante las Damas de la Caridad irían diariamente de cuatro en cuatro a visitar los pobres en el hospital. Pidieron a Vicente que las hiciera un reglamento, y el Santo vino en ello, redactándose uno, lleno, como todos los suyos, de delicadeza. Llegadas al hospital, debían presentarse a las Hermanas y rogarles con humildad que, si no tenían inconveniente, las permitiesen ayudarlas en el servicio de los enfermos. Como era natural, lejos de oponerse a una petición hecha por personas de tan alta categoría como las Goussault, las Lamoignon y las Gonzaga, se inclinaron ante ellas respetuosamente y tuvieron a grande honra el ofrecimiento que se les hacía.

Así lograron introducirse en el hospital y acercarse al lecho de los enfermos aquellas buenas damas, rompiendo con el formulismo detestable de ciertas prácticas rutinarias, sustituyendo la rutina irreflexiva del hábito en la asistencia del paciente por los asiduos cuidados que su fe viva las inspiraba, e implantando, por último, en el establecimiento utilísimas e importantes reformas.

En un año solo, el primero de su entrada en el hospital, hubo más de setecientas sesenta abjuraciones, así de turcos heridos o hechos cautivos en el mar, como de luteranos y calvinistas.

En tanto que una sección, dirigida por la presidenta Goussault, se ocupaba de los enfermos del hospital, otra, organizada y presidida por la señora de Lamoignon, tomó a su cargo el alivio y socorro de los presos, aun de los mismos galeo-

tes, para los cuales un rico propietario, el señor Cornuel, y la duquesa de Aiguillon, instituyeron una fundación.

Corrían también a cargo de dichas Damas la obra de las jóvenes arrepentidas, de la señora Pollalion; el Hospicio de los ancianos; las jóvenes de la Magdalena; y, sobre todo, los niños expósitos. Ninguna otra ha ceñido de más radiante corona de gloria la frente de San Vicente de Paúl; mas ninguna otra le costó tampoco más trabajos, abnegación y sacrificios.

Cierta tarde en que San Vicente de Paúl volvía de Misión, halló bajo los muros de París un mendigo ocupado en desfigurar los miembros de uno de estos niños, con al fin de emplearlo luego para excitar la compasión pública. Transido de horror el Santo, arrancóle la víctima, la tomó en sus brazos y se trasladó con ella a la calle de Saint-Landry.

Con objeto de recibir los niños expósitos, alzábase allí una casa llamada *La Cuna*, pobre, falta de toda organización, sin otro servicio que el de una viuda y dos criadas, y en la que, según informes de la policía, entraban de trescientos a cuatrocientos niños por año. Hondamente conmovido por lo que acbaba de oír y de ver, reunió el Santo la Junta de las Damas y les comunicó sus impresiones.

Nombróse al momento una comisión para que fuese a visitar la casa de La Cuna, y las damas se hicieron cruces al ver los horrores que con aquellos niños se cometían.

Traficábase con ellos de una manera vergonzosa: eran vendidos o abandonados al menor síntoma de enfermedad, y, lo que no es dado escuchar a oídos cristianos sin estremecerse, la mayor parte morían sin bautismo. San Vicente hubiera querido encargarse de todos a un tiempo. Mas ¿cómo? Sacáronse doce por suerte, que fueron cuidadosamente educados por las Damas de la

Caridad, y esperando mejores tiempos, se estableció para con los demás una tierna y solícita inspección. Cuidóse de que fueran bautizados, de que no les faltase cosa alguna y de llevar cuenta asidua de todos los niños para evitar que fuesen entregados a abominables especulaciones.

San Vicente no estaba contento: cada día le parecía más odiosa la práctica de sacar por suerte doce niños entre los trescientos o cuatrocientos que anualmente entraban. como hemos dicho, en la casa de La Cuna. ¿Por qué no adoptarlos todos? ¿Que eran muchos? Es verdad; pero aún eran más los recursos de la misericordia divina. Corrió, pues, a la Junta de Damas y les habló con tan ardorosa y persuasiva elocuencia, que aquellas señoras, hondamente conmovidas, se resolvieron a adoptar de una vez todos los niños. Era atreverse a más de lo que en realidad podían hacer; así es que, enternecido a su vez el Santo, determinó echar mano a los últimos recursos. Dirigióse al rey, a la reina y a los más grandes señores, y obtuvo para la obra una renta anual de cuarenta mil francos, cifra soberbia, pero insuficiente.

En tiempos normales se habría logrado salir a flote; mas sobrevenidas al poco tiempo las calamidades de la Lorena, de la Champaña y de la Borgoña, y los disturbios de la Fronda, que hicieron zozobrar la mayor parte de las rentas, las Damas de la Caridad declararon, con lágrimas en los ojos, que unos gastos tan exorbitantes sobrepujaban sus fuerzas, y que se hacía preciso renunciar a la obra comenzada.

Mas tarde, gracias a los esfuerzos de Vicente y las nuevas donaciones de Luis XIV, la obra continuó, atravesó felizmente el siglo XVIII, penetró triunfante en el XIX y es hoy uno de los mayores títulos de gloria de San Vicente de Paúl y de la Iglesia Católica.

En tanto, las Caridades, de cuyo origen y desarrollo ya hicimos mención, seguían propagándose con admirable rapidez. No tardaron en llegar a París, donde produjeron los mismos frutos que en otras partes. Con el tiempo, sin embargo, habían ido introduciéndose en ellas ciertos abusos, y no siempre era observado el reglamento. Urgía poner remedio al mal, y para ello y para mantener vivo o reanimar en todas las socias el fuego de la caridad y la unión, comenzó el Santo a enviar a visitarlas de cuando en cuando algunas de las damas más celosas de la Caridad. Una de las primeras y de las que más constantemente fueron encargadas de este ministerio; fué la señorita Le Gras.

Las señoras de Pollalion, Fresne y Viole hicieron también algunos viajes de esta índole.

La presidenta Goussault se ofreció a visitar el Orleanato y el Anjou.

A tan magnífica eflorescencia de caridad puso digno remate una imprevista cuanto admirable determinación. Enterada la reina del bien que hacían, así en París como en otras partes, las Asociaciones de las Damas de la Caridad, quiso también formar una presidida por ella, y compuesta únicamente por princesas y damas de la corte. En consecuencia, rogó a San Vicente de Paúl que hiciera un reglamento especial para la nueva Asociación. No se le puede leer sin admiración, y sentimos no poder transcribirlo aquí.

Magnífico espectáculo de caridad, en que la más alta nobleza de Francia y la reina misma aparecen a los pies de los pobres, y en que las grandes señoras de París y de las provincias ponen su influencia, su corazón, su fortuna y sus personas al servicio de los enfermos, de los niños expósitos, de los presos y de los forzados, consolándolos en sus dolores, curando sus llagas y, en una palabra, tomando sobre si con un fervor ex-

traordinario aquel ministerio de la caridad tan encarecido por nuestro Señor y a la sazón un poco descuidado en el mundo.

Las Hijas de la Caridad (1633-1642).

Pocas Congregaciones hay en los tiempos modernos que hayan hecho más honor a la Iglesia Católica y que le hayan merecido más simpatías que la institución de las Hijas de la Caridad. Y, sin embargo, ninguna ha tenido un porvenir más oscuro que ella, aun para los mismos fundadores.

En un principio, todo estaba reducido a unas cuantas jóvenes aldeanas de baja cuna, sin letras ni educación especial de ninguna clase, tomadas como auxiliares o suplentes de las Damas de la Caridad. Ya veremos el tacto exquisito y la abnegación con que San Vicente de Paúl va a hacer de ellas aquellas extraordinarias mujeres que tan gran papel habían de hacer en la honda crisis de los tiempos modernos, y que en una armonía maravillosa habían de unir la pureza de la virgen con la ternura y la solicitud de la madre.

Mientras las cofradías de la Caridad no rebasaron los límites de las provincias, nada dejaron que desear en su funcionamiento, encomendado a mujeres pertenecientes, por regla general, a la clase media, y de una abnegación a toda prueba. Mas no sucedió así en París, donde las damas no siempre podían desempeñar convenientemente sus caritativos cuidados para con los pobres. La experiencia mostró bien pronto que la obra necesitaba de algún complemento.

Algunas de las socias eran demasiado grandes señoras para someterse a visitar periódicamente los pobres y rebajarse a cumplir ciertos bajos oficios que consigo llevaba la visita. Enviaban a sus

criadas para suplirlas; mas ¿qué son, para el caso, semejantes sustituciones? Otras señoras eran cohibidas por sus maridos, quienes en tiempo de la peste llegaron hasta prohibirlas salir de casa.

Vicente comprendió que la obra no seguiría adelante, que flaquearía por uno o por otro lado si no juntaba a las Damas de la Caridad algunas jóvenes virtuosas, de humilde condición para que no las hiciesen sombra, pero capaces de acudir en su ayuda y aun de sustituirlas siempre que fuera menester.

Escogió, pues, algunas de esas jóvenes y las puso bajo las órdenes de las Damas de la Caridad. Las primeras fueron diseminadas en las parroquias de París.

Alojábanse unas en las casas de las Damas de la Caridad; las otras, en conventos; y transcurrida la semana en enterarse de los pobres y enfermos, en darlos a conocer a las Damas y en cuidarlos, se reunían el domingo en San Lázaro, en una conferencia que tenía por objeto exhortarlas al cumplimiento de sus deberes. Al principio no se las llamaba por otro nombre que por el de pila, como se hacía con las criadas.

Poco a poco fué, sin embargo, abriéndose camino en la correspondencia de nuestro Santo la costumbre de juntar al nombre de pila el título de Hermana.

Muchas de estas buenas jóvenes dejaban bastante que desear en formas sociales. Otras adolecían de ciertos modales bruscos y violentos, que la dulzura de Jesucristo no había logrado extirpar en ellas. Mas aunque algunas fuesen bastas y toscas, como la esmeralda acabada de sacar del cuarzo, que no consigue su brillo y hermosura sino bajo el cincel del joyero, en cambio otras eran de lo más irreprochable que se puede imaginar.

Sin embargo, aisladas unas de otras, disemina-

das aquí y allá en las diversas parroquias de París y faltas de toda unidad y conexión, no había casi nadie que, en el caso de no cumplir una joven con el cargo en que se le había puesto, pudiera corregirla con la autoridad competente, y, si fuese preciso, mudarla de residencia. Semejante estado de cosas era insostenible. San Vicente resolvió, en consecuencia, fundar una especie de noviciado en que aquellas jóvenes se dispusiesen a cumplir las delicadas funciones de su vocación. Para ello eran menester dos elementos: una casa y una directora.

La casa fué fácil de hallar. En cuanto a la directora, hacía ya mucho que San Vicente de Paúl había puesto los ojos en la señora Le Gras, de quien nuestros lectores tienen ya noticia.

La señora Le Gras no pertenecía a la nobleza propiamente dicha.

Descendía de una de esas poderosas familias de la clase media que, a fuerza de abnegación y de sacrificios por la patria, se habían acercado a la nobleza de abolengo, disponiéndose a entrar en sus filas y aun a absorberla. Por línea paterna, era originaria de los Marillac, antigua y muy considerada familia de la Alta Auvernia, que acababa de proporcionar a Francia un mariscal y un guardasellos en las personas de Luis y de Miguel de Marillac.

En todo asunto, en toda empresa, ponía la señora Le Gras todo el ardor de su alma, naturalmente impresionable. La menor apariencia de bien bastaba para inflamar su corazón y para despertar en ella un celo que, sin la prudencia de su director, habría acabado pronto con su salud. San Vicente de Paúl no la dejaba nunca de la mano. Incesantemente le predicaba la paz y el abandono en las manos de nuestro Señor.

A un alma tan ardiente correspondía en la señora Le Gras un organismo todo sensibilidad y delicadeza.

De ordinario, estos apasionamientos del alma se resienten de precipitación y de falta de prudencia. No así en la señora Le Gras. Todo lo que tenía su espíritu de ardiente e impetuoso, lo tenía de recto. Su cualidad predominante era la de una invencible fortaleza. Puede decirse que no tenía de mujer otra cosa que el corazón. Sus resoluciones eran tan prontas como acertadas.

San Vicente de Paúl conocía el tesoro que Dios le había encomendado en Luisa de Marillac, y le cultivaba esmeradamente. Aconsejábase de ella en todos los negocios humilde y respetuosamente, sin descubrir en ello el menor asomo de superioridad ni descender a familiaridades excesivas: modelo eterno e insuperable de la correspondencia de un director para con sus penitentes.

San Vicente se resolvió a no dar más treguas al asunto. Examinó varias casas de alquiler y arrendó una muy pequeña en uno de los barrios más pobres de París. Aún se conserva hoy como recuerdo vivo de la cuna de las Hijas de la Caridad.

La señora Le Gras tomó posesión de ella con cuatro o cinco jóvenes, cuidadosamente escogidas por San Vicente, el 29 de noviembre de 1633.

No habían transcurrido cuatro meses, cuando ya aquella señora pidió permiso al Santo para consagrarse con voto irrevocable al perfeccionamiento y madurez de una obra tan meritoria. Dióselo San Vicente, y ella realizó sus deseos el 25 de marzo de 1634, día eternamente célebre en la Congregación de las Hijas de la Caridad, y en que todas ellas renuevan anualmente sus votos.

Preparada la casa y aumentándose de continuo el número de las jóvenes que deseaban ingresar en el naciente instituto, juzgó San Vicente que era llegada la hora de ocuparse de un modo más serio y regular en la educación religiosa de las mismas. A este fin las visitaba una vez por se-

mana, acompañado del señor Portail o, de otro cualquiera sacerdote en defecto de éste, para hablarles de aquellas virtudes que más peculiares debían ser a la Hija de la Caridad. Al empezar la conferencia se decía el *Veni, Sancte Spiritus*. Luego recordaba el Santo la materia de que se había de hablar, y sobre la cual, advertidas de antemano por un billetito, habían hecho aquel día la meditación, y comenzaba a preguntarles: «Vos, Hermana mía, que estáis ahí la primera, ¿qué motivos os parece que tenemos para practicar esta o aquella virtud?» Y luego que la Hermana había acabado de hablar: «¿Y vos, Hermana mía, que estáis ahí abajo, al último, cerca de la ventana? ¿Y vos?», etc., etc.

El Santo volvía entonces sobre lo que se había dicho; hacía notar lo más importante; penetraba con su consideración hasta el fondo del asunto, desenvolviéndole y explicándole con toda sencillez, y concluía por algunas consideraciones y resoluciones prácticas.

Una de las materias de que más gustaba tratar era el origen oscuro, pobre, y, por lo mismo, maravilloso, de la Congregación. «¿Quién la había fundado? ¿El? ¡Oh! De ningún modo: ni él, ni el señor Portail, ni la señora Le Gras, ni nadie había pensado siquiera en ello. Sólo Dios era su autor.»

Para conservar a sus Hijas en la humildad solía recordarles frecuentemente la oscuridad de su linaje. ¿Qué eran ellas sino unas pobres aldeanas, unas humildes labriegas? «No olvidéis, hermanas mías, que la mayor parte de vosotras sois unas jóvenes pobres y de baja cuna, como yo, que en mi juventud estuve guardando un rebaño.»

Y en otra ocasión: «Estad seguras que desde el momento que repudiarais vuestro modo de vivir, tosco y sencillo, abandonarais vuestros pobres y despreciables vestidos, vuestro especial tocado y

esas otras prácticas que os mantienen en la humildad, comenzaríais a decaer en la gracia de Dios, y después en la estima pública que hasta ahora se ha hecho de vosotras precisamente por la humildad y virtud que en vuestros modales se retrata. Esta es la razón, no lo dudéis, por que las Damas de la Caridad hacen tanto aprecio de vosotras y os aman y os respentan, y por lo que se os pide de tantas partes.»

Otro punto que el Santo solía tocar en muchas conferencias era el servicio de los pobres, en cuya ponderación era verdaderamente ingenioso. «¡Oh, qué título, Dios mío, qué hermoso título!—decía—, ¡qué envidiable ministerio! ¡Oh, Hijas mías! ¿Qué maravillas habéis hecho a los ojos de Dios para merecer el glorioso dictado de sirvientas de los pobres? ¡Oh, que esto viene a ser lo mismo que sirvientas del Hijo de Dios, ya que Él reputa por hecho a Sí mismo cuanto se hace en favor de sus miembros! Jesucristo, por otra parte, no hizo tampoco más que servir a los pobres.

»No recuerdo si os he dicho que el título más bello y más santo que usa el Sumo Pontífice en los documentos oficiales de importancia es el de Siervo de los siervos de Dios. Así que su firma es: «Clemente o Urbano, siervo de los siervos de Dios.» Y la vuestra, Hijas mías: Sirvientas de los pobres enfermos, que son los más queridos de Jesucristo.»

Mas no era bastante que las Hijas de la Caridad se entregasen incondicionalmente, hasta la abnegación y el sacrificio, al cuidado de los pobres: quería también el Santo que fuesen inteligentes, activas, obedientes a los médicos y puntuales en cumplir sus órdenes respecto del tiempo, de la hora y de la calidad de las medicinas; exactas y ordenadas en sus cuentas; dignas, en fin, de servir de modelo a cuantas en adelante se consagrasen a tan santo ministerio.

Bien se deja entender que la caridad de San Vicente de Paúl para con los pobres no habría de concretarse al alivio del cuerpo, sino que miraría principalmente a las necesidades del alma.

«¿Pensáis, decía a sus Hijas, que Dios os ha escogido únicamente para llevar ciertas viandas y medicinas a los enfermos? ¡Oh, no! Espera además de vosotras que proveeréis a sus necesidades espirituales, que alimentaréis sus almas con el maná espiritual y que haréis por comunicarles el espíritu de Dios.»

Sobre todo, a la hora de la muerte es cuando debían redoblar su celo.

«Tomad con empeño la instrucción de estas pobres gentes; enseñadles a bien morir. ¡Qué consuelo, mis queridas Hijas, el de ayudar a estas buenas gentes a conseguir el Cielo! Sí, vosotras les conduciréis al Cielo, enseñándoles el camino de servir a Dios. ¡Ah, Hermanas mías, que si sois fieles a la gracia, haréis grandes maravillas!»

A fin de que nada les faltase en el cumplimiento de tan importante misión, quería San Vicente que estuviesen impuestas en todos aquellos conocimientos de que eran capaces, sobre todo en leer, escribir y contar.

Al mismo tiempo que se ocupaba San Vicente en formar a sus Hijas para la visita y el cuidado de los pobres, trabajaba por formarlas y fundamentarlas en aquellas virtudes de mansedumbre, de unión recíproca, de mutuo y cordial respeto, de humildad y de modestia, que son, a la vez, base indestructible y hermosura perenne de la vida religiosa. Quería, además, que entre ellas, en el interior de la casa, resplandeciese una modestia angelical.

Mas esta modestia era poca cosa a los ojos de Vicente en comparación del respeto cordial que unas a otras se debían tener. Respeto cordial, es

decir, nacido del corazón e hijo, e la vez, de la veneración y del cariño.

Bien se echa de ver que San Vicente de Paúl, que tan modestas quería a sus Hijas en el interior de la casa y en sus mutuas relaciones, se preocuparía mucho más de la modestia que habían de guardar en el trato con los externos y en medio del mundo.

Una pureza angelical debía completar el retrato de la Hija de la Caridad. Colocada por la Iglesia a la cabecera de los moribundos, debe semejar en todo a una madre velando junto al lecho de su hijo enfermo. Mas para que en tales ocasiones su castidad no corra peligro de ningún género, menester es que se habitúe en todos los instantes a llevar una vida pura e inmaculada.

Vése, pues, qué clase de virtudes exigía San Vicente a sus Hijas, virtudes heroicas y sublimes, tales cuales se necesitaban para cumplir los deberes de una vocación tan santa. Pero ninguna de estas virtudes sería duradera si no estaban fundamentadas sobre la piedra inquebrantable del amor de Dios. De aquí que el Santo insistiese tan frecuentemente sobre el particular. ¡Y con qué brío, gracia y elocuencia!

Por lo demás, San Vicente gustaba poco de exageraciones y de cerrados exclusivismos. Quería a sus Hijas abrasadas siempre en el amor de Dios, pero libres, desprendidas de todo, prontas siempre a dejar los ejercicios mismos de piedad, la oración y la comunión por el cuidado de los pobres.

Frecuentemente se quedaba el Santo como absorto en medio de sus conferencias. Cortaba su discurso, y repetía dos o tres veces la última palabra de la frase precedente, como si no supiese continuar. Otras veces juntaba las manos y decía: «¡Dios mío, Dios mío!» O también: «¡Ah, mi Salvador, mi amable Salvador!» Las Hermanas entonces contenían su respiración y salían hon-

damente conmovidas de la conferencia. A través del Fundador y del Padre, acababan de ver al Santo.

La conferencia solía acabar con la bendición que San Vicente daba a sus Hijas.

Las Hijas de la Caridad (continuación).—San Vicente de Paúl aplica los hombres del mundo al servicio de los pobres (1633-1642).

Al mismo tiempo que San Vicente de Paúl se esforzaba por inspirar a sus Hijas el espíritu de su vocación, comenzaba también a revelarlas, aunque discretamente, las bases sobre que su instituto había de descansar. Esta constitución tenía no poco de arriesgada. Bien es verdad que si en un principio dicha constitución fué la extrañeza del mundo, después vino a ser su admiración.

Hasta entonces, y por muchos siglos, cuando una joven quería consagrarse a Dios, se encerraba en un convento amurallado y defendido por todas partes, circunstancia que en una sociedad tan discorde y revuelta como la de la Edad Media, las servía hasta de resguardo material; y pasado el tiempo de la probación, hacía sus votos solemnes, votos que, reconocidos por el Estado, la quitaban toda facultad de casarse, de testar y de heredar, impidiéndola de este modo volver al mundo y protegiéndola contra su natural versatilidad o inconstancia. La Iglesia había aceptado con reconocimiento estas medidas del Estado en pro de la paz y del honor de la vida religiosa, y, apoderándose de ellas, las había transfigurado. Hizo aquellos recintos venerables como un santuario y dulces como un hogar; aquellas rejas eran, sí, las de una prisión, pero de una prisión en que el amor de Dios encerraba y retenía cautivas a las almas. Así, que el supremo

ideal de la mujer en el Cristianismo era el de la virgen consagrada a Dios, hostia voluntaria que se ofrece por los pecados de los hombres.

No es extraño, pues, que apenas establecidas en congregación las primeras Hijas de la Caridad, se les pusiera delante como una tentación la sublime práctica de los votos religiosos.

¿Por qué no hacer votos? San Vicente oía y se hacía el desentendido. Porque ¿qué votos habían de hacer, los solemnes? Mas, según los cánones de la Iglesia y las leyes del Estado, los votos solemnes llevaban consigo la clausura. Y entonces, ¿a qué quedaba reducido el servicio de los pobres? ¿Votos simples? Mas si éstos habían de ser perpetuos, ¡qué de inconvenientes no podían traer! ¿Cómo aventurarse a mandar a las buhardillas de los pobres unas doncellas ligadas por votos perpetuos, no protegidas por el poder civil y en libertad absoluta para abandonar su estado y casarse, con escándalo del pueblo y ocasión de mil tentaciones para las mismas interesadas? Estas eran las razones que el cardenal de Marquemont, arzobispo de Lyon, había aducido contra un proyecto semejante de San Francisco de Sales, y que obligaron a éste a modificar tan radicalmente los planes de la Visitación.

Al leer las conferencias y las cartas de San Vicente, se ve que jamás pierde de vista a San Francisco de Sales. Así que toma las precauciones más minuciosas para que no le pase a él lo que al fundador de la Visitación.

—Hijas mías—les decía en una ocasión—, vosotras no sois religiosas; y si algún espíritu turbulento saliese diciéndoos que era menester serlo, que el estado de la religión es más santo, etc., etcétera, ¡ah!, vuestra asociación estaría perdida. Quien dice religiosas, dice claustro, y las Hijas de la Caridad no han nacido para vivir entre cuatro paredes.

Para poner más de relieve esta su resolución,

prohibió dar el nombre de conventos a las casas de sus Hijas; dispuso que éstas no tuviesen oratorios, ni capellanes, ni culto público, cosas todas que inducen al aislamiento del claustro.

—Ningún otro claustro—les decía—, que la casa de los enfermos; ninguna otra capilla, que la iglesia de la parroquia.

El traje no debía ser otro tampoco que el seglar.

Y más tarde, en la aprobación de las reglas, se hizo constar «que las Hermanas llamadas de la Caridad habían determinado, por inspiración divina, vivir juntas en común, *sin abandonar, no obstante, el traje seglar*».

Algunos hubieran deseado que aquellas buenas jóvenes, destinadas a andar de una parte a otra, y a permanecer junto al lecho de los enfermos, llevasen, al menos, un velo con que cubrirse el rosto: el Santo les dió aquella respuesta de tan adorable y santo desenfado: «Llevarán por velo su modestia».

Últimamente, como sello de su obra, no sólo prescindió el Santo de los votos solemnes, que entrañan la obligación de una absoluta clausura, sino aun de los votos simples perpetuos; y, apoyado en la bondad de sus Hijas, se contentó con imponerles los votos simples anuales.

San Vicente de Paúl resumió los caracteres y distintivos de esta nueva y original asociación religiosa en aquellas célebres palabras: «Las Hijas de la Caridad tendrán por monasterios las casas de los enfermos, por celda un cuarto de alquiler, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustro las calles de la ciudad o las salas de los hospitales, por clausura la obediencia, por rejas el temor de Dios, y por velo la santa modestia.»

En tan feliz, aunque arriesgada tentativa había, sin embargo, un peligro: el de debilitar la vida religiosa, despojándola en parte de aque-

llas ataduras que, lejos de abatirla, sólo sirven para comunicarle más energía e impulso.

No dejó de preocupar esta idea a San Vicente de Paúl, y una buena parte de sus conferencias a las Hijas de la Caridad tienden a descubrirles este peligro y a indicarles los medios de neutralizarle. «Vosotras, les decía en cierta ocasión, no sois religiosas, ni podéis serlo, a causa de vuestros deberes para con los pobres; mas estáis obligadas a sobrepujar en santidad a las mismas religiosas. ¿Por qué? Pues porque estáis expuestas a más ocasiones, porque no tenéis tantos medios para alcanzar la perfección, porque, si no sois santas, estáis inevitablemente perdidas.» Y en otra conferencia: «Vosotras carecéis de rejas que os preserven de los peligros del mundo; pero en vuestro poder está cercaros de unas rejas interiores que os protejan más eficazmente que todos los enrejados juntos. Meditad bien aquellas palabras de vuestras reglas: «Tendrán por clausura la obediencia.»

Otras veces les decía: «Los seglares, de cualquiera condición que sean, pueden entrar en vuestras casas, y así es menester para bien de los pobres; mas sólo en las salas y locutorios, jamás en vuestras habitaciones particulares. El cuarto de una Hija de la Caridad debe ser tan sagrado como la celda de una Carmelita; ni señores, ni grandes, ni sacerdotes, ni siquiera vuestros confesores, deben entrar en ellos. A mí mismo, añadía, y eso que ya soy tan viejo, se me debería cerrar sin miramiento ninguno la puerta si pretendiese atropellar semejante disposición.»

Con tan sabias y firmes precauciones es como pudo el Santo dar estabilidad a una nueva forma de vida religiosa sin entorpecer la antigua.

Aunque iban ya transcurridos nueve años desde la institución de la Compañía, sin embargo ninguna Hermana, fuera de la señora Le Gras,

había sido admitida por San Vicente a la profesión religiosa, siquiera ésta se concretase al término de un año. Prudente en todas sus cosas y «poco amigo de precipitaciones», creyó, por fin, llegada la hora de dar este paso y escogió a cuatro para que hicieran sus santos votos el 25 de marzo de 1642.

He aquí ya dos poderosas asociaciones puestas por San Vicente de Paúl al servicio de los pobres y de los afligidos: las señoras del mundo y las Hijas de la Caridad. Nuestro Santo trataba de organizar una tercera, más difícil, pero no menos sublime: la de los caballeros.

Los primeros ensayos que sobre el particular hizo Vicente datan de la época en que regía el curato de Chatillon-les-Dombes. El pensamiento del Santo en la materia es el siguiente:

La Asociación de la Caridad de caballeros es una asociación cristiana que debe tomar por patrono a Jesucristo, padre de los pobres. Estará presidida por el párroco o por el que haga sus veces, sin cuya anuencia no se podrá hacer cosa alguna, ni en la junta de las damas, ni en la asamblea de los caballeros. Todo cristiano puede asociarse a ella, mas su núcleo estará formado por treinta socios, que, con el nombre de sirvientes de los pobres, serán escogidos entre los más fervorosos, sirviendo, dicen los estatutos, «como de columnas y base del cuerpo de la Asociación» Estos treinta miembros elegirán tres funcionarios: el presidente, llamado unas veces prior y otras comendador, el tesorero y el visitador.

El fin de la Asociación es realizar aquellas palabras del *Deuteronomio:* «Que no haya entre vosotros ningún pobre.» Efectivamente, en un pueblo bien organizado, en una ciudad bien regida, no debe, no puede haber pordioseros.

Recordaremos el encargo explícito del Santo de atender a las almas con preferencia a los

cuerpos. «Cuidarán, dice, de que los niños vayan a la escuela, aprendan el Catecismo y comulguen, y de que las personas mayores se instruyan en su religión y reciban los Sacramentos. Con aquellos que tuviesen la desgracia de ser herejes, no perdonarán medios de atraerles a la verdad.»

Tales son los rasgos generales de la originalísima Asociación de Caridad, compuesta de caballeros y destinada al servicio de los pobres. Respondía tan perfectamente a las necesidades del momento, que no tardó mucho en arraigar y extenderse por todas partes.

El éxito fué mayor que en parte alguna en París, donde bien se echa de ver que había de organizarlas el Santo, como lo hizo al establecerse definitivamente en San Lázaro. ¿Cómo desaprovechar la oportunidad que para obra tan santa le ofrecía aquella multitud de grandes señores y de personajes eminentes que vivían en la capital?

El primero de estos ilustres personajes a quien ocupó el Santo en el servicio de los pobres fué el barón de Renty, uno de los más fervorosos cristianos de aquel siglo y de todos los siglos.

A continuación del señor de Renty pongamos a su amigo Enrique Miguel Buche, simple zapatero, pero de grandes alcances, y al comendador de Sillery, quien, tocado de Dios, se entregó, bajo la dirección de San Vicente de Paúl, al servicio de los pobres, después de haber sido embajador en España e Italia y comendador de la Orden de Malta.

Entre los caballeros reclutados por San Vicente de Paúl en las filas de la caridad, merecen especial mención: los dos Marillac, tíos de la señora Le Gras, gran canciller el uno y mariscal de Francia el otro, y cuyas trágicas aventuras tanto hicieron resplandecer su virtud; el duque de Liancour; el marqués de Fenelón, a quien el señor de

Renty había tomado por su auxiliar, como él a su vez lo era de San Vicente; Sublet de Noyers, secretario de Estado, hombre de oración, con quien Luis XIII solía rezar el oficio divino y descargar su pecho, quejándose secretamente de la tiranía de Richelieu; Dufour, gentilhombre del duque de Orleáns, y otros muchos.

A semejanza de París, en las grandes ciudades de provincia iban formándose también asociaciones de hombres destinados al servicio de las clases pobres.

No contento el Santo con que el ejemplo dado por París tuviese seguidores en una multitud de ciudades de provincia, quiso que los señores le imitasen en el interior de sus tierras, en sus castillos, a la vista y en medio de aquellos de quienes se decían amos y señores.

Los acontecimientos políticos añadían a las ordinarias miserias otras mayores y más dignas de compasión. Grande fué la que experimentó Vicente al saber que, despojados muchos nobles loreneses de sus fortunas con motivo de la guerra, y echados de su país, vivían en las buhardillas de la capital, ocultando su desnudez y sufriendo tan extremada pobreza, que muchos se caían materialmente muertos de hambre. A propuesta de Vicente fueron visitados y socorridos durante largos años, así como también multitud de religiosos, sacerdotes y señores que las turbulencias político-religiosas de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, que con el tiempo habían de arrastrar a Carlos I al cadalso, llevaban por entonces a París.

Aunque la Junta se componía de señores acomodados y ricos, no obstante había ocasiones y muchas, en que los fondos escaseaban. Felizmente, la caridad de nuestro Santo no se agotaba jamás: allí estaba él siempre para suplir cualquier descubierto. «El señor Vicente, escribe uno de los señores de la Junta, era el primero en

abrir la mano para toda obra de beneficencia, de tal suerte, que cuando en la colecta había algún déficit, él era quien le cubría, privándose hasta de las cosas más indispensables para llevar a cabo las obras comenzadas. Faltando en cierta ocasión trescientas libras para completar una suma de importancia, aprontólas el Santo inmediatamente, sabiéndose después que las había recibido de una persona para comprar un caballo, pues el que tenía estaba tan flaco y era tan viejo, que varias veces había dado ya en tierra con el Santo. Al mismo tiempo que con tanta largueza contribuía San Vicente a las obras de caridad que los señores de la Junta habían emprendido bajo su dirección, gustaba reunirles de cuando en cuando en San Lázaro para alentar su fe y mantener vivo el fuego sagrado de su caridad. Con frecuencia induciales a hacer algunos breves retiros espirituales, sabiendo, como él mismo decía, que no hay medio más a propósito que éste para enfervorizar las almas.

Los sacerdotes de la Misión (1625-1642).

Ya es tiempo de que fijemos nuestras miradas sobre aquella casa de San Lázaro, que Dios había puesto en el centro de París como un «foco de vida y de luz, y como el manantial más fecundo en toda clase de obras de caridad en el siglo XVII».

Allí, en los viejos claustros de una antigua leprosería, regia y episcopal a la vez, comenzaba a tomar cuerpo una de las concepciones más arriesgadas y más originales de San Vicente de Paúl: la Congregación de la Misión.

Consistía su originalidad en ser la primera y única Congregación de sacerdotes entregados completa y exclusivamente al servicio de los pobres. La idea de esta obra fué la primera que echó raíces en la mente de San Vicente de Paúl.

El pensamiento era soberbio, digno del corazón de San Vicente de Paúl; mas ¡cuán difícil de realizar! Reunir sacerdotes, y sacerdotes eminentes, porque nadie sin cierta elevación de sentimientos se hace religioso, y aplicarles únicamente a la educación del pueblo inculto de las aldeas, cerrarles todas las puertas de los grandes colegios y Universidades, para evitar que, haciéndose a los placeres de la discusión apologética y científica, se disgustasen de la enseñanza de las clases pobres; prohibirles la misma predicación en las catedrales e iglesias de las grandes poblaciones; intentar todo esto era una locura, a menos de poseer el arte de inspirar a estos sacerdotes o religiosos una caridad, una modestia y una humildad tales, que sobrepujasen toda medida. San Vicente de Paúl creyó posible el hecho, ensayó llevarle a la práctica y lo consiguió.

Mas cuanto esta misión tenía de sublime, otro tanto tenía de contraria a las inclinaciones de la Naturaleza, dando, por lo mismo, motivo para temer que sus afiliados la abandonasen rápidamente si desde un principio no ponían por base de todas sus acciones la humildad más profunda. Parsuadido de esto el Santo, no cesaba de repetirles que ellos no eran más que unos infelices e ignorantes, indignos de semejante vocación e incapaces de todo; que su abatida Compañía era la última, la más humilde y la más miserable de todas, así por el número, como por la calidad de los sujetos que la formaban. Treinta años pasó San Vicente inculcando estos sentimientos en el corazón de sus hijos, y afirmando su Compañía sobre bases tan firmes y duraderas. Entregada ésta al servicio de los pobres y oculta en los repliegues de la más escondida y sincera humildad, alcanzó lento desarrollo.

Verdad es que la conducta que seguía el Santo con los postulantes no era, al parecer, la más a

propósito para hacer adeptos. Era necesaria una gracia muy especial de Dios para perseverar en llamar a las puertas de la naciente Congregación. Cuando Renato Almerás, superior general que fué más tarde de la Congregación, manifestó a San Vicente deseos de entrar en San Lázaro, el Santo no quiso oírle.

—¡Oh, señor—le decía—, no nos conocéis al pretender formar parte de nuestra Compañía! ¿Qué creéis que somos nosotros? Unas pobres gentes sin educación ni trato social, mal acomodadas y prontas a partir dondequiera que la obediencia nos mande.

Pintóle luego la pobreza de su modo de vivir, de sus vestidos, de su cama, etc., etc., recargando de tal manera las tintas del cuadro, que llegó a comparar sus habitaciones con los establos, asegurándole que si hubiera visto de cerca las privaciones de su vida y lo abatido y humilde de sus ministerios, eso sólo habría bastado para hacerle desistir de sus pretensiones. El señor Almerás llegó a persuadirse de que la casa de San Lázaro sería una especie de hospital, lleno por todas partes de miserias. Confirmóse, no obstante, en sus propósitos, porque, según él decía, un alma que deja al mundo y corre a vestirse el hábito de una religión o la sotana del sacerdote, no debe amar, ni buscar, ni desear otra cosa que la pobreza, la humillación y el sufrimiento. Así que aquello mismo que San Vicente le objetaba para hacerle odiosa su Congregación, fué precisamente lo que más le estimuló a formar parte de ella.

Jamás perdía ocasión nuestro Santo de inculcar en el corazón de sus hijos este humilde menosprecio de sí mismo y de todo cuanto el mundo estima.

Al mismo tiempo que San Vicente se ocupaba en precisar el verdadero fin de su Compañía y en mantenerla inflexible dentro de los cauces de ese

mismo fin, trabajaba también por asegurarla los medios de llegar a conseguirle. Con este objeto estableció de una manera incondicional el principio de que sus misioneros jamás predicarían en las ciudades, sino únicamente en el campo.

Esta misma particularidad de que su predicación se dirigiese únicamente al pobre pueblo, le dictó la segunda regla: «que sus Misiones fuesen completamente gratuitas. No se exigirá nada a los párrocos de las aldeas. Fuera del alojamiento y del mobiliario de precisión, todos los demás gastos correrán a cargo de los propios misioneros». No tardaron mucho en dejarse ver en las altas montañas de Saboya, llevando cobre un mulo el lecho mismo en que habían de descansar, y en una carreta sus sencillas privisiones, albergándose todo el tiempo de la Misión en una granja o en un granero, y entusiasmando con su vida de pobreza, de piedad y de abnegación a aquellos sencillos habitantes, poco habituados a semejantes espectáculos. Por corto que fuese el número de los misioneros, jamás quería el Santo que partiesen menos de dos o tres a la Misión, pues creía que para conmover y entusiasmar hondamente a un pueblo y para asegurar la fecundidad de las funciones evangélicas no bastaba un hombre solo, por eminente que fuese. Por esta razón, les aconsejaba también que permaneciesen uno o dos y aun tres meses en un mismo lugar.

Al mismo tiempo que San Vicente inducía a sus Hijos a no ejercer las funciones de su ministerio más que entre los pobres, procuraba también iniciarles en el modo de hablar al pueblo y en el arte difícil y delicado de hacerse con un lenguaje sencillo, claro, práctico, popular y siempre noble, instructivo y humilde, al alcance de todas las inteligencias y capaz de llegar al fondo de todos los corazones.

A este fin trazó, desde el principio, un método

de predicación popular, a que dió el nombre de *Humilde método,* y que fué después en la predicación sinónimo de método apostólico y evangélico. Permitasenos que nos detengamos a examinarle, pues fué, sin ningún género de duda, la grande alma de la Compañía en sus primeros ensayos y la nueva palanca con que movió los pueblos.

—Este método—dice San Vicente—nos lleva a hablar natural y espontáneamente y a ser sencillos y familiares en nuestros discursos, de suerte que el más ignorante de nuestro auditorio nos pueda comprender con facilidad, sin que para ello necesitemos servirnos de términos bajos ni corrompidos, sino de un lenguaje común, sencillo y correcto, que, al mismo tiempo que busca el bien y la comodidad de los oyentes, ilumina sus inteligencias, aviva sus corazones, persuade el amor a la virtud y produce los efectos más saludables dondequiera que es bien empleado.

»Ni creáis, señores míos—continuaba el Santo—, que este método sirva solamente para el bajo pueblo, para la gente ruda, para los aldeanos; es, sí, provechoso, y muy provechoso, para esta clase de gentes, mas no por eso deja de producir excelentes efectos en los auditorios ilustrados, en las ciudades, en París mismo. No veo, pues, nada que en adelante nos pueda retraer y apartar de nuestro método.»

De esta suerte, con su vasta inteligencia y con su profundo buen sentido, iba San Vicente de Paúl estigmatizando la falsa elocuencia, reduciendo a polvo las vanas objeciones de los predicadores mundanos y preparando el triunfo de la grave y soberana elocuencia cristiana, de que tan inimitables ejemplos nos había de dejar Bossuet: elocuencia sencilla, natural, persuasiva y puesta al alcance de todas las inteligencias.

Por muy poderosa que fuese la predicación ajustada al método popular de San Vicente, no

era bastante para asegurar por sí sola y de un modo completo el éxito de una Misión entre las pobres gentes del campo. Por indicación de cierta persona, descubrió el Santo un punto débil en la organización de sus Misiones.

«Todo el mundo está de acuerdo—escribía—en que el fruto que se hace en la Misión es debido a la explicación del Catecismo. Reconociéndolo así, cierta persona de distinción añadió en mi presencia y en la de un buen amigo que los misioneros se esmeraban por predicar bien, pero que no sabían enseñar el Catecismo. En nombre de Dios, señor, avisad de esto a vuestra Comunidad.»

Las medidas que sobre el particular tomó San Vicente llenaron bien pronto el indicado portillo. Abriéronse clases catequísticas en San Lázaro para los seminaristas, y no volvió a darse ninguna Misión sin añadir a los sermones y a las pláticas las explicaciones, así elementales como superiores, del Catecismo.

Los misioneros juntaban a los niños de la parroquia, los instruían cuidadosamente, y antes de terminar la Misión les hacían hacer públicamente y todos juntos la primera Comunión. Una procesión solemne, en que los niños iban vestidos de blanco y «transformados en ángeles», coronaba la fiesta. No careció de pruebas ni triunfó sin dificultad tan feliz innovación. Provocó tanta contrariedad en unos como entusiasmo en otros, y sólo a la firmeza y a la cordura de San Vicente de Paúl debió Francia tan provechoso y útil ejercicio.

La Misión acababa de ordinario con el establecimiento solemne de la Asoción de la Caridad entre los hombres y entre las mujeres. San Vicente no quería que se dejasen de establecer ni aun en las más insignificantes parroquias, creyendo que la aplicación de los hombres y de las mujeres cristianas al servicio de los pobres era el

medio más eficaz de asegurar y mantener los frutos de la Misión.

Con frecuencia, a la Misión sucedía el establecimiento de una casa de Misiones, así para asegurar el fruto que los misioneros hubiesen logrado con sus predicaciones, como para retenerles en medio de las poblaciones evangelizadas, ofreciendo a este efecto los señores, unos una propiedad y otros una renta determinada.

Sería entretenido seguir en las cartas de San Vicente de Paúl el origen y formación de cada una de estas casas, los desvelos del Santo en proporcionarles una base sólida desde el punto de vista material, y los cuidados que se tomaba por asegurarles un porvenir desahogado y modesto, confirmado por contratas serias y ventajosas, en que no se desdeñaba bajar hasta los más insignificantes pormenores, como el buen estado de las tapias o embellecimiento de los jardines.

En medio de todo, San Vicente de Paúl seguía preocupándose por que su Congregación fuese aprobada del Sumo Pontífice. Ya había conseguido, por medio del señor de Gondi, la aprobación del Estado.

El modo con que la nueva asociación se había constituído tenía en suspenso a Roma. San Vicente había rechazado los votos solemnes, de que hasta entonces ninguna congregación religiosa de hombres había prescindido; habíase contentado con los votos simples perpetuos de pobreza, castidad, obediencia y perseverancia en la Congregación, de los que únicamente podrían dispensar el Sumo Pontífice y el superior general. En sentir de los mejores teólogos, estas prescripciones eran insuficientes para dar carácter de religiosos a los individuos que se sujetasen únicamente a ellas.

San Vicente se oponía también expresamente a que sus discípulos fuesen religiosos. En consecuencia, ordenó que adoptarían el título de Se-

ñor y no el de Padre; que llevarían el traje, es decir, la sotana, de los sacerdotes seculares, bien que más pobres y más modestos; que no estarían obligados al canto del Oficio divino ni a ninguna de las penitencias acostumbradas en las Ordenes religiosas, y que no tendrían otros ayunos que los prescritos por la Iglesia a todos los fieles. En compensación, les exigía un despego, el más absoluto, del mundo, una humildad particular, una mortificación a toda prueba y un espíritu tal de fidelidad a la regla, que les permitiese consagrarse por entero al servicio de los pobres.

Por fin, Alejandro VII avocó la causa a su tribunal, la hizo examinar por una comisión de cardenales y extendió el Breve de aprobación en 22 de septiembre de 1655.

Segura del porvenir de su obra por la estabilidad que ambas aprobaciones. real y pontificia, le daban, se animó el Santo a dar mayor desarrollo a su Congregación, estableciendo un plantel o escuela de formación para aquellos que en lo sucesivo aspirasen a entrar en ella. No quiso daria el nombre de Noviciado, término monástico y claustral, sino el de Seminario, al que apellidó interno para distinguirle de los Seminarios diocesanos que los mismos sacerdotes de la Misión dirigen.

No todos los sujetos admitidos en el Seminario interno aspiraban al sacerdocio: algunos de ellos, llamados Hermanos coadjutores, permanecían legos y se ocupaban de los trabajos manuales en las diversos casas de la Congregación. Pero todos, clérigos y coadjuaores, seguían los mismos ejercicios de piedad y hacían los mismos votos.

El señor de La Selle, tercer discípulo de San Vicente, fué el encargado de formar a los nuevos seminaristas, para lo que el Santo le dió las instrucciones admirables que hasta nuestros días son la regla de conducta de los sacerdotes de la Misión.

Reducíanse aquéllas a tres puntos, en que no se sabe qué admirar más, si la abnegación y desinterés, o el puro deseo de la gloria de Dios en aquella alma:

1.º No traer jamás a nadie a la Congregación.

2.º Mucho menos debían retener a aquellos que mostrasen deseos de ir a servir a Dios en cualquiera otra Comunidad.

3.º Ni era esto bastante para el desinteresado corazón de Vicente. Si el aspirante se hallaba resuelto a dejar el mundo e indeciso sobre la Comunidad a que debía dirigirse, le indicaba la más fervorosa y observante.

Como no podía menos de suceder, semejantes respuestas atraían las almas nobles y fervorosas, en vez de alejarlas. El Seminario interno fué bien pronto incapaz de contener tantos jóvenes. Orilladas así todas las dificultades, aprobada su Congregación y organizado el Seminario interno, creyó San Vicente de Paúl que su presencia era ya innecesaria en el puesto de superior general que ocupaba. ¿Qué utilidad podía traer él a la Congregación? Resolvió, pues, presentar su dimisión. A este fin, y sin revelar a nadie sus propósitos, convocó una Asamblea general de todos los miembros de la Congregación para el 13 de octubre de 1642.

Se resistía la Asamblea a admitir la renuncia del Santo; pero como éste permaneciese inflexible, resolvió aquélla proceder a la elección de superior, resultando, como era natural, elegido San Vicente.

—¡Al menos, Señores y Hermanos míos—exclamó el Santo con lágrimas en los ojos—, rogad por este miserable! Es el acto más grande de obediencia que yo puedo hacer en favor de la Compañía.

CAPITULO IV

SAN VICENTE DE PAÚL ENFRENTE DE LA MISERIA

Extraordinario desarrollo de la miseria durante las guerras de Lorena y Alemania (1635-1642).

Francia había llegado en la época de Enrique IV a uno de los momentos más críticos de su historia. El protestantismo acababa de romper en Europa aquella gran unidad religiosa a la que la Iglesia no había llegado sino después de muchos siglos. Sucesivamente fué restando de ella los Estados de Inglaterra, de Suecia, de Dinamarca, de Holanda y de una parte del Imperio alemán. El genio de Carlos V había logrado reunir alrededor de España y de Austria los restos católicos de esta gran unidad: la Hungría, la Bohemia, los Países Bajos, la Baviera, Nápoles y Milán. La Europa se hallaba dividida en dos grupos: el de las naciones protestantes y el de las naciones católicas, y entre ambas, la Francia desenvolviéndose trabajosamente y buscando orientaciones a su porvenir. ¿Qué hacer para recuperar su pasada grandeza? Dos planes se presentaban desde luego a su vista: el plan de los santos y el plan de los políticos. Unirse al Austria y demás pueblos católicos, mermando de esta suerte el poderío y la influencia de los Estados protestantes y ayudando al Catolicismo a que poco a poco fuese ganando terreno y reconstituyendo la deshecha unidad cristiana del Continente: he aquí el primer plan, el plan del cardenal Berulle, de San Vicente de Paúl, del señor Olier y del bienaventurado Pedro Fourrier.

El segundo plan era diametralmente opuesto. Abatir a todo trance la casa de Austria, aislarla poco a poco de los otros Estados católicos con

el fin de debilitarla; apoyarse para ello en las naciones protestantes; engrandecer a éstas, concediéndoles existencia legal y brindándoles con toda suerte de privilegios, a condición de que pusiesen sus armas al servicio de Francia y de que trabajasen por cimentar la hegemonía de esta nación sobre las ruinas del poderío de la casa de Austria: he aquí el ideal de Enrique IV, de Richelieu, de Mazarino y Luis XIV; ideal que, convertido en lisonjera realidad, hizo de Francia la primera nación del mundo.

A la vista están los pésimos resultados de semejante plan. Al paso que las naciones católicas no han logrado levantarse todavía de su postración, las protestantes han ido en progresivo aumento y desarrollo, y Francia misma ve hoy amenazada su supremacía por aquellos a quienes ella, imprudentemente y con miras egoístas y quisquillosas, había dado la mano para que se levantasen y se pusiesen en condiciones de crecer y de prosperar.

Enrique IV murió sin haber tenido tiempo para hacer otra cosa en favor de su maquiavélico plan que urdir los primeros hilos.

Comenzó Richelieu la obra con dos golpes maestros. Divisó sobre el trono protestante de Suecia a Gustavo Adolfo, joven emprendedor y valiente, y le eligió como avanzada contra el flanco derecho del Imperio (1629). Tendió la vista por la otra parte, y fijándose en Carlos IV, duque de Lorena, trató de hacer de él una segunda avanzada por el lado izquierdo. Mas estaba muy lejos Carlos IV de poseer el genio y la audacia de Gustavo Adolfo. Intimidóse, trató de permanecer neutral, y, viendo que no sacaba nada de Richelieu, acabó por aliarse, ocultamente primero y después públicamente, con el Austria. Era lo único que esperaba Richelieu para lanzarse sobre él como el buitre sobre la presa (1633). Incapaz el lorenés de hacer frente a tan terrible ene-

migo, llamó en su apoyo al Austria, originándose de aquí aquella guerra que iba a cubrir de ruinas las ciudades de Francia y a empapar en sangre sus campos.

La guerra, tal como se hacía en el siglo XVII, no tiene ningún parecido con la de nuestros tiempos. En vez de ejércitos regulares mantenidos y bien equipados, había bandas guerreras abandonadas a su propia suerte, y que, por lo mismo, debían vivir del territorio enemigo. La gran ley, la única ley estratégica de la época, era la de aterrar y tomar por hambre el país. No había cuartel para los hombres capaces de tomar las armas; se ultrajaba a las mujeres, se asolaban los campos, se talaban los árboles frutales; en una palabra, procuraba hacerse un desierto de las tierras que atrás se dejaban, a fin de hacer imposible la vida al enemigo. Si ésta era la conducta de los ejércitos franceses en su propio país, calcúlese cómo se portarían los alemanes, los croatas, los bohemios y los húngaros.

Invadida simultáneamente la Francia por tres puntos, hace esfuerzos heroicos, y a los ejércitos enemigos opone otros ejércitos, admirables en el campo de batalla, pero sin disciplina militar, desequipados, faltos de sueldo y con orden de incendiar molinos y graneros y de arrasarlo todo a fin de obligar al enemigo a retirarse. En tan desesperadas circunstancias, ¿qué suerte había de caber a los pueblos? Ni los más alejados del teatro de la guerra se libraban de la destrucción y del pillaje. Juntábanse infantes y jinetes en bandas de mil quinientos hombres, con los oficiales a la cabeza, los tambores por delante y los cañones a retaguardia, y de este modo se dirigían al merodeo. Segaban las mieses para vender el trigo, saqueaban los vecindarios, y si las víctimas hacían llegar sus quejas a los generales, éstos se contentaban con responderlas que, «desprovisto el ejército de paga, no tenía otro remedio que

proveer a sus necesidades del modo que pudiese».

Con semejante modo de hacer la guerra, por necesidad tenía que hacerse sentir el hambre. Declaróse, efectivamente, en la Lorena, en 1631, llegando en 1635 a ser general en todas partes. En 1637 llegó a tal extremo, que los animales muertos eran tenidos y recogidos como viandas exquisitas. En ciudades antes populosas sólo quedaban al presente unos cuantos individuos, y éstos tan lívidos y desfigurados, que más bien parecían esqueletos ambulantes.

Ni era el hambre, con serlo tanto, el espectáculo más horrible que seguía las huellas de los ejércitos beligerantes. Superábala aún la peste. Importada del Extremo Oriente por las facinerosas bandas bohemias, húngaras y croatas, echaba raíces dondequiera que ellas fijaban sus cuarteles, desarrollándose de un modo prodigioso al contacto de los miles de cadáveres insepultos, de los enfermos muertos de hambre y de los centenares de caballos desvencijados y en estado de putrefacción que se abandonaban en los caminos y en las plazas públicas.

Lo que más insoportable hacía el mal era la falta de alivio y de socorro. Porque ¿de dónde, en efecto, podían llegar? ¿Del rey? ¿Del Gobierno? Cierto que Luis XIII y Ana de Austria prodigaron a manos llenas sus intereses particulares; mas el cobro deficiente de los impuestos y las necesidades del erario, obligado a sostener tan crecidos ejércitos, no les permitían acudir en remedio de tantas lástimas. Al contrario, aunque indirectamente, tenían que agravarlas, acudiendo a los extremos más excepcionales para la recaudación de los impuestos.

Si el Gobierno, adeudado y falto de recursos, no podía poner remedio a tamaños males, ¿podría hacerlo el clero? Menos aún. Nadie había sufrido tanto como él en los trastornos de la

guerra. Sus fondos estaban representados por bienes raíces, y las tierras, holladas por los pies de los caballos, nada habían podido producir en veinte años consecutivos. De los diezmos no había que hablar. Las bandas que habían penetrado en la Lorena, la Borgoña, la Picardía y la Champaña eran, en su mayor parte, luteranas, con lo que huelga decir cómo se habrían con las iglesias.

En Picardía, teatro de las compañías luteranas del barón de Erlach, no hubo templo que se librara del pillaje, de la demolición o del incendio, hasta el punto de no hallarse un monumento antiguo en toda la parte noroeste de la diócesis de Laón. Para estos bárbaros ningún divertimiento superaba al de exponer los sacerdotes desnudos a las burlas y risotadas de la multitud, o al de martirizarles en las iglesias y al pie de los altares.

No fueron más considerados que los sacerdotes los religiosos. Para aquella soldadesca brutal, para aquellos fanáticos protestantes, era una gloria quemar los monasterios, saquear los conventos, arcabucear los monjes y ultrajar las religiosas.

Volúmenes enteros serían menester para describir el cúmulo de lacerías y de ruinas que por treinta años se fueron sucediendo en las provincias más hermosas de Francia. La despoblación no cejó un instante desde 1635. Aquello era una desolación general.

Primeros esfuerzos de San Vicente de Paúl por atajar la miseria (1642-1648).

Hermoso espectáculo era ya de por sí ver un pobre sacerdote oculto en uno de los arrabales de París, y entrado ya en los sesenta y seis años, conmoverse «hasta derramar lágrimas» por los

males de unas provincias tan apartadas de la capital como Lorena. Borgoña y Champaña. ¿Quién se preocupaba de ellas en París? ¿Quién en la corte y entre el clero? Aun los más santos personajes parece como que, abstraídos en sus quehaceres y ministerios, ni siquiera volvían sus ojos a esta parte del horizonte. San Vicente de Paúl, en cambio, no apartaba de ella los suyos, arrasados de lágrimas. Ni se contentó el siervo de Dios con lamentar las miserias que sus ojos descubrían; hizo más aún: trató de aliviarlas con todas sus fuerzas, logrando ver coronados sus afanes con un éxito maravilloso.

Su ingeniosa caridad fué más rica y más inagotable en recursos que las mismas arcas del Estado. Así lo entendieron, como tendremos ocasión de verlo, todas las provincias, levantándose unas en pos de otras para darle las gracias y aclamarle por Padre de la patria y por su particular bienhechor y salvador.

Lo que por de pronto se necesitaba era dinero. Felizmente, el Santo tenía bien repleta su bolsa, la bolsa de las Damas de la Caridad, y de acuerdo con ellas comenzó a prodigar socorros.

Uno de los hijos de San Vicente de Paúl, monseñor Francisco Hébert, elevado a la sede de Anger, trató de hacer un cálculo de las limosnas enviadas por nuestro Santo a las provincias devastadas por la guerra, sacando en conclusión la enorme suma de doce millones de libras, unos cuarenta y ocho millones de nuestra actual moneda. San Vicente, que, como de ordinario, en nada de todo esto veía su mano, sino únicamente el celo y la caridad de los que le rodeaban, no sabía disimular su gozo y admiración.

Cuando la caja de fondos de la Caridad estaba vacía, como en los años de 1635 y 1643, acudía resueltamente a las grandes damas de la corte, a la reina regente y a la de Polonia.

Mas hay alguien que tiene más dinero que la

reina; ese alguien es todo el mundo. Nuestro Santo tuvo una idea sublime de puro arriesgada: crear la prensa en beneficio de la caridad. Toma, en efecto, las cartas conmovedoras y llenas de lastimosos detalles que de todos los puntos de la guerra le envian sus misioneros, y las publica en folletitos de cuatro páginas en 4.º, que hace distribuir a las puertas de las iglesias. No tardó mucho en hacerse periódica la publicación. Cada mes salía un número, y tal interés despertaban y con tal avidez eran leídos, que bien pronto fué necesario reimprimir los primeros. «Ha bendecido Dios tan copiosamente nuestro trabajo—escribía San Vicente—, que la mayor parte de los que han leído u oído leer estas relaciones se han movido a contribuir con su óbolo al alivio de sus hermanos. Fueron también enviadas por las provincias, y ha habido necesidad de dar de nuevo a la prensa las primeras hojas para satisfacer los deseos de algunos, muy interesados en seguir el orden y desarrollo de esta obra, una de las más considerables de nuestros días.»

Para asegurar más eficazmente el socorro de tantos infelices y desgraciados, se abrió un departamento, bautizado con el nombre de *Almacén de la Caridad*, en que se recogían cuantos donativos quería hacer en favor de la obra la generosidad pública.

Al mismo tiempo, San Vicente se dirigió al arzobispo de París, rogándole que por medio de una Pastoral tratase de excitar la compasión de los fieles. Las palabras del arzobispo resonaron, efectivamente, en todas las iglesias de París, haciendo derramar copiosas lágrimas. La misma demanda hizo a otros prelados conocidos suyos. Ni paró hasta tomar él mismo la pluma y dar a la prensa, no obstante el poco gusto que sentía por semejantes ocupaciones, unos extractos de la Escritura y de los Santos Padres, en favor de la

limosna, seguidos de una *Instrucción para el alivio de los pobres.*

Mas no basta almacenar víveres y recoger dinero: es menester acudir con ellos en ayuda de los necesitados; es preciso repartirlos discreta y prudentemente, y, en ocasiones, a costa de heroicos sacrificios. Esta fué la comisión que por modo tan admirable habían de desempeñar los sacerdotes de la Congregación y las Hijas de la Caridad.

Las cartas que recibía el Santo abundaban en pormenores horrorosos; pero ninguna fué bastante a hacerle desfallecer. Aprovechando las lecciones que la experiencia de los primeros trabajos iba dando a los Misioneros e Hijas de la Caridad, creó una nueva estrategia, la estrategia de la beneficencia puesta al servicio de la necesidad.

Cuatro eran los puntos principales que abarcaba:

1.º Acudir en ayuda de los que mueren y desfallecen de hambre. A este fin estableció el Santo la obra de potajes económicos, redactando por sí mismo la fórmula para su preparación.

Las repartidoras de estos potajes económicos, a que tantos miles de personas debieran la vida, eran las Hijas de la Caridad. No puede leerse sin lágrimas el relato de estas distribuciones.

2.º Mas ¿a qué cuidar de los enfermos si no se comienza por enterrar a los muertos, por limpiar los caminos, los pueblos y las ciudades de cadáveres, que, fermentando y descomponiéndose al aire libre, corrompen la atmósfera? Espantosa faena, en que más de un Misionero y de una Hija de la Caridad pusieron en peligro sus vidas. Formóse una compañía de hombres, llamados los *acrificadores* (*aéreus*), en razón de que purificaban el aire, y, precedidos de los Misioneros, comenzaron a poner manos a la obra. Cerca de dos meses iban pasados desde que en Rethel quedaron tendidos en el suelo de 1.500 a 2.000 cadá-

veres, sin que en todo este tiempo hubiesen hallado otra sepultura que los vientres de los perros y de los lobos.

El hedor que aquellos restos informes, repodridos y desdeñados por las mismas fieras, exhalaban, era inaguantable y emponzoñador. No por eso retrocedió en la empresa de darles sepultura el señor Deschamps, digno hijo de San Vicente de Paúl; y, secundado por una providencial helada, hizo enterrar todos aquellos cadáveres. En Etampes hubo que hacer lo propio.

Cinco Misioneros y cinco Hijas de la Caridad perecieron en la demanda «con las armas en la mano», según decía San Vicente.

Cierto día, congregando San Vicente a las Damas de la Caridad—¡horrible detalle!—, les mandó comprar picos y azadones con que abrir las huesas y enterrar los cadáveres, que era una de las cosas que más ansiedades proporcionaba a los Misioneros, quienes, con frecuencia, tenían que escarbar o hacer escarbar la tierra con las manos para dar sepultura a los muertos. Parecidos afanes les costaba el llevarlos al cementerio, por carecer muchas veces hasta de unas escaleras de mano en que ponerles.

3.º Al mismo tiempo que velaba San Vicente por la limpieza de las calles y por la desinfección de las casas, se ocupaba en proporcionar a los labradores los medios de sembrar sus campos. A este fin, hizo el Santo acopiar grandes provisiones de trigo, de cebada, de habas y de guisantes para repartirlos, como lo hizo, entre las poblaciones necesitadas.

4.º Por mucho que las miserias y necesidades corporales preocupasen a San Vicente de Paúl y a sus discípulos los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad, preocupábanles mucho más aún los intereses del alma, el culto religioso interrumpido, las iglesias devastadas, los moribundos sin sacramentos y expuestas la ju-

ventud y la niñez a toda clase de peligros. ¡Horrible espectáculo el de las guerras de la época! Nada había santo para ellas.

La noble dama y la señorita se vieron infamemente ultrajadas, lo mismo que la lugareña y la zagala.

Acabada la guerra, veíanse salir de los bosques y otros escondrijos a las mujeres y jóvenes, que habían corrido a buscar en ellos una salvaguardia de su honor. La mayor parte aparecían descalzas, ensangrentadas y medio desnudas. Cada una de estas nuevas era para Vicente un cuchillo que desgarraba su corazón. Multiplicó su correspondencia, dando órdenes para que se enviasen a París cuantas en sus casas corrieran algún peligro. Hízose, en efecto, cargo de muchas, colocándolas en familias de buena posición como doncellas, cocineras, niñeras y criadas de labor. La misma conducta se siguió con los huérfanos. Innumerables eran éstos.

Una parte de ellos fué traída a París. Encargóse la señora Le Gras de las niñas, y se arregló a los varones como se pudo, tratándolos a todos con aquella solicitud y ternura que sólo la caridad sabe inspirar.

Increíble parece, pero ni aun los servidores de los pobres, los abnegados sacerdotes de la Misión y las admirables Hijas de la Caridad estaban seguros entre tanto y tan espantoso desorden. Lo menos que podía acaecerles era el ser detenidos y rescatados. Despojábanles del dinero que llevaban para los pobres, y les amenazaban con la misma muerte si daban muestras de denunciarles por semejante violencia.

Advertida la reina regente de lo que pasaba, por San Vicente de Paúl, resolvió tomar bajo su protección especial a aquellos heroicos y abnegados corazones que a tantos peligros se exponían por el alivio de sus prójimos y de la nación misma; y el 14 de febrero de 1651 extendió una real

orden, que es, a la vez, muestra clara de la impotencia a que las autoridades civiles y judiciales se hallaban reducidas, y testimonio elocuente de la fuerza e imperio de la caridad.

Por dicha real orden se da a Vicente un carácter público y oficial. No es ya un simple particular que halla en su virtud el maravilloso resorte de mover y arrastrar en pos de sí todo un mundo de acción y de sacrificio; es, además, el «gran limosnero de la Francia», en cuyas manos abdica voluntariamente la Corona lo que hoy constituye su mayor título de gloria: el privilegio de hacer el bien. La caridad ha hecho del humilde campesino de las Landas la única fuerza activa del reino en decadencia, y nunca como en esta ocasión fué tan bien merecido el título de Padre de la patria con que el gobernador de San Quintín honró a San Vicente.

La Fronda.—Aumenta la miseria.—San Vicente trabaja por la paz (1648-1652).

Aunque a costa de lágrimas y de sangre, Mazarino había comenzado a realizar el plan ideado por Enrique IV y perseguido por Richelieu: romper el cerco de hierro en que la casa de Austria había encerrado a Francia, y dar a ésta sobre el Rin las fronteras que necesitaba para su independencia y soberanía.

Verdad es que el convenio había resultado no poco caro. Por él se reconocía la independencia y la soberanía política de los Estados protestantes y se daba a la herejía aquel carácter de existencia social que desde tanto tiempo antes venía procurando, y que oficialmente rompía la unidad católica europea. Mas en aquellos momentos Francia no tenía ojos para ver otra cosa que la realización de sus ensueños, y esto bastaba a consolarla.

Si Mazarino no hubiese perseguido otros planes que el redondear las fronteras de Francia y hacer a esta nación grande y poderosa, quizá lo hubiera logrado. Mas no perdía de vista otro proyecto que también había recibido en legado de Richelieu. Era éste el de acabar con los últimos restos del feudalismo, debilitar a los grandes, los nobles, los Parlamentos y nivelarlo todo, a ser posible, en obsequio de la autoridad real.

Fueron creciendo los murmullos y hubo hasta amagos de revueltas, que el Parlamento, agriado por la incesante creación de nuevos cargos, alentó, patrocinándolos torpemente; y a cuya cabeza se pusieron, demostrando una falta completa de tacto político, los grandes señores y aun los príncipes mismos de la sangre, menos por celo de los verdaderos intereses de la nación, que por conservar sus propios intereses mal entendidos. A esta serie de estériles levantamientos y de agitaciones continuas es a lo que se ha llamado la Fronda, lucha que de 1648 a 1652 hizo suceder los horrores de la guerra civil a los de la guerra exterior.

Fíjase el origen de la Fronda en agosto de 1648. Llegada a noticia de la plebe la prisión de algunos presidentes y consejeros del Parlamento, se alzó en armas, y a las pocas horas habían levantado mil doscientas barricadas en las calles de París, al grito de «¡Abajo Mazarino!» Asustada la reina, llamó inmediatamente en su ayuda al vencedor de Rocroy y de Lens, a Condé, primer príncipe de la sangre. Este acudió a poner su espada al servicio de Ana de Austria. Fortalecida ésta con semejante socorro, salió de París con su hijo, se retiró a Saint-Germain-en Laye y dió órdenes a Condé para que, a la cabeza de ocho mil hombres, pusiese, como lo hizo, estrecho cerco a París (6 de enero de 1649). Vicente de Paúl quedó aterrado al saber la nueva del bloqueo.

Después de haber orado y reflexionado mucho

sobre el particular, tomó un partido arriesgado y peligroso, pero muy digno de su corazón.

Dejó a París el 14 de enero de 1649, por la noche, y después de grandes dificultades y peligros llegó a San Germán.

Fué recibido al punto por la reina, a quien, hondamente conmovido, expuso la horrible situación de París.

La reina le prometió templar cuanto pudiese los rigores del sitio, dejando entrar libremente pan en la ciudad, y para lo demás le remitió a Mazarino. Pasó, pues, inmediatamente el Santo, de las habitaciones de la Reina a las del ministro, y le habló largamente con humildad, pero con firmeza. En los transportes de su celo llegó hasta decirle:

—Monseñor, ceded al tiempo y echaos a la mar para calmar la tormenta.

—Eso se llama hablar claro—contestó suavemente Mazarino—, y os aseguro que de nadie hasta ahora he oído semejante lenguaje. No obstante, Padre mío, yo me iré si el señor Le Tellier es de vuestra opinión.

El hábil y astuto cardenal sabía bien que a Le Tellier, hechura completa suya, no le daría tan fuerte, y, en efecto, las cosas no pasaron más adelante. Era la vez primera que a los ojos del ministro se presentaba la perspectiva de la huída y del destierro. Por lo mismo, la herida fué profunda, y se dice que jamás se la perdonó a nuestro Santo.

Mientras San Vicente de Paúl exponía, como hemos visto, su persona al desagrado e indiferencia de la corte, vino a ser, al mismo tiempo, blanco de los furores y calumnias de la Fronda. A pesar de sus precauciones, su viaje había sido interpretado torcidamente. Suponíasele en inteligencias y amaños con la reina y con Mazarino, y el furor de la plebe contra estos dos personajes no reconocía límites.

Así que no se oía en París otra cosa que gritos de odio contra Mazarino, menosprecios y burlas de Ana de Austria e imprecaciones contra Vicente de Paúl. De las amenazas pasaron bien pronto a los hechos. El 18 de enero, cinco días después de la salida de San Vicente para San Germán, invadieron ochocientos soldados la casa de San Lázaro, entraron a saco los graneros, redujeron a cenizas la leña del corral y por todas partes hicieron lamentables destrozos.

En semejantes circunstancias no creyó oportuno el Santo su vuelta a París. No habría sido escuchado, y su vida hubiera corrido peligro. Resolvió, pues, aprovechar este tiempo para hacer la visita de sus casas de Misioneros e Hijas de la Caridad.

Constreñido por el hambre, París abrió sus puertas. Ultimáronse las condiciones de la paz en Ruel el 11 de marzo, fueron registradas por el Parlamento el 11 de abril, y el 18 de agosto hicieron su solemne entrada en la capital la reina y su hijo, llevando a uno y otro lado a Condé y a Mazarino. A poco, sin embargo, renació el descontento, y como pareciese que Condé se inclinaba del lado de la Fronda, Mazarino lo hizo arrestar y encerrar, así como a su hermano el príncipe de Conti. Esto desató una tempestad, y al fin el cardenal se vió obligado a huir del país. Pasado algún tiempo, vuelve a Francia, levanta un cuerpo de ejército, logra unirlo con el ejército real y pone al frente de los dos a Turena. Condé manda las tropas de la Fronda. Ejecutan los dos jefes una serie de operaciones; pero, al fin, Condé penetra en París, y esta ciudad conoce los horrores de la guerra, del hambre y de la peste. Entonces conoce mejor aún que antes el grande espíritu de San Vicente.

He aquí la enumeración que hace el Santo de los socorros proporcionados a los pobres de París en tan angustiosas circunstancias: «Diaria-

mente—escribía en 21 de junio de 1652—distribúyense potajes a mil quinientos o mil seiscientos pobres, así refugiados como vergonzantes; ochocientas o novecientas jóvenes han sido puestas al abrigo de la miseria y del libertinaje, y, por último, hemos abierto nuestra casa a los pobres párrocos, vicarios y demás sacerdotes del campo, que han tenido que abandonar sus iglesias para refugiarse en la ciudad. He aquí cómo el Señor ha tenido a bien hacernos participantes de tantas buenas obras.»

Habían llegado los acontecimientos a ese último extremo en que todo socorro humano es insignificante: menester es que intervenga Dios; y para conseguirlo y para aplacar su divina justicia, no sólo se imponía San Vicente a sí mismo ásperas mortificaciones y penitencias, sino que exhortaba a hacer lo propio a los sacerdotes de su Congregación y a las Hijas de la Caridad y a todas aquellas personas que estaban bajo su dirección. Que se hiciese la paz, que se reconciliasen los partidos, que volviesen el rey y la reina a su corte. Conseguido esto, los demás males serían fáciles de remediar. Esto le trajo a la mente la idea de escribir al Papa. Quizá era el único que podía intervenir eficazmente en el arreglo de la paz. Le escribió, en efecto, con fecha 16 de agosto de 1652.

En tanto, el deseo de la paz se había hecho universal. Hábilmente aconsejada por Mazarino, la reina publicó una amnistía general, comprendiendo, sin distinciones ni reservas, a todos cuantos hubiesen tomado parte en los acontecimientos de los últimos años. No fué menester más. Nutridas diputaciones acudieron de todas partes a Compiégne, donde estaba la corte, para aprovecharse del decreto. «El joven Luis XIV recibía todas estas diputaciones con aquel aire que le era ya natural y con aquella majestad que tanto hechizo prestaba a sus palabras.» Todos volvían

encantados, abogando como nunca por la terminación de aquella odiosa mascarada y por la vuelta del rey a París.

Sólo una dificultad quedaba en pie. ¿Compartiría Mazarino la entrada triunfal de los reyes en la corte? Así lo quería el cardenal, y, al parecer, con mucha razón, pues nadie como él había trabajado por conseguirlo. A su vez, éstos eran los deseos de Ana de Austria y de Luis XIV. Mas ¿no sería de temer que su presencia despertase los odios, no reprimidos aún completamente, del populacho, y turbase con gritos de cólera semejante acto? Así lo creía San Vicente. A su juicio, si alguna torpeza política había en el mundo, era la presencia de Mazarino en la vuelta triunfal de los reyes. Es probable que nuestro Santo se lo hubiera manifestado así a la reina, sin conseguir nada. Lo cierto es que, contando con aquella penetración de Mazarino, que fué siempre el primero en reconocer, se apresuró a escribirle directamente. La carta es interesante, y nos revela todo un lado del alma de San Vicente.

De conformidad con los deseos del Santo, el joven rey y su madre Ana de Austria entraron solemnemente en París el 21 de octubre, en medio de las jubilosas aclamaciones del pueblo, sin la compañía de Mazarino, que se había retirado a Bouillon, esperando por tres largos meses a que los espíritus se calmasen.

Esfuerzos de San Vicente para reparar los desastres de la guerra y de la Fronda.—Hermoso movimiento religioso de esta época (1652-1660).

El espectáculo que al entrar en París se presentó a los ojos de San Vicente era desconsolador en extremo y capaz de desalentar a otra alma menos humilde que la suya. Muchas de sus obras habían caído por tierra y se habían convertido en

ruinas. Las miserias que él a tanta costa había tratado de aliviar, se habían multiplicado extraordinariamente, disminuyendo en proporción los recursos.

San Vicente de Paúl había organizado, como sabemos, para luchar contra estos males sus grandes obras de caridad; mas el rigor de los tiempos había recrudecido los males, mientras debilitaba las obras.

La de los sacerdotes de la Misión y la de las Hijas de la Caridad eran las que menos daño habían recibido en la lucha.

Los sacerdotes de la Misión, diseminados en regiones devastadas por la guerra, la peste y el hambre, habían perdido, sí, hombres eminentes; mas, en cambio, habían reclutado una legión de jóvenes sacerdotes, devorados, como los Apóstoles, por el celo de la salvación de las almas, y exaltados, como los mártires, por la perspectiva del martirio. Con tan valiosos elementos pudieron fundar en medio de las turbaciones políticas de la época, once nuevas casas, y lo que valía más, siete nuevos Seminarios. Como tan amplios horizontes no bastaban a contener la actividad de los nuevos obreros evangélicos, franquearon los límites de Francia para renovar en países infieles o sectarios las maravillas y prodigios de los primeros siglos de la Iglesia.

Las Hijas de la Caridad no sólo habían crecido en número, sino en virtud. Su caridad para con los pobres había venido a convertirse en una especie de pasión.

Varias, en fin, habían muerto en medio de los apestados.

Semejantes pérdidas, lejos de ser la tempestad que desgaja el árbol de las religiones, son la lluvia benéfica que las nutre y que alimenta en ellas la savia del entusiasmo, su verdadera vida. Esto es lo que aconteció en las Hijas de la Cari-

dad. Las más sublimes vocaciones de sus primeros tiempos datan de esta época.

Lo que por entonces amagaba con más próxima e inminente ruina, y necesitaba, por tanto, de más pronto remedio, era la Obra de los Niños Expositos.

Muchas de las damas de la Junta se habían retirado de París; otras estaban arruinadas por los impuestos y exacciones de la guerra. La mayor parte no se recelaban de decir públicamente que era preciso abandonar la obra, pues que después de tantos desastres nadie era capaz de sostenerla. San Vicente de Paúl resistió cuanto pudo, animando a las desalentadas, pero no surtiendo estas conversaciones particulares el efecto que de ellas esperaba el Santo, hizo convocar una Asamblea general para deliberar sobre el asunto, cuidando de advertir, bajo cuerda, a las más influyentes, como las señoras de Aiguillon y de Traversay, que no faltasen a la junta para sostener su palabra y arrastrar con su ejemplo a la asamblea. Las asociadas acudieron, efectivamente, y en gran número, a la cita, mas sin ocultar sus prevenciones y recelos. San Vicente, que de antemano se lo temía y que daba suma importancia a la cuestión que traía entre manos, se había preparado seriamente y con esmero. Pronunció un admirable discurso.

La Asamblea votó en seguida, por unanimidad, la continuación de la Obra.

Mas ¿de que sirven, por desgracia, estos nobles arranques de entusiasmo, cuando faltan los medios de llevarlo a la práctica? Seis meses después, por efecto de las mismas difíciles circunstancias, cayó la obra en una nueva crisis. San Vicente, que por su larga experiencia conocía perfectamente que los grandes sacrificios no se repiten a todas horas, resolvió trabajar sin descanso por conseguir dos cosas, sin las cuales juzgaba imposible la Obra de los Niños Expósitos: casa

propia y renta asegurada. Ambas cosas obtuvo después de inauditos esfuerzos, y así vino a quedar terminado algunos años después de la muerte del Santo, es verdad, pero conforme a sus planes y siguiendo sus indicaciones, aquel vasto establecimiento de los Niños Expósitos que sirvió de base y modelo a los de Lyon, Marsella, Tolón y otros, y que es, por lo arriesgado de su concepción, por la delicadeza de sus estatutos y por la sublimidad de su fines, una de las más bellas creaciones de San Vicente de Paúl.

Ocupado en dar la última mano a esta obra, no por eso perdía de vista otra en que hacía mucho tiempo venía pensando y consideraba de no menor importancia: la obra de las escuelas gratuitas para niños pobres. En realidad, no puede decirse que San Vicente fuese su fundador, pues hacía ya quince siglos que la Iglesia venía ocupándose incesantemente del asunto. Por medio de los obispos y de los Concilios, las había multiplicado indefinidamente en los atrios de sus catedrales y de sus monasterios. Por desgracia, estas escuelas, obra de los siglos medios, habían perecido en su mayor parte durante las enconadas luchas de la Liga, la guerra de treinta años y los disturbios de la Fronda. Urgía, pues, cubrir tamaña necesidad. Felizmente, las Hijas de la Caridad estaban prestas para ello. Ya desde un principio había señalado el Santo la educación de los niños del pueblo como uno de los dos principales fines del Instituto, obligando a todas las Hijas de la Caridad a saber leer y escribir para hallarse en condiciones de desempeñar un puesto en la escuela.

En 1641 abrió algunos humildes centros de enseñanza, hizo arreglar un breve catecismo en preguntas y respuestas, y mandó componer elementales tratados de instrucción popular. Todo estaba, pues, pronto; y con sus Hijas primero, y después con piadosas damas, que pusieron a su

disposición, no sólo sus bienes de fortuna, sino su concurso personal, comenzó el Santo a cubrir la Francia de esta clase de escuelas gratuitas.

Mas si urgía recoger y salvar estas pobres niñas que erraban por las calles sin instrucción ni educación moral de ninguna clase, y expuestas a mil peligros, ¡cuánto más necesario era recoger a aquellas cuyo honor y virtud habían naufragado en el agitado y revuelto mar del mundo! San Vicente, que se esforzó cuanto pudo por preservarlas durante la guerra, no dejó piedra por mover para disponerlas más tarde al arrepentimiento. No contento con dar empuje por medio de su palabra, de sus consejos y aun de sus pobres recursos, a las casas de arrepentidas que a la fecha se multiplicaban en París, concibió la idea de un vasto Asilo de jóvenes arrepentidas. Comenzó, según costumbre, por conferir el asunto con personas piadosas, procurando después hacerse con casa y rentas para la obra, pues en el Santo jamás iban reñidas la acción y la prudencia. La muerte le sorprendió en esta arriesgada empresa, llevada más tarde a feliz término por las Hijas de la Caridad.

Ni eran sólo estas fundaciones del hospital para los niños expósitos, de las escuelas para niños pobres y de los asilos para jóvenes arrepentidas, las que llamaban la atención de San Vicente de Paúl; innumerables otras le asediaban por todos lados. Un rico habitante de París fué a verle en cierta ocasión y le entregó, bajo secreto, la cantidad de 100.000 francos para que la emplease en la obra de caridad que mejor le pareciere. Hasta le dejó en libertad de disponer de ellos en favor de las casas de su Congregación. Desentendióse el Santo de esta última idea, que no se avenía con su desinterés, y le indicó una llaga social en que hasta entonces nadie había reparado. Era ésta la angustiosa situación de muchos pobres jornaleros, quienes

después de una vida laboriosa y llena de afanes, se encontraban a la vejez, cuando ya no podían trabajar, sin un pedazo de pan que llevar a la boca. ¿No sería bueno emplear dicha suma en levantar un asilo para estos pobres ancianos, que podrían, al fin, hallar en él, sin separarse el esposo de la esposa, un lugar tranquilo y seguro donde pasar sus últimos días? Entusiasmado con tan hermoso ideal, y vivamente conmovido por el desinterés del Santo, aprobó el caballero la proposición, añadiendo 30.000 francos a los 100.000 de su primitiva oferta, y dando de este modo origen al Hospital del *Nombre de Jesús*, que todavía subsiste para consuelo de las familias pobres y necesitadas.

Y al lado de estas grandes fundaciones hechas directamente por San Vicente de Paúl, ¿cuántas otras no se desarrollaron bajo su influencia? ¿A cuántas almas no comunicó aquel fuego sagrado de la compasión que abrasaba su pecho?

Al frente de estas almas generosas es preciso poner a la ardiente e incansable duquesa de Aiguillón. Después de ella, su joven y santa amiga la señora de Miramion, que fundó dos célebres casas, la Piedad y Santa Pelagia; la primera, con el fin de atraer al buen camino las mujeres perdidas que el Estado había hecho recluir, y la segunda, para que sirviera de asilo a las que trataran de abandonar su mala y vergonzosa vida, logrando poner de superior de una y otra a San Vicente de Paúl. La señora Pollalion, grande amiga de la señora Le Gras y penitente de nuestro Santo, abre también por entonces, bajo el título de Seminario de la Providencia, una casa de mujeres arrepentidas, de que hace director al propio San Vicente. De su alrededor, y bajo el soplo de su influencia, salen también las fundadoras de la *Unión Chrétienne*, establecimiento conocido más comúnmente por el nombre de la Propagación de la Fe o de las Nuevas

Católicas, por estar destinado a recibir los protestantes que deseaban convertirse. Fenelón prestó un día a esta naciente obra el apoyo de su brillante palabra. Parecidas huellas siguen un enjambre de almas generosas. La señorita Estang abre un asilo de niñas huérfanas; la señorita Blosset funda las Hijas de Santa Genoveva; María Saucier dispone sus innumerables maestras de escuelas gratuitas. Nacidas también por entonces las Hijas de la Cruz, y amagadas con la horrorosa tormenta que la calumnia se había complacido en levantar a su lado para ahogarlas en la cuna, recurrieron en busca de apoyo a San Vicente, hallándole tan cumplido y eficaz, que merced a las gestiones del Santo pudieron arrostrar incólumes la persecución y proseguir desembarazadamente las obras de su Instituto. Así es como el Santo había venido a ser el centro, el inspirador, el sostén y el alma de todas las obras de la caridad cristiana.

Ni fué solamente de este modo directo y personal como influyó el Santo en este movimiento religioso y benéfico que por todas partes se dejaba sentir.

Un discípulo de San Vicente, monseñor Enrique de Maupas de Tour, fundó en Puy las Hermanas de San José.

En Nancy aparece también en 1652 la Congregación de las Hermanas de San Carlos. Juana Biscot, hija de un rico comerciante de Arras, funda en esta ciudad las Hermanas de Santa Inés, que son un vivo destello de la Hija de la Caridad. Y en el mismo orden debemos colocar las Hermanas de San Mauricio en Chartres, las de la Fe en Agen, las de San Alejo en Limoges, las de la Misericordia en Dieppe, Aix, París y otros puntos, y las Hijas de la Infancia en Tolosa.

A estas Congregaciones de votos temporales y sin clausura, entregadas por su profesión a toda

clase de obras de misericordia, es menester añadir las que exclusivamente se dedican al servicio de los hospitales, y que no descienden en línea menos recta de San Vicente de Paúl. Así, por ejemplo, la Congregación de las Hospitalarias en la Fleche, iniciada por las doncellas de honor de la princesa de Condé, y desarrollada por la noble y ejemplar señorita Melun Así también las Hospitalarias de Angulema, extendidas en gran parte del Mediodía de Francia.

De esta época datan también los grandes hospitales de Angers, de Nantes y de Rouen, confiados en su mayor parte a las Hijas de la Caridad. Francia entera se cubre de establecimientos de beneficencia, hospitales, asilos y orfanatorios.

Y como no hay caridad activa y duradera sin un renacimiento de la fe y de la piedad, París se cubre por todas partes de nuevas iglesias y se ve en la precisión de agrandar las antiguas para contener las multitudes que a porfía se agrupan a la puerta del templo.

Ni era posible soñar en las construcciones de aquella época, de tan difícil y costosa realización, si el número de los buenos obispos y de los santos sacerdotes no hubiera aumentado. Así era, gracias a Dios, y después de Él, debido en gran parte a San Vicente de Paúl.

Hablaremos ahora del Hospital General. París rebosaba de pobres, verdaderos o fingidos; calculábanse en cuarenta mil los que, cubiertos de andrajos o roídos por asquerosas llagas, recorrían de día la ciudad con la espada al cinto, acogiéndose por la noche al Patio de los Milacles, inmundas y amenazadoras guaridas a que la policía no osaba acercarse. El fin del Hospital General era recoger en sus inmensas salas todos los pobres inválidos o enfermos que en la capital hubiese, dando ocasión a la justicia para usar del necesario rigor con aquellos otros que se ha-

llasen en disposición de ganarse la vida trabajando.

Parece que la primera a quien ocurrió la idea de este grandioso proyecto fué la duquesa de Aiguillon. Comunicóla con la señora de Lamoignon y con otras dos o tres amigas, y de común acuerdo resolvieron poner manos a la obra. Mas ¿cómo empezar? Consultados por las caritativas damas muchos de los miembros del Parlamento, opinaron que ni siquiera se debía pensar en ello. La duquesa de Aiguillon no se desalentó, sin embargo; fué a verse con Luisa de Marillac, y por consejo de ésta resolvió conferir el caso con San Vicente de Paúl, quien pidió ocho días de tregua para conocer sobre el particular la voluntad de Dios y pesar ante Él las responsabilidades de la obra. Al fin de los ocho días fué a ver a la señora de Aiguillon y le manifestó que estaba presto a secundar sus planes. Corrió al punto a Ana de Austria, obteniendo de ella los vastos departamentos de la Salpêtrière, y la propia duquesa de Aiguillon dió, para comenzar las reparaciones del edificio, 50.000 francos. Luego comenzaron las ofertas.

No hubo dama, ni príncipe, ni magistrado en París que dejase de aportar su contingente, con lo que al poco tiempo, y como por encanto, se vió levantada «aquella nueva ciudad», según hermosa expresión de Bossuet; «aquella obra maestra, según decía Flèchier, la más grande y maravillosa que jamás había llevado a cabo la caridad cristiana».

CAPITULO V

SAN VICENTE DE PAÚL DA LA ÚLTIMA MANO A SUS DOS OBRAS PRINCIPALES: LOS SACERDOTES DE LA MISIÓN Y LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Los Sacerdotes y Hermanos de la Misión se extienden por todo el mundo.—Sus trabajos en Berbería (1652).

De todos los países en que San Vicente deseaba establecer las Misiones, el que más le llamaba era el de la Berbería, sometido a la bárbara coyunda del turco. En Argel arrastraban la cadena más de veinte mil cautivos; en Túnez, de cinco a seis mil.

Apenas había día en que no arribasen a los puertos de Argel y Túnez galeras turcas llevando doscientos, trescientos, cuatrocientos y quinientos cautivos apresados en el mar: nobles, caballeros, sacerdotes, jóvenes pertenecientes a las más ilustres familias, etc., etc. Desnudos completamente, hombres y mujeres eran expuestos en los mercados públicos a la puja del mejor postor, quien, dueño de su mercancía y con derecho de vida y muerte sobre ella, la llevaba a sus posesiones, donde la pobre víctima era objeto de los más abominables tratamientos.

¡Y Francia soportaba todo sin estremecerse y lo toleraba a sus puertas!

No faltaban cónsules franceses en Argel, Túnez y Trípoli. Mas separados de su nación por un mar que era difícil atravesar impunemente, quedaban reducidos a la impotencia. En virtud de los tratados hechos entre el rey de Francia y el sultán, podían los cónsules tener consigo un sacerdote, al menos, en calidad de capellán; mas no atreviéndose aquéllos a poner en práctica

esta disposición por miedo a los turcos, era grande la falta que de sacerdotes se echaba de menos en Africa. Miles de esclavos tenían que estar, en consecuencia, privados de todo auxilio espiritual, y casi por entero abandonados. San Vicente de Paúl resolvió hacer un esfuerzo para poner fin a tantos males. Púsose en relación con los cónsules de Argel y de Túnez, venció sus temores y acabó por hacerles aceptar, a título de capellanes, dos o tres individuos de los más eminentes de su Congregación, número que fué aumentando sucesivamente, hasta colocar uno o dos en cada mazmorra. Mas como estos sacerdotes no tenían la suficiente autoridad y libertad para acudir en ayuda de los pobres esclavos, tuvo una osada inspiración. Hizo comprar por la duquesa de Aiguillon los susodichos consulados, cargos que, según costumbre de la época, eran vendidos por el Gobierno; cedíalos en un principio a piadosos seglares, y, por fin, los confió a los sacerdotes mismos de la Misión, invistiendo a éstos como cónsules, y con el fin de facilitarles los medios de socorrer a los cristianos, de todos los poderes y prerrogativas anejos a este cargo.

Era éste un proyecto tan atrevido, que Roma hubo de oponer algunas dificultades. «Vicente respondió que en el presente caso no se trataba ni de intereses ni de política, sino únicamente del servicio de Dios y de los cristianos, a cuya seguridad sólo se podía proveer poniendo los consulados en manos de sacerdotes; que el asunto en cuestión era una obra de caridad y no de interés, de abnegación y no de rendimiento, hasta el punto de servir de no pequeña carga a la Compañía.

Como la Propaganda no se diera por satisfecha, escribió nuevamente San Vicente de Paúl.

Y la Propaganda debió de rendirse a sus razones, pues San Vicente, que tan sumiso era a todas las órdenes de Roma, no sólo prosiguió su

obra de los consulados, sino que le dió más anchas bases.

Exquisito, por lo demás, era el cuidado con que San Vicente de Paúl elegía a aquellos que, ya con el título de cónsules, ya en calidad de simples misioneros, enviaba a las costas de Argel, pues sabía los peligros que en ellas les aguardaban. Casi todos, en efecto, murieron mártires; unos en un contagio, otros bajo el bastón y malos tratamientos de los turcos, quiénes en una hoguera y quiénes atados a la boca de un cañón. Fué el primero en salir para Túnez el señor Guerin, a quien nuestro Santo dió por compañero un hermano digno de él, Francisco Francillon. El señor Guerin había seguido la carrera de las armas antes de ser sacerdote. Su intrepidez y serenidad en medio de los apestados de la Lorena y de la Champaña había sido admirable. Honda fué la alegría que experimentó al saber su misión.

Poco después fué a reunirse y a ayudar al señor Guerin, Juan Le Vacher.

Este fué el héroe de las misiones africanas. Su celo y caridad con los cautivos; su firmeza en frente del bey; las múltiples cuanto inmerecidas vejaciones e insultos que en el cumplimiento de sus funciones tuvo que sufrir; lo fecundo de su consulado; lo prolongado de su vejez, que le permitió sobrevivir a San Vicente de Paúl; lo glorioso de su muerte, sufrida a la boca de un cañón; todo esto hizo de él el tipo más acabado del misionero en las costas africanas.

Mientras se ocupaba San Vicente en proveer con tanto cuidado a las necesidades de Túnez, enviaba también misioneros a Argel.

No sólo por medio de sus Hijos, sino personalmente también, procuraba San Vicente aliviar cuanto podía la desgraciada suerte de los esclavos. Por una atención de exquisita delicadeza, su habitación había llegado a ser la oficina de

Correos del Africa: a ella venían a parar las cartas de los esclavos para sus familias, quienes, a su vez, no tenían otro medio más expedito de comunicarse con ellos que por medio del Santo.

Ni eran solamente cartas lo que él recibía para los infelices cautivos, sino también dinero. Asombra ver hasta qué punto se ocupa del particular en sus cartas.

Las preocupaciones de nuestro Santo por la situación material de los cautivos no eran, sin embargo, nada con relación a las inquietudes que el peligro de sus almas le hacía experimentar. Conocía perfectamente cuán expuestos estaban al olvido de Dios, a la desesperación y a la apostasía. En 1649 había en Argel cerca de diez mil apóstatas, mil ochocientos en Túnez y de quinientos a seiscientos en Salé y Trípoli. Todo, no obstante, quedó transformado al aparecer en las mazmorras los Hijos de San Vicente de Paúl. La fe renacía en los unos, el arrepentimiento en los otros. Hubo esclavos que abjuraron de su apostasía en circunstancias heroicas y con peligro de su misma vida. Obtúvose a precio de oro el permiso para establecer en cada mazmorra una capillita con su Santísimo Sacramento, alumbrado día y noche por una lámpara, y aunque con grandes escaseces y privaciones, se celebraba en ella el oficio divino todos los días de fiesta, acudiendo los fieles a él con una piedad y devoción dignas de los primeros tiempos de la Iglesia.

Ni era sólo la piedad lo que florecía en aquellos calabozos, sino el más ardiente entusiasmo por confesar la fe, aun a costa del martirio. Admirables son los ejemplos que de ello nos quedan, y que sentimos no transcribir aquí por falta de espacio.

La nueva de cada uno de ellos era un día de gloria para San Vicente. Tanta fe, tanta heroica firmeza, le enardecían y enajenaban. Ni podía

dejar de traducir su alegría en cartas admirables. Daba gracias con verdadera efusión a sus misioneros.

Ni era solamente dinero lo que costaba esta gran empresa de la redención y alivio de los esclavos berberiscos, sino también no poca sangre. Apenas había día en que San Vicente no tuviera aviso de algún nuevo sufrimiento o del martirio de alguno de los suyos. «Nos va el ser quemados vivos—escribía el señor Novelli—si somos sorprendidos ejerciendo algún acto religioso en casa de un turco.» «No se puede echar el pie fuera de casa con los hábitos eclesiásticos sin ser seguido de una banda de turcos que os escupen al rostro y os dan de bofetadas.»

El señor Guerin tuvo que andar oculto por espacio de un mes, recelando a cada instante que algún esbirro viniese a prenderle para quemarle vivo, a lo que el celoso apóstol ya se había dispuesto. En una palabra: el misionero que ponía los pies en aquel país no respiraba sino bajo el amago del látigo, del bastón, de la horca, del fuego o de otros suplicios, cada cual más horrible y espantoso. Los que no morían por efecto del cansancio o de los malos tratamientos, eran arrebatados por la peste.

Mas al fin la peste se ceñía a un período más o menos largo de tiempo; lo que jamás menguaba ni cedía eran las vejaciones y burlas. Ni bastaba el título de cónsul para poner a cubierto de ellas al que le llevaba: con frecuencia era causa de todo lo contrario. Defendidos por el mar y sus poderosas flotas, los beyes de Argel y de Túnez hacían apurar a aquéllos el cáliz de todas las amarguras, y no perdonaban medio ninguno para obligarles a abandonar aquellas costas. No habiendo conseguido el de Túnez con sus amenazas hacer marchar al señor Le Vacher, le hizo atar a la boca de un cañón, y «de su seno ho-

inicida, como ha dicho monseñor Dupuch, fué lanzada su alma a los cielos.»

Y estos a quienes de este modo se trataba eran los cónsules, los representantes de Francia y de Luis XIV. Nuestro Santo se llenaba de indignación. Se le aconsejó abandonara una obra que tantas espinas y tan pocos frutos producía, y para la que en vano había recurrido a Mazarino y a Luis XIV.

Pero no solamente se negó a desamparar a los cautivos, sino que, viendo que no podía contar para nada con el Estado, concibió el arriesgado proyecto de levantar por sí mismo una flota y de castigar por las armas a aquellos que por modo tan indigno jugaban con la vida de los cristianos y con el honor de una nación católica. Entabló al efecto negociaciones con un marino intrépido, conocido bajo el nombre del caballero Paúl, que, nacido en una barca e incorporado a los siete años, por sorpresa y sin anuencia del capitán, a la tripulación de un buque, pasó rápidamente de grumete a marinero, de marinero a soldado, de soldado a capitán, y a fuerza de increíbles hazañas, de capitán a jefe de escuadra, y de jefe de escuadra a lugarteniente general y vicealmirante del Mediterráneo. Ninguna empresa más conforme al genio aventurero y soñador del caballero Paúl que la que meditaba Vicente. Comenzó éste al punto a recoger los fondos necesarios para la expedición, y al fin de orillar toda clase de obstáculos, obtuvo del cardenal-ministro y de Luis XIV, por medio de la duquesa de Aiguillon, que fuese considerada, no como una empresa particular, sino como cosa del Estado. Consérvanse una porción de cartas de San Vicente de Paúl encaminadas a avivar la fe del caballero Paúl y a disponer la expedición.

Todo estaba ya casi preparado, cuando murió San Vicente de Paúl. La expedición falló por entonces; pero la idea se conservó viva en la

conciencia del pueblo francés. Fomentada por la duquesa de Aiguillon, de quien pasó al duque de Beaufort, comandante de la Armada, y recogida con nuevos bríos por Tourville, comenzó a tomar cuerpo con el almirante Duquesne, quien lanzó un millar de bombas sobre Argel, obligando a capitular a los turcos y despertando en todos los cautivos del Occidente un verdadero entusiasmo.

Con todo, fué menester esperar ciento cincuenta años para ver realizado, por un nieto de Luis XIV, el pensamiento de San Vicente de Paúl. Lacordaire, hablando del bienaventurado Pedro Fourrier, dijo: «Por fin—¡sea Dios bendito!—, un simple párroco de aldea ha demostrado tener el alma de un cónsul romano.» Digamos con más razón: Ha habido un pobre viejo de ochenta y cinco años que abrigaba el alma de un rey.

San Vicente de Paúl envía misioneros a Irlanda, Escocia, Polonia y Madagascar.

Al mismo tiempo que a Berbería, para consolar a los cautivos, enviaba también San Vicente de Paúl sus misioneros a Inglaterra, Escocia e Irlanda, para ir en ayuda de los católicos oprimidos y vejados por el odio protestante. No obedecía solamente en esto a las inspiraciones de su alma, naturalmente caritativa, sino también a las instancias del Sumo Pontífice, Inocencio X.

Por esta época recibió San Vicente un mensaje de la princesa Luisa María de Gonzaga, llamada poco antes a ocupar el trono de Polonia, en que le pedía algunos misioneros para hacer una fundación en su corte.

Nuestro Santo, que amaba tiernamente a la joven reina, escogió para poner al frente de esta misión a su mismo asistente, el señor Lamberto,

hombre de gran virtud. Llegó a Polonia, con otros compañeros, en plena peste.

También envió el Santo a Polonia, poco después, tres Hijas de la Caridad.

Repuestas, después de algunos días, del cansancio del viaje, les dijo la reina:

—Ea, Hermanas mías, ya es hora de que empecemos a trabajar. Una de las tres, la Hermana Margarita, se quedará conmigo, y las otras dos irán a Cracovia a servir a los pobres.

—¡Ah, señora! ¿Qué es lo que decís?—exclamó la aludida—. Nosotras no somos más que tres para servir a los pobres, y Vuestra Majestad tiene en el reino otras tantas personas que os pueden servir mucho mejor que nosotras. Dejad, señora, que aquí, como en todas partes, nos dediquemos a las funciones para que Dios nos ha llamado.

Insistió la reina, mas esta vez la Hija de la Caridad no respondió más que con lágrimas; lo que viendo aquélla, la dijo:

—¿De modo, Hermana mía, que rehusáis quedaros a mi servicio?

—Dispensadme, señora, pero es que nosotras nos hemos dedicado a Dios para servirle en los pobres.

Hondamente conmovida, la reina dejó que partiesen las tres en ayuda de los apestados.

Al azote de la peste se añadía, en tanto, otro mucho más horrible, el de la guerra. ¡Y qué guerra! Por un lado, los moscovitas, con sus inmensos batallones de cosacos; por otro, la Suecia protestante, con sus aguerridas huestes.

Muerto a poco el señor Lamberto, San Vicente, para reemplazarle, puso los ojos en otro sacerdote de gran virtud, el señor Ozenne, a quien hizo partir inmediatamente para su destino. No podía haber arribado a Polonia en circunstancias más críticas. El protestantismo, que de hecho reinaba ya en Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Ho-

landa, y que contaba con el favor político de Mazarino, como antes había contado con el de Richelieu, estaba a punto de apoderarse de Polonia, y, derrotado este baluarte del Catolicismo, de dominar sobre toda la Europa.

Por las cartas que diariamente llegaban al Santo, sabía éste los peligros a que sus misioneros, sus hijos, los Ozenne, los Desdames y los Dupervoy, estaban expuestos. Los unos eran sorprendidos y despojados de todo por las tropas enemigas, teniendo que huir medio desnudos para no caer prisioneros; los otros languidecían llenos de dolor y de cansancio entre los apestados y enfermos. Conmovíase el Santo con la lectura de tan sublimes ejemplos de abnegación y de caridad, y serviase de ellos para llevar hasta el heroísmo la virtud de sus demás Hijos de San Lázaro.

Alentados y sostenidos por semejante hombre, nada pudo arrancar a los sacerdotes de la misión del seno de Polonia. Arraigándose, por el contrario, en ella más y más cada día, cubrieron el país de una red de seminarios, misiones, parroquias y hospitales, con que han ayudado no poco a aquellos infelices pueblos a beber el cáliz de hieles que, más que otro ninguno, han tenido que apurar por mantener su nacionalidad y su fe.

La entrada de los sacerdotes de la misión en Italia no reconoció semejantes dificultades: cosa muy natural, tratándose de un país eminentemente católico.

Así es que no tardaron mucho en establecerse en Roma, Turín, Génova, Viterbo y Palestrina, dando en todas partes misiones con un éxito extraordinario, organizando entre el clero las conferencias de los martes y los retiros espirituales, y dirigiendo, por orden del Sumo Pontífice, los Ejercicios de los ordenados.

A una indicación del Sumo Pontífice, le faltó tiempo para enviar sus sacerdotes a Madagas-

car, isla entonces habitada únicamente por cuatrocientos o quinientos mil salvajes, casi desnudos y horriblemente degradados, y tan malsana, que solía llamársela el cementerio de Europa.

Con la toma de posesión de Madagascar, San Vicente de Paúl había puesto su Compañía en camino para ambas Américas, para la India, para la China y para el Japón. Clavado en el sillón y abatido por los años, no perdía de vista aquellas inmensas regiones, adonde le impulsaba su espíritu emprendedor y su corazón generoso, y adonde hubiera querido llevar a sus discípulos. No sólo se ocupó en disponer misiones para el Asia, Persia, Babilonia y el Brasil, sino que hasta quiso penetrar en la China.

Casi todas estas misiones han llegado, en efecto, a realizarse; mas San Vicente de Paúl no las ha visto sino desde lo alto de los cielos.

Expansión de las Hijas de la Caridad.—San Vicente de Paúl les da las reglas (1655).

La propagación de las Hijas de la Caridad no había sido tan rápida como la de los Sacerdotes de la Misión. Si se exceptúa Polonia, aún no habían traspasado las fronteras de Francia. Aquí mismo apenas si contaban unas cincuenta casas; mas el interés con que en todas partes se las pedía, daba bien a entender que había llegado la hora del desarrollo y de la expansión.

Fundadas en 1633 para ayudar a las damas de la Junta en la visita a domicilio que hacían a los pobres, comenzaron a salir de la oscuridad de esta posición secundaria en virtud de su misma humildad, de su abnegación y de su modestia. Sin que ellas lo intentasen, y aun sin darse cuenta de ello, las damas fueron haciéndose atrás y quedando en segundo término. De esta suerte penetraron en los hospitales.

Al mismo tiempo, y siempre por la fuerza misma de las cosas, los niños expósitos fueron quedando también a cargo de las Hijas de la Caridad.

Así cada año les salía al encuentro una nueva obra. Después de los niños expósitos, las escuelas. Las inauguraron en 1641, y desde entonces han seguido sosteniéndolas con un tesón digno de tan buena causa.

Jamás podrá olvidarse otro servicio que las Hijas de San Vicente comenzaban a hacer a la sociedad y a las almas, servicio excepcional y el más hermoso de todos: el de asistir a los heridos en el campo de batalla. En las últimas guerras había habido ocasión de contemplarlas de cerca en el cumplimiento de su ministerio, y se las había juzgado insustituíbles.

De todas partes eran pedidas las Hijas de la Caridad. Bien pronto no bastaron los límites de Francia ni aun los de Europa a contener su celo.

—Vuestro nombre—les decía San Vicente—se extiende a todas partes como por encanto: ha llegado hasta Madagascar, donde os estiman ya y os desean.

Y, fijos los ojos en el porvenir y mostrando a sus Hijas los puntos más distantes del globo, les decía:

—Tiempo vendrá en que el Señor os hará un puesto en el Africa y en las Indias.

Aún no tenían, sin embargo, reglas escritas; San Vicente de Paúl se iba haciendo viejo; ya tenía setenta y nueve años, y todo el mundo temblaba a la sola idea de que muriese sin haber definitivamente constituído su Compañía de Hijas de la Caridad.

Mas si San Vicente no se daba prisa en redactar las constituciones de las Hijas de la Caridad, tampoco las echaba en olvido. Poco a poco iba determinando las líneas generales y aun los pormenores más característicos de la Asociación. Ya

había fijado y hecho practicar a su vista no pocos puntos esenciales. Mas quedaban aún muchos y muy delicados, dos sobre todo, por resolver y aclarar. El primero consistía en saber a quién se había de confiar definitivamente el gobierno de las Hijas de la Caridad. ¿Sería el superior general de los Sacerdotes de la Misión y sucesor inmediato de San Vicente, cosa, al parecer, muy obvia, ya que ambas comunidades eran ramas de un mismo tronco y de un mismo espíritu? ¿Sería, por el contrario, un superior especial, nombrado por el arzobispo de París, como sucedía con las religiosas del Carmen, con las de la Visitación y con muchas otras Ordenes religiosas? Por humildad, por espíritu de rendida obediencia al Episcopado, San Vicente se inclinaba a este último partido; pero la señora Le Gras estuvo durante cinco años exponiendo al Santo poderosas razones en favor del otro procedimiento, y por último se las presentó en una detallada Memoria, que lo convenció, al fin, de que el Superior general de sus Hijas no debía ser otro que el de los Sacerdotes de la Misión.

Resuelta esta primera dificultad con un acierto que los siglos se han encargado de demostrar, faltaba resolver la segunda. Bajo el gobierno de los Superiores generales de la Misión, la Congregación debía tener a su frente una Superiora que desde París dirigiese las casas de las Hijas de la Caridad extendidas por todo el mundo.

Mas esta Superiora, ¿entre quiénes debía ser elegida? ¿Entre las Hijas de la Caridad, o entre las Damas?

Después de pesar las razones que de uno y otro lado se presentaban, San Vicente de Paúl decidió que la Superiora general fuese una de las Hijas de la Caridad.

Añadid a estas dos ordenanzas las que de mucho antes, por espacio de diez años, se venían

practicando en toda la Congregación; juntad todas estas disposiciones, y ahí tenéis la regla.

No faltaba más que ordenarlas y ponerlas en escrito, y esto es lo que hizo San Vicente de Paúl en 1655, de setenta y nueve años de edad, en la madurez de su discreción y de su experiencia y en la plenitud de su humildad y de su santidad.

Terminada la redacción de las reglas, San Vicente de Paúl quiso dar a sus Hijas el consuelo de oír la lectura de las mismas en una solemne junta que para el efecto convocó, y que se reunió el 30 de mayo de 1655.

Hecho esto, parece que la misión de San Vicente de Paúl para con las Hijas de la Caridad estaba terminada.

Mas ¿cómo abandonar a sus queridas Hijas? Ni sus ochenta años, que ya estaban para caer, ni la muchedumbre de sus quehaceres, ni una correspondencia a todas luces abrumadora, ni la debilidad de las piernas, que ya se negaban a sostenerle, podían ser bastante para impedirle el visitarlas.

A la manera del artista, que jamás se cansa en pulir y perfeccionar su obra hasta trasladar a ella la ideal y suprema hermosura de su concepción, el Santo no dejaba transcurrir un miércoles sin explicar a sus amadas Hijas las reglas que les había dado.

La explicación que de estas reglas hizo el Santo, analizándolas una por una y hasta en sus menores detalles, comprende treinta y cuatro conferencias, únicas que han llegado hasta nosotros entre las doscientas que en los últimos años de su vida dirigió a sus Hijas. En ellas no hace más que recordarles lo que en otras ocasiones les había dicho, pero siempre con acento más vivo y penetrante.

Al modo que San Juan sólo sabía decir en su vejez estas palabras: «Amaos los unos a los otros», San Vicente de Paúl, a los ochenta y cin-

co años, sólo sabía decir estas otras: «Amad a los pobres; ellos son nuestros amos.»

Estas palabras de San Vicente dieron sus frutos. Contra lo que suele suceder, San Vicente de Paúl realizó en este mundo su ideal, y le realizó por completo. No hay pueblo en la tierra que no haya visto a las Hijas de la Caridad, y nadie ha dejado de reconocer en ellas, aun a simple vista, a las verdaderas Hijas de San Vicente de Paúl. A dos mil ha llegado el número de sus fundaciones ¿A qué tierras del orbe no han llegado sus blancas tocas?

San Vicente de Paúl da las reglas a los Sacerdotes de la Misión (1658).

Al propio tiempo que San Vicente de Paúl daba las reglas a las Hijas de la Caridad, gestionaba en Roma, sin ninguna apariencia de éxito, la aprobación de las Constituciones de los Sacerdotes de la Misión. Una grave dificultad se presentaba: el carácter que el Santo quería dar a su Congregación, reñido con todos los antecedentes que sobre el particular nos había conservado la tradición canónica. Oponíase a todo trance a que sus sacerdotes fuesen religiosos. En un principio hasta había vacilado en sujetarlos con votos. Avínose, por fin, a que los hiciesen, pero simples, no solemnes, insistiendo en que de ningún modo se constituyesen en Orden religiosa. Los Misioneros no tomarían el título de *Padre*, sino que conservarían el de *Señor*, unido al apellido. Podrían gozar de sus bienes con el beneplácito del superior, y vestirían el hábito talar de los sacerdotes seglares, de quienes no debían distinguirse sino por una más ejemplar modestia y por una regularidad más perfecta. A haber pedido a San Vicente las razones por que no quería que sus discípulos fuesen religiosos,

nos las habría dado, sin duda, muy buenas; mas donde principalmente hemos de buscar el móvil revelador de su conducta es en aquel soplo del espíritu de Dios que pasa por la Iglesia y que, adaptándose maravillosamente a los tiempos y circunstancias de la vida, después de haber creado en la Edad Media tan eminentes y fecundas Ordenes religiosas, iba a cubrir los tiempos modernos de simples Congregaciones no menos santas, ni menos fervorosas, ni menos fecundas.

Alejandro VII, por un Breve fechado en 22 de septiembre de 1655, aprobó el principio fundamental de los estatutos que San Vicente de Paúl había redactado, a saber: que los sacerdotes de la Misión harían votos simples de pobreza, castidad y obediencia, sin que por esto la Congregación debiera contarse en el número de las Ordenes religiosas.

La lectura de este Breve proporcionó a San Vicente indecible contento. Por fin, iba a poder dar la última mano a las Reglas y Estatutos de la Compañía, por tanto tiempo esperados, y que tan precisos se iban haciendo por la avanzada edad de su fundador.

Reuniólas en doce capítulos, suavemente impregnados todos ellos del amor de Dios, y una vez terminadas, congregó a sus Hijos para entregárselas solemnemente.

Reunida la Comunidad en San Lázaro, San Vicente de Paúl comenzó exponiendo a sus Hijos las razones que había tenido en retardar hasta entonces aquel acto, asegurándoles que no les debía pesar de ello.

Dadas las reglas, San Vicente de Paúl comenzó a explicarlas. Los miércoles exponía las de las Hijas de la Caridad; los viernes, las de los sacerdotes de la Misión. Era su postrera obra.

CAPITULO VI

Muerte de San Vicente de Paúl (1660).

Ya al comenzar el año 1660 presentían muchos que la muerte del Santo no se haría esperar, como, en efecto, no se hizo. Tenía ya ochenta y cinco años; mas no era esto, en verdad, lo que más preocupaba a sus Hijos. Su salud declinaba visiblemente, sus enfermedades se agravaban por momentos. La constitución física de San Vicente de Paúl era inmejorable; sólo así se comprende cómo pudo vivir casi un siglo una vida tan dura y laboriosa.

Dos cosas quedaban aún por hacer, y preocupaban al Santo en aquellos últimos días.

Era la primera el nombramiento de superiora de las Hijas de la Caridad, a fin de no dejar huérfanas a sus queridas Hijas, como lo estaban desde la muerte de la señora Le Gras, ocurrida cinco meses antes. Para esto era menester congregarlas nuevamente alrededor de su sillón, lo que no era fácil, y sí, a juicio de los médicos, sumamente peligroso. Al fin, pudo verificarlo el 27 de agosto y nombró superiora a Margarita Chetif.

Hecho este nombramiento, faltaba hacer otro más importante todavía: el de su sucesor en el gobierno de ambas Comunidades, los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad.

El señor Almerás, que parecía el más indicado, acababa de caer enfermo en Tours.

San Vicente de Paúl no paró, sin embargo, mientes en el enfermizo estado de aquel buen misionero, y le nombró su sucesor. Encerró el nombramiento en una arquilla sellada con el sello de la Congregación, y la confió al señor Berthe, con orden de no abrirla sino después de su muerte.

Se ha dicho que Dios esperaba a que el Santo diese la última mano a todas sus obras para llamarlo a Sí. Y, en efecto, San Vicente no murió sino cuando ya nada tenía que hacer. El 25, a mediodía, entró en un letargo más profundo que de ordinario, haciendo temer a todos que aquél fuese el último día de su vida. Al día siguiente, domingo 26, el Santo se hizo levantar y vestir, y aunque algo amodorrado, oyó misa y comulgó, cayendo después en un sopor tal, que puso en cuidado al médico. Hacia las seis y media de la tarde se creyó prudente administrarle la Extremaunción. Después de las preguntas de rúbrica, se pasó a las unciones. A cada una el Santo hacía un esfuerzo para escuchar y responder: «Amén». A la última volvió un poco en sí, abrió los ojos y los pasó risueños por los circunstantes. Estos, queriendo aprovechar aquel momento de lucidez, le pidieron la bendición para todos sus Hijos. «¿Cómo os he de bendecir...?», contestó. Y cayendo de nuevo en su anterior letargo, no pudo acabar la frase que tantas veces había tenido en sus labios: «¿Cómo os de de bendecir yo, pobre y miserable criatura?» Su cabeza permanecía caída sobre el pecho. Para darle algún alivio, se la inclinaron sobre una almohada, sostenida cuidadosa y sucesivamente por varios Hermanos durante toda la noche.

«A las nueve, los más antiguos de la Comunidad vinieron a hacerle su última visita.

»A eso de las once un copioso sudor le cubrió todo el cuerpo, y el pulso se le hizo súbitamente imperceptible. Helósele poco después el sudor y se creyó llegada la última hora. Acudieron los señores de Horgny, Berthe, Bourdet, Becu y de Monchy, y se dió principio a la recomendación del alma. Uno de ellos, el señor Gicquel, dice: «Jesús», y el enfermo lo repite. *Deus, in adjutorium meum intende*, exclama otro, y el desfallecido aliento del Santo apenas puede articular la

primera palabra: *Deus*... Poco después, no obstante, volvía a su cuerpo el calor vital y se rehacía el curso ordinario de la sangre.

»Sobre las doce y cuarto, el hermano Nicolás le dijo: «Señor». Despertóse nuevamente el Santo, le miró con dulzura, y le dijo: «Hola, Hermano mío», y volvió a aletargarse.

»A las dos le sobrevino un nuevo sudor, y su rostro se iluminó vivamente. El señor Gicquel, viendo la predilección que el Santo mostraba por la súplica *Deus, in adjutorium*, se la repetía sin cesar.

»—Basta una palabra—le dijo el Santo, arrancado quizá con esta incesante interpelación de las santas visiones del cielo.

»Poco antes de las cuatro su rostro tomó un color encendido. Parecía un ascua. Se le sugirieron algunas otras invocaciones, que él trató de repetir, pero balbuciendo solamente y sin poder articular ninguna palabra. Esta vez es que se acercaba la muerte.»

Hacia las cuatro de la mañana, hora precisamente en que desde hacía cuarenta años se levantaba todos los días para ir a la oración, dió algunas boqueadas, anunciando que entraba en la agonía. Fué una agonía envidiable: ni esfuerzos, ni violencias, ni convulsiones; una respiración algo más profunda que de ordinario, y nada más. Un cuarto de hora después su alma había volado a Dios. Era un lunes 27 de septiembre. El Santo tenía ochenta y cuatro años, cinco meses y tres días. Había muerto sentado en su sillón, vestido, y con una calma y una serenidad maravillosas.

Revestido el cuerpo con el hábito sacerdotal, se le colocó en un magnífico lecho mortuorio, alrededor del cual seis sacerdotes con sobrepelliz rezaron día y noche el Oficio de difuntos. Innumerables personas de todas clases. obispos, príncipes, magistrados, religiosos, las más distingui-

das damas de París, los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad pasaron atribulados por delante del cadáver. Todos procuraban tocar con el alguna cosa, rosarios, lienzos, y le besaban los pies y las manos. Algunos, más indiscretos, le arrancaban cabellos y barba. Fué menester toda la energía de los misioneros para sustraerle al furor de este extraordinario entusiasmo.

El entierro tuvo lugar al día siguiente, martes 28 de septiembre, con un inmenso concurso.

En el supuesto de que quizá en fecha no muy lejana se exhumarían los restos del Santo para ponerlos sobre los altares, fueron encerrados en una doble caja de plomo y de roble, que a su vez fué colocada en medio del coro en la iglesia de San Lázaro.

Más de una vez, personas que no le conocían, habiendo oído su Misa, salían de la iglesia llenas de dulce admiración: «¡Dios mío, he ahí un sacerdote que celebra bien el Santo Sacrificio! ¡Menester es que sea un santo!» Y otros protestaban que, viéndole, les parecía ver un ángel en el altar.

El amor de Jesucristo, la imitación de este divino modelo, la unión con Aquel que es el camino, la verdad y la vida, he aquí en cuerpo y alma a San Vicente de Paúl, he aquí el secreto de su admirable santidad y la única explicación de las grandes obras de que el humilde pastorcito de las Landas fué apto instrumento.

El 16 de junio de 1737, el Sumo Pontífice expidió la Bula de canonización de San Vicente, y en 1383 le nombró Patrono de las obras de caridad del mundo entero.

ÍNDICE

CAPITULO PRIMERO

Dios prepara a San Vicente para la gran misión que le había de encomendar.

Págs.

Nacimiento del Santo.—Su educación.—Su ordenación 3
Cautividad de San Vicente en Túnez.—Viaje a Roma.—Vuelve a Francia..... 10
San Vicente se pone bajo la dirección del señor de Berulle.—Acepta el curato de Clichy 16
Primera estancia del Santo en casa de Gondi 23
Vicente de Paúl, párroco de Chatillon-les-Dombes.—Vuelve a la casa de Gondi—Cofradía de la Caridad..... 32
Comienzo de la obra de los galeotes.—San Vicente se pone las cadenas de un forzado.—Viaje a su pais natal..... 49
Fundación de la obra de las Misiones. Muerte de la señora de Gondi.—San Vicente se retira al Colegio de los Buenos Hijos 56

CAPITULO II

San Vicente de Paúl se aplica a la reforma del clero.

San Vicente se establece en el Colegio de los Buenos Hijos.—Pasa a San Lázaro.

Págs.

Comienzo de la Congregación de la Misión 61
Ejercicios de los ordenandos.—Conferencias de los martes.—Principio de la reforma del clero..... 66
Los Seminarios..... 74
San Vicente contra el jansenismo.—Muerte de Santa Chantal..... 78
San Vicente de Paúl contra el jansenismo (continuación) 87
Muerte de Luis XIII.—San Vicente en el Consejo de Conciencia..... 90

CAPITULO III

Organización de las grandes obras de caridad.

San Vicente de Paúl aplica las señoras del mundo el servicio de los pobres..... 98
Las Hijas de la Caridad..... 110
Las Hijas de la Caridad (continuación). San Vicente de Paúl aplica los hombres del mundo al servicio de los pobres..... 118
Los Sacerdotes de la Misión..... 125

CAPITULO IV

San Vicente de Paúl enfrente de la miseria.

Extraordinario desarrollo de la miseria durante las guerras de Lorena y Alemania.. 134
Primeros esfuerzos de San Vicente de Paúl por atajar la miseria..... 138
La fronda.—Aumenta la miseria.—San Vicente trabaja por la paz..... 144
Esfuerzos de San Vicente para reparar los

Págs.

desastres de la guerra y de la Fronda. Hermoso movimiento religioso de esta época 149

CAPITULO V

San Vicente de Paúl da la última mano a sus dos obras principales: los Sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad

Los Sacerdotes y Hermanos de la Misión se extienden por todo el mundo. — Sus trabajos en Berbería..... 158
San Vicente de Paúl envía misioneros a Irlanda, Escocia, Polonia y Madagascar... 164
Expansión de las Hijas de la Caridad. San Vicente de Paúl les da las reglas... 167
San Vicente de Paúl da las reglas a los Sacerdotes de la Misión..... 171

CAPITULO VI

Muerte de San Vicente de Paúl..... 173

APOSTOLADO
DE
PRENSA
S. A.